

## PRESENTACION

*Con motivo de cumplirse el trigésimo aniversario de la muerte de Sigmund Freud, la Comisión de Publicaciones resolvió realizar un homenaje a la memoria del creador del psicoanálisis. La iniciativa de dedicar a tal fin un número de nuestra Revista cantó con el apoyo decidido de colegas extranjeros y uruguayos, al punto de que la cantidad de trabajos recibidos sobrepasó nuestros cálculos más optimistas y también la posibilidad de incluirlos en un solo ejemplar. Es por tal razón que, con gran satisfacción de nuestra parte, publicaremos en dos volúmenes las valiosas contribuciones recibidas. Agradecemos a sus autores, quienes han hecho posible la concreción de este homenaje.*

*Consideramos que este homenaje a Freud implica, al mismo tiempo, el reconocimiento de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay hacia las personas que más han hecho por la integración y el desarrollo del pensamiento freudiano en nuestro medio. El pionero en tal sentido fue el Dr. Valentín Pérez Pastorini, quien en la década del cuarenta comenzó a enseñar con entusiasmo en las salas del Hospital Psiquiátrico los descubrimientos hechos por el psicoanálisis. Pérez Pastorini se analizó y formó en el Instituto de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina y posteriormente practicó el psicoanálisis. A su lado surgieron dos figuras claves, que gravitaron especialmente en el desarrollo del movimiento psicoanalítico en nuestro país: el Dr. Rodolfo Agorio y el Dr. Gilberto Koolhaas. Esos fueron los comienzos. En torno a ellos se constituyó el primer núcleo de estudiosos, integrado por Laura Achard de Demaría, Mercedes Freire de Garbarino, Héctor Garbarino, Marta Lacava Meharu, Juan Pereira Anavitarte y Juan Carlos Rey, cuyo objetivo fue crear las condiciones necesarias para la formación de una Asociación Psicoanalítica. En*

*esos primeros difíciles años fue fundamental la ayuda y el constante estímulo de varios colegas argentinos, especialmente del Dr. Enrique Pichon Riviére.*

*Una vez que la semilla arraigó, se acordó lograr el concurso de un analista didáctico. La nueva etapa se inició a fines de 1954, cuando Madeleine y Willy Baranger vinieron a radicarse en nuestro país para emprender la difícil y compleja tarea de formar lo que es hoy la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Quienes somos felices beneficiarios de su trabajo podemos testimoniar el empuje, la lucidez y el amor con que llevaron a cabo esa tarea. Primeramente se constituyó un Grupo de Estudios bajo la tutela de la Asociación Psicoanalítica Argentina, hasta que en 1961, en el Congreso de Edimburgo, se obtuvo el reconocimiento como Asociación, filial de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Por esa época también fue muy importante la colaboración de analistas argentinos, sobre todo Arminda Aberastury, Luisa G. de Alvarez de Toledo, Jorge Mom y Emilio Rodríguez.*

*Es esta una buena ocasión para señalar el ahínco y la combatividad del “grupo uruguayo” para enfrentar y resolver las muchas dificultades que se presentaron. Si desde sus comienzos fue un grupo que supo defender y promover el psicoanálisis, ello se debió a su fidelidad al espíritu de Freud, a la lucidez y honestidad intelectual de sus integrantes, que siempre tuvieron ideas claras con respecto a qué es psicoanálisis y qué es ser psicoanalista, lo que les permitió luchar con pleno éxito para que la Asociación Psicoanalítica del Uruguay fuera reconocida internacionalmente y para que el psicoanálisis fuera jerarquizado como una actividad científica seria en nuestro medio.*

*Carlos Sopena*

*Director de Publicaciones*

# **PSICOANÁLISIS APLICADO A LA LITERATURA**

## **RODOLFO AGORIO**

El presente artículo es una síntesis de un cursillo dictado por mí en la A.P.U. dentro del ciclo cultural de 1969.

El Psicoanálisis aplicado, como su propio nombre lo indica, difiere de la situación analítica propiamente dicha, ya que no se sitúa en el diálogo con el paciente, ni se ubica en la dinámica del campo operativo que se da con aquél, sino que apunta al enfoque de distintos aspectos de una obra dada, en base a los descubrimientos del psicoanálisis que nos permitan una mejor y más acabada comprensión de la misma.

La primera interrogante que se nos plantea de inmediato es sin duda sobre el alcance y limitaciones de la perspectiva psicoanalítica. El campo de su aplicación, como lo señala acertadamente Ricoeur, no tiene fronteras, no tiene límites. Los límites están dados, a nuestro entender, por la naturaleza misma de la labor e investigación analítica que debe circunscribirse a un área precisa, concreta y no como lo sostiene el mismo autor, al carácter “analógico” de las interpretaciones aplicadas. No podemos extendernos sobre este tema, pero pienso que el psicoanalista sin necesidad de recurrir a las analogías entre lo que ve en un paciente y el contenido de una obra literaria, tiene a su disposición en el momento actual, todo un cuerpo de principios y normas que le serán de suma utilidad para sus propósitos.

Para hacer psicoanálisis aplicado se requieren algunas condiciones. El analista que quiere abordar un tema fuera de su tarea habitual del consultorio debe atenerse a lo que estrictamente el psicoanálisis le da, es decir, a los conceptos

generales del mismo, tratando de no invadir otros terrenos, otras esferas porque podría provocar más confusión que otra cosa. El analista debe ser modesto y sólo debe intervenir en lo que a él atañe. No debe olvidar nunca que toda obra literaria, —y me refiero a ellas como a cualquier otro producto de la cultura— puede ser enfocada no solamente desde un punto de vista analítico, sino también desde el punto de vista histórico, social, político, antropológico, filosófico, etc. En suma: el enfoque psicoanalítico, no nos da una visión unívoca, exclusiva y global de la obra. Por penetrante, sutil y profundo que sea un análisis aplicado, necesariamente será parcial porque apunta exclusivamente a los aspectos psicológicos.

En los primeros tiempos de la actividad psicoanalítica, era muy frecuente que los psicoanalistas apoyaran o reforzaran sus conclusiones con datos recogidos de otras disciplinas como por ejemplo, la antropología, la historia y hasta la literatura. Esto obedecía indudablemente, a la necesidad imperiosa —sobre todo tratándose de una ciencia— de buscar la universalidad, ya que sólo pueden tener valor científico los descubrimientos que tengan carácter general y no simplemente individual. Se estaba a principios de siglo y no se tenía aún experiencia suficiente en el terreno de la práctica psicoanalítica: de ahí que para lograr la tan ansiada generalización no se titubeara en recurrir a ejemplos tomados hasta de la literatura. De esta manera se precedía a un psicoanálisis aplicado, pero al revés, tomando a tal o cual personaje literario o histórico, como comprobante de lo que se descubría en el paciente.

Cabe preguntarse ahora por qué ya desde sus comienzos estuvieron tan vinculados psicoanálisis y literatura. Esta situación se daba ya en los primeros historiales de Freud sobre la histeria. Él mismo trataba de justificarse diciendo que si sus historiales no tenían la justeza que tienen los de otras especialidades, se debía a que él no podía hacer otra cosa dada la naturaleza del material que

tenía entre las manos. Y entonces narraba con un estilo realmente cautivante el drama vivido por sus pacientes.

Alfredo Von Berger, citado por E. Kris en su libro *Psicoanálisis y Arte*, muerto en 1912, era un historiador de la literatura, crítico dramático y director del Teatro Imperial de Viena; se sintió profundamente emocionado por las historias clínicas de Freud al punto de publicar en una revista de crítica un artículo titulado “La cirugía del alma” que, según Kris será lo que más perdure de la “copiosa producción” de aquel autor. Dice Von Berger en ese trabajo, que los historiales de Freud hacían ver “cómo la experiencia y los recuerdos se estructuran en la mente del individuo”, concibiendo la idea de que algún día “será posible encarar el secreto más íntimo de la personalidad del hombre”. Pero lo más interesante es la observación hecha por Berger de que esa psicología ya había sido aplicada por los poetas. Tomando el ejemplo de Shakespeare, señala que Lady Macbeth era también una neurótica que recurría a los mismos mecanismos de defensa a que se refiere Freud y que tenían por objeto rechazar de su conciencia el horror del asesinato de Duncan y la aparición de Banquo. “Mediante ese y otros ejemplos, escribe Kris, Berger señalaba la posibilidad de que algunos de los principios dinámicos desarrollados en el estudio de Breuer y Freud pudieran servir para explicar la acción y la conducta de los personajes de ficción”. Fue así el primero en bosquejar las posibilidades de lo que más adelante se convertirá en un campo de extensos estudios.

Pienso que nunca se insistirá demasiado en el vuelco revolucionario impuesto por el genio de Freud a la psicología académica. Y esto se dio desde el principio, desde la publicación de los historiales. Al contactar directamente con los neuróticos, al establecer con ellos un diálogo permanente y participar en cierta medida de los problemas, de los temores y angustias de los pacientes, el Maestro había dado un paso definitivo e irreversible hacia lo que marcaría un

jalón en la historia de la Psiquiatría: la desalienización del enfermo mental.

A partir de entonces este último deja de ser el tipo extraño, ajeno a la comunidad de los hombres “normales”, incomprendible en sus múltiples manifestaciones mórbidas. Sin temor a incurrir en exageraciones, yo diría que Freud humanizó al “loco”. Y es por esa razón que su obra está más vinculada con la de los poetas que con la de los científicos de su época. Hay en efecto, más psicología en cualquier escena de Shakespeare, o en una sola página de Stendhal, de Balzac o de Dostoiewski, que en toda la obra de los psicólogos positivistas y atomistas del siglo XIX, porque aquellos en sus creaciones enfocan al hombre concreto, auténticamente humano, mientras que los últimos se mueven en abstracciones y generalizaciones donde lo que es humano se esfuma, aparece como inasible o como una abstracción más. Si a todo esto, le agregamos las profundas intuiciones de los románticos quienes vislumbraron un mundo cuya existencia ni siquiera sospechaban los “científicos”, es fácil verificar el abismo existente entre una y otra concepción del hombre.

Una vez escrito lo que antecede que bien pudiera considerarse como un introito y un intento de justificar la legitimidad del psicoanálisis aplicado, entraremos de lleno en el tema.

Las ideas de Freud sobre el artista se pueden resumir, en términos generales, de esta manera: el artista como el neurótico fracasa en sus esfuerzos de adaptación a la realidad, con la diferencia de que mientras el último limita cada vez más su actividad por la elaboración de síntomas y por las inhibiciones que los esterilizan, el primero, mediante un complicado rodeo trata de reconquistar el mundo intentando sustituir esta realidad por otra. Y es aquí donde intervienen como motor principal en la creación artística las fantasías, las ensoñaciones y los sueños. A su vez son las frustraciones experimentadas el motor de lo que

antecede. “Ante todo, escribe Freud, advertimos que el hombre feliz no fantasea, que sólo lo hace quien no halla satisfacción” y agrega luego refiriéndose a las fantasías: “cada una de éstas representa una realización del deseo, una enmienda de la realidad defraudante”. De ahí también las relaciones que establece Freud entre las fantasías de los adultos y el juego de los niños. “El poeta procede igual que el niño al jugar: crea un mundo fantástico al que toma muy en serio, es decir, que lo dota de grandes cantidades afectivas sin dejar de separarlo netamente de la realidad”.

En el transcurso de mi exposición, entraré a considerar con la amplitud suficiente cada una de aquellas premisas, sus alcances, sus limitaciones y las reservas que han merecido por parte de críticos e historiadores del arte.

En términos generales puede afirmarse que existen dos tipos de psicoanálisis aplicado: el que prescinde del autor y el que toma en cuenta los datos biográficos del mismo. Podríamos agregar un tercero, éste último muy bien explotado por Reik, mediante el cual en el curso del trabajo con el paciente, surge en su memoria algunos versos o frases de determinado autor que luego de un exhaustivo autoanálisis Reik encuentra vinculado a alguna fase del análisis en cuestión. Ya encuentro sin embargo, que esto tiene más que ver con una actuación contratransferencial que lo permite al analista tomar conciencia de lo que sucede en el campo operacional. En realidad la evocación señalada ya constituye en sí misma un análisis aplicado.

En lo que se refiere a las dos orientaciones a que hacemos mención más arriba, debemos hacer constar desde ya, que Freud usó indistintamente de una y otra, no demostrando que tuviera mayor predilección por ninguna de las dos. Para algunos autores, no analistas, el único psicoanálisis aplicado legítimo es el que prescinde del autor. Ricoeur por ejemplo, le reprocha a Freud el haber

alentado a muchos psicoanalistas a seguir un camino equivocado que desembarca inevitablemente en lo que él llama mal psicoanálisis aplicado. Afirma que valerse de los datos biográficos de un autor es un contrasentido porque “los documentos a los cuales la interpretación puede recurrir no son más significativos que los informes de terceros en el curso de una cura

En su oportunidad veremos los reparos que nos merece esta opinión. Por el momento diremos que el psicoanálisis mal aplicado no lo es tanto por el tipo a que se recurre como por la invasión en que se incurre de otras esferas o campos que le son totalmente ajenos, tal como lo decimos al principio.

## II

Dos ejemplos de psicoanálisis aplicado.

En algunos casos frente a un problema de orden literario, se establecen dos o más opiniones encontradas para tratar de resolverlo. Es cuando se presenta esa divergencia de pareceres ante un problema concreto, que nosotros podemos aclarar no como críticos literarios, desde luego, ni como historiador, sino exclusivamente desde el punto de vista psicoanalítico, algunos aspectos oscuros.

Así por ejemplo, en el siglo pasado un gran investigador, Gastón Paris, a quien los franceses deben la reactualización de la literatura medieoval que había sido dejada de lado y prácticamente relegada al olvido, debido a la distinta orientación que siguió la literatura francesa así como su propio idioma. Este autor formó una escuela y tuvo varios discípulos que continuaron sus investigaciones.

Refiriéndose a la literatura bretona dice Paris en Poemas y leyendas de la Edad Media: “en el concierto de mil voces de la poesía de las razas humanas, el

arpa bretona es la que da la nota apasionada del amor ilegítimo y fatal y esta nota se propaga de siglo en siglo, encantando y perturbando los corazones de los hombres con su vibración profunda y melancólica. Una concepción del amor como no se encuentra antes en ningún poema; del amor ilícito, del amor soberano, del amor más fuerte que el honor, más fuerte que la sangre, más poderoso que la muerte; del amor que enlaza dos seres con una cadena que todos los demás y ellos mismos no pueden romper; del amor que los sorprende a pesar suyo que los arrastra al crimen, que los conduce a la desdicha, que los lleva juntos a la muerte que les causa dolores y angustias pero también goces y delicias incomparables y casi sobrehumanas; esta concepción dolorosa y fascinadora nació y se realizó entre los celtas en el poema de Tristán e Isolda”. A través de este texto parecería que hubiese una contradicción, ya que por un lado habla del “amor más poderoso que la muerte” y por otro del “amor que los lleva juntos a la muerte”. Sin embargo veremos que esta contradicción es aparente.

Un gran investigador español, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, ve en cambio el desenlace fatal que lleva a la muerte, “en la profunda inmoralidad del asunto que es, dicho sin ambages, no sólo la glorificación del amor adúltero y de la pasión rebelde a toda ley divina y humana, sino la aniquilación de la voluntad y de la vida en el más torpe y funesto letargo, tanto más enervador cuando más ideal se presenta” (Los orígenes de la novela Ti). Vemos pues que frente a un mismo problema (el amor fatal, violento, etc.) se presentan dos criterios: uno, el de Gastón Paris, lo señala como una característica del espíritu bretón, del espíritu celta, sin aducir ninguna influencia ajena sino mostrando cómo el amor lleva a la muerte por su propia naturaleza, por sí mismo. Otro, de Menéndez y Pelayo, del que se desprende en cambio que el carácter mortal del amor se debería a la inmoralidad del tema, a la apología del adulterio, a la violación de todos los preceptos religiosos y éticos. Frente a esta última cabe preguntarse por

qué el adulterio llevaría siempre a la muerte. La historia está llena de ejemplos que demuestran lo contrario, no sólo la historia real, sino también la ficción literaria. Entonces debemos inclinarnos más bien a pensar que deben existir otras motivaciones en juego.

Hay des situaciones distintas que pueden considerarse como paralelas: una en la que el amor lleva a la muerte por frustración o desaparición de uno de los miembros de la pareja, y otra en la que el amor es consumado como tal, pero que también puede llevar a la muerte. Con respecto al primer caso la historia de la literatura está llena de ejemplos, que todos ustedes conocerán mucho mejor que yo.

Yo quiero referirme a un episodio muy simple pero muy conmovedor, extraído de la literatura medievale. Lo he elegido por tratarse de personajes nada complicados. La ventaja que tiene hacer un estudio psicoanalítico, es su sencillez, su ingenuidad y su espontaneidad. Dicho episodio pertenece a “La muerte del Rey Arturo”, hermosísima novela que cierra el ciclo de la Tabla Redonda, y que tiene por heroína a la hija del vavasor de Escalot. En cierta oportunidad, el caballero Lancelot du Lac, el más famoso de cuantos rodeaban al rey Arturo, asiste de incógnito a un torneo. Resulta herido y es acogido en casa del vavasor, donde lo atiende su hija la doncella de Escalot, quien se enamora perdidamente de él y una vez curado le confiesa su amor exigiéndole correspondencia. Pero el caballero no puede acceder a Sus deseos puesto que su corazón pertenece a la reina Ginebra, esposa del rey Arturo, con quien estaba vinculado por relaciones amorosas, esas sí adúlteras.

Lo interesante que quiero hacer notar antes de proseguir es lo siguiente: desde un principio, desde que se vio rechazada por Lancelot la doncella sabe que va a morir; desdeñada por el caballero, su único destino posible era la muerte. Entre

este presentimiento y el desenlace final pasa un tiempo que puede ser más o menos largo porque en la obra no se precisa con claridad, tiempo ocupado por toda clase de incidencias, hasta que Un día, frente al castillo de Kamaalot, donde reside la corte del rey Arturo, navegando en las aguas que bordean las escalinatas, aparece una nave ricamente adornada y en ella el cuerpo sin vida de la doncella de Escalot. Junto a ella, en un cofrecillo una carta dirigida a todos los caballeros de la Tabla Redonda. Es indudable que el lapso transcurrido desde el principio y el fin, constituye el tiempo durante el cual la doncella quiso elaborar su duelo, pero fracasó en su intento. La traducción de la carta es una traducción libre, ya que “La muerte del rey Arturo” por pertenecer al siglo XIII está escrito en francés arcaico cuya versión literal me resultaba muy dificultosa por la presencia de ciertos giros o expresiones que traducidos literalmente alterarían el sentido de lo escrito. Por eso pienso que a veces y sobre todo en circunstancias como la señalada, las traducciones libres son muchos más fieles que las literales. La carta dice: “A todos los caballeros de la Tabla Redonda os saluda la doncella de Escalot. Elevo hacia vosotros mis quejas, no por lo que podáis amenguarlas jamás (acallarlas), sino porque yo os conozco como la gente más hidalga del mundo y la más amable; os hago saber muy simplemente que por amar con lealtad he llegado a mi fin. Y si me preguntáis por amor a quién he sufrido angustia de muerte, os responderé que muero por el hombre más hidalgo, y por el más villano (malvado): este es Lancelot del Lago, quién es el más malvado que conozco porque a pesar de mis ruegos, mis llantos o lágrimas, jamás tuvo merced (piedad) de mí, y tanto se me introdujo en el corazón (tanto lo sometió) que yo llegué a este fin por amar lealmente”. Es decir que por un lado es el más hidalgo del mundo, pero por otro y simultáneamente, el más villano, el mas malvado.

Creo que muy pocas veces en la literatura se dan en forma tan simple y tan parca, al tiempo que tan conmovedora los dos o tres pilares fundamentales sobre

los que reposan las ideas freudianas sobre la depresión. Porque por un lado está la ambivalencia, los dos aspectos o tonalidades diferentes de la vinculación afectiva de la doncella con Lancelot, a quién consideraba un hidalgo pero al mismo tiempo un villano. Luego, tras la pérdida del objeto, la introyección del mismo: “tanto se me introdujo en el corazón”, etc. Aquí se da también la existencia del objeto idealizado. Tiene sus virtudes, pero al mismo tiempo es perseguidor. Corresponde a lo que llamamos “sometimiento al objeto idealizado” querido, odiado, envidiado. Se siente sometida, parasitada, absorbida, pero no se puede desprender de él y eso la lleva a la muerte. En este ejemplo tan sencillo y dramático se dan las premisas fundamentales del duelo patológico, que lleva a la muerte por la tiranización ejercida por el objeto idealizado (perseguidor) e introyectado.

El problema cambia cuando se trata, como ya dijimos, del amor consumado, que es al que aluden G. Paris y Menéndez y Pelayo; en este caso si podría plantearse el adulterio como causa de muerte según lo sostiene el crítico español, con su particular formación espiritual y religiosa, y sus juicios un tanto superyoicos.

Es el tema de Tristán e Isolda, leyenda celta, de orígenes ‘muy remotos, retomado mucho después por los poetas normandos de los siglos XII y XIII quienes la difundieron. Dos fueron sobre todo los más destacados: Beroul y Thomas y el alemán Godofredo de Strasburgo. A partir de entonces, la leyenda se extendió por toda Europa, aún en siglos posteriores. Podría decirse que no hay ningún libro de caballería, por lo menos de los que yo he leído, en el cual no se sienta la presencia de Tristán e Isolda. En cualquiera de sus versiones, el motivo es siempre el mismo. No voy a hablar del tema en sí sino del sentido que pueda tener. Tristán se enamora de Isolda, que es la mujer de su tío, el viejo rey Marco, también caballero de la Tabla Redonda, y a quien él mismo fuera a

buscar a Irlanda. En apariencia la suerte de Tristán e Isolda fue consecuencia de toda una serie de contrariedades y persecuciones, pero lo que aquí importa destacar es que para G. Paris, si ese amor llevó a la muerte de los amantes no fue por factores circunstanciales, ajenos, sino porque aquélla estaba implícita en el amor, desde el momento mismo de su nacimiento. Preguntamos entonces qué es lo que sucede, por qué ese amor tan intenso tiene ese triste final. Hay un pasaje de una novela anónima sobre Tristán e Isolda perteneciente al siglo XIII, un siglo posterior a las obras de Thomas y Beroul, que nos da un índice para orientarnos. Es un episodio que se refiere al momento en que los amantes acosados por los esbirros del rey Marc que no les dan tregua, se refugian en la parte más central y escondida de un bosque muy espeso, porque era la única manera de eludir a los perseguidores. Un día Isolda se queja amargamente a Tristán que ellos perdieron al mundo y “el mundo nos perdió a nosotros”. Tristán le responde que no le importa y agrega esto que casi se comenta por sí mismo: “Si todo el mundo estuviera alrededor nuestro (junto a nos. otros) yo sólo te vería a ti (no vería a nadie fuera de ti)”. Pese a que la crítica afirma que esta obra no tiene el valor literario de los autores del siglo anterior pienso que este fragmento nos está indicando un hecho muy importante. Si nos refiriéramos a los primeros conceptos de Freud y habláramos en términos de libido el pasaje citado nos está diciendo que la libido de ambos amantes se había fijado totalmente en su pareja y entonces *los* demás objetos del mundo que los rodea quedaron sin carga y por consiguiente desaparecieron, se desdibujaron, se diluyeron, en una palabra, se perdieron, y la pérdida del mundo de los objetos es la muerte. Estaríamos pues en presencia de una vuelta al narcisismo, o sea, en el esquema freudiano, a una situación anobjetal. Posteriormente varios autores, cuestionaron la esencia anobjetal del narcisismo según Freud y así Rosenfeld afirma que “muchos trastornos clínicos que recuerdan la descripción de Freud de narcisismo primario, son en efecto, relaciones de objeto primitivas”. Dice este último autor que en las relaciones de objeto narcisistas la omnipotencia

juega un papel principalísimo. Además la identificación es otro factor importante en este tipo de relaciones; y puede deberse a la introyección o proyección. Tanto en uno como en otro caso el self se une a sus objetos formando un todo indisociable, y omnipotentemente se niega a toda separación. Yo diría que estamos en presencia de una doble identificación proyectiva cruzada. En este caso de Tristán e Isolda, cada miembro de la pareja se identifica con el otro formando de esta manera una unidad narcisista que evita la separación y la angustia por las frustraciones de un objeto autónomo, separado. Pero esta unión implica también como en la primer hipótesis señalada antes sobre la libido, el desconocimiento del mundo circundante y por lo tanto la muerte.

Esta fusión de dos personajes en uno, es el sentido profundo que tiene ese acongojante segundo acto del Tristán e Isolda de Wagner. Este escribió la obra luego de haber sido profundamente impresionado por la lectura de “El mundo como voluntad y representación” por cuyo motivo y a pesar de toda su belleza y hondo sentido trágico carece de la espontaneidad y la frescura de los primitivos autores medioevales. En apoyo de lo que decimos bastará con referirme al final de a escena segunda, del segundo acto: el gran dúo de amor y muerte, cuando los amantes son interrumpidos sorpresivamente por la vuelta del rey Marc y su comitiva, quienes habían fingido partir hacia una cacería nocturna con el objeto de sorprenderlos en la noche. Se trata de un diálogo sobre el sentido que tiene la partícula en Tristán e Isolda. Se preguntan qué pasaría si desapareciera, ¿no sería eso la muerte de Tristán e Isolda? Pero agregan: “Disipa para siempre la angustia, oh buena muerte, muerte de amor ardientemente deseada. Tú Isolda, yo Tristán, yo no soy más Tristán, ni tú Isolda. No más nombres, más separación; un conocimiento nuevo, una llama nueva que se inflama, una sola alma, una sola conciencia para la eternidad”. De esta manera se fugan del mundo, pero se fugan a la eternidad. Y aquí aparece la omnipotencia de la que

hablábamos y nos explica la aparente contradicción que señalábamos en G. Paris donde leíamos que era un amor que vence a la muerte pero que arrastra hacia la misma. Conduce a la muerte sí, pero triunfa sobre ella, porque no se trata de una destrucción sino que es el pasaje a otra esencia, a otra experiencia. Y es en virtud de esta doble identificación proyectiva entre los amantes que se produce la anulación del mundo, la muerte.

Prosiguiendo en el mismo tema, podemos verificar aún otros detalles muy significativos. En primer término, el modo de explicitar la muerte que ya se da desde el principio en la unión estrecha y única entre los dos amantes; aquélla aparece siempre por causas externas y accidentales: unas veces es el embuste por venganza, como en el episodio de Isolda la de las blancas manos, otras con incidencias, aventuras, tormentas, desencuentros de toda índole que impiden la salvación de Tristán por el atraso de Isolda. El verdadero motivo queda pues inconsciente. En segundo lugar el recurso al filtro de amor, para librarse de la responsabilidad y de la culpa por el adulterio: se trata aquí de un desplazamiento y de una racionalización; no son ellos los culpables, sino quien los hizo ingerir el brebaje fatal.

Todos estos temas han trascendido al folklore popular. Me voy a permitir evocar un recuerdo de mi infancia de hace alrededor de 60 años. En las noches de verano un grupo de muchachas adolescentes solían aparecer por la vereda cantando aires populares y viejos romances españoles, uno de estos parecía tener la forma de un dialogado. Se trataba sólo de dos estrofas: en la primera la protagonista decía:

Son las 8 y Enrique no viene,  
son las 8 y Enrique no está,  
yo me pongo el vestido de seda  
y a la iglesia lo voy a buscar.

Luego continuaba el coro:

Se encontraron los dos en un bosque  
se abrazaron como dos leones,  
se estrecharon los dos corazones  
y juntitos se echaron al mar.

Especialmente esto último provocaba la risa de las personas mayores: la ingenuidad del poeta anónimo que colocó un bosque en la cima de un acantilado. Esta segunda estrofa quedó grabada en mi memoria, me preguntaba qué había pasado cuando se encontraron, y porqué se arrojaron al mar.

Pasaron muchos años (15 o 20) y cuando torné conocimiento de la literatura medieval encontré con gran sorpresa, que el refugio de los amantes perseguidos y acorralados, era casi un lugar común.

En primer término debemos inquirir sobre el significado simbólico del bosque tal como se expresa en estos trozos. En general el bosque simbolizaría el principio materno y femenino, y por la asimilación de lo femenino a lo inconsciente, según Jung, los terrores del bosque de los cuentos infantiles tendrían su explicación. Pero aquí debemos señalar que tiene también otro sentido, tal como se da en numerosos cuentos de la Edad Media y la estrofa cantada por las adolescentes la muerte. Esto está implícito en el hecho de que se aísla en una selva, pierde contacto con el resto del mundo. Pero también se da explícitamente. Así por ejemplo en el episodio de Beltenebros del Amadis de Gaula, aunque el retiro fuera hecho no en un bosque, sino en una roca muy alta y tan estrecha “que ningún navío a ella se puede llegar sino en el tiempo de verano”, el cambio de escenario no cambia la situación vivida, y es allí en ese

islote tan particular donde Amadis, bajo el nombre de Beltenebros, buscó asilo junto al ermitaño que allí moraba, obligado por los desdenes de su amada. Un día en que se lamentaba amargamente de su suerte compuso una canción que dice así:

Pues se me niega vitoria  
de justo me era debida,  
allí do muere la gloria  
es gloria morir la vida.  
Y con esta muerte mía  
morirán todos mis daños,  
mi esperanza e mi porfía,  
el amor e sus engaños.  
Más quedará en mi memoria  
lástima nunca perdida;  
que por me matar la gloria  
me mataron gloria e vida.

Vemos pues que después de todo no era tan descabellada la idea del poeta que había ubicado un bosque sobre un acantilado. Era como si hubiera unido en un mismo escenario la selva de Morois de Tristán e Isolda y la Peña pobre (pues así se llamaba el refugio de Beltenebros). Es decir, la muerte simbolizada por el bosque y el mar.

Por fin debo insistir en que la muerte en esos poemas se explicita a posteriori: así sucede con las incidencias que impiden la llegada a tiempo de Isolda para curar la herida de Tristán, como el arrojar al mar de Enrique y su amante, En realidad la muerte estaba implícita ya, en la unión y fusión de los enamorados, tanto de Tristán e Isolda, como en los dos últimos en los que se expresaba por encontrarse en el bosque, abrazarse como dos leones y estrecharse los dos

corazones, lo que también significaba la doble identificación cruzada y la fusión de ambos. Yo diría que aquí el poeta procede como en los sueños, en el sentido de que, como lo señala Freud, muchas veces lo que en el contenido manifiesto aparece como posterior, en el latente corresponde al principio.

Y bien, ¿acaso hemos resuelto el problema planteado por G. Paris? Sólo podemos aspirar a aclararlo en el sentido psicológico, pero la interrogante de si ese concepto del amor corresponde a los celtas como característica racial, es a los etnólogos y antropólogos a quienes corresponde averiguarlo.

Por mi parte transcribiré lo que el gran antropólogo H. Hubert escribió al respecto:

“Por otro lado, aunque las literaturas célticas no sean las únicas en que los héroes están por un lado situados dentro de lo maravilloso, y por el otro enlazados por una cadena de fatalidades y de responsabilidades que no se rompen jamás, cuando menos han extraído de estos dos elementos efectos estéticos incomparables” y más adelante: “El mundo misterioso que forma el fondo, es el mundo de los muertos; la idea de la muerte lo domina todo y todo lo descubre. Toda la literatura céltica sugiere el misterio con una rara fuerza de evocación. E igualmente por el hecho de llevar en sí un sentido oculto, cae fácilmente en el humor”.

**(Continuará)**

## **SOBRE LA ENSEÑANZA DEL PSICOANÁLISIS**

**MADELEINE BARANGER <sup>(1)</sup>**

**INES BESOUCHET <sup>(2)</sup>**

**MARTA NIETO <sup>(3)</sup>**

**IVAN RIBEIRO <sup>(2)</sup>**

Los autores de la presente nota previa resolvieron, a raíz de uno de los intercambios didácticos promovidos por COPAL, constituirse en grupo de estudio inter-societario, con la finalidad de esbozar una teoría y práctica de la enseñanza del Psicoanálisis y luego ofrecerla para su discusión.

La formación del analista consta tradicionalmente del análisis didáctico por una parte, y de los cursos teóricos y supervisiones, por otra.

Sobre el análisis didáctico hay mucha literatura y no queremos encararla en este trabajo, ni tampoco vamos a considerar las interferencias de dicha situación de análisis didáctico en la situación de aprendizaje. Haciendo abstracción, aunque sea artificial, de tales interferencias, pensamos enfocar nuestra discusión sobre los problemas de la docencia, entendiendo por tal las situaciones de enseñanza y aprendizaje que el Instituto proporciona a través de seminarios y supervisiones. Antes de discutir estos problemas de enseñanza, es imprescindible que sentemos como premisa lo que consideramos que es un analista, vale decir, **¿qué analista queremos formar?** En esta declaración de intención irá por supuesto, implícita nuestra concepción del análisis.

Creemos poder exponer nuestra concepción con ayuda de la palabra “actitud” **La actitud básica que requerimos de un analista es, —y esto puede sonar a paradoja— la disposición a analizarse.** Esta disposición tiene como ingredientes principales: el deseo de saber, la curiosidad, el impulso a traspasar

---

<sup>1</sup> Asociación Psicoanalítica Argentina

<sup>2</sup> Sociedade Psicanalítica Do Rio de Janeiro.

<sup>3</sup> Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

los límites de lo conocido y el coraje necesario para hacerlo. Estas cualidades nos atraen en cuanto se dirigen al mundo interior: las tres primeras, que entendemos están en progresión desde una disposición receptiva relativamente pasiva hasta una modalidad más dinámica, corresponden en su totalidad a lo que podríamos llamar la fascinación por el mundo interior. La fascinación es una configuración psicológica en que el deseo de explorar se vuelve más fuerte que el temor y por ende es la base del coraje que citamos en cuarto término.

Esta misma actitud, en el orden intelectual, se da como **capacidad de tolerar la duda**, de hacerse preguntas permitiendo que medie un intervalo hasta dar con las respuestas, —respuestas que a su vez no cierran la investigación sino que plantean nuevos problemas. Esta actitud de constante cuestionamiento y dialéctica entre respuestas y nuevas preguntas no debe ser entendida como un dar vuelta estéril sino como búsqueda permanente de la verdad.

Se entiende que éste nuestro analista es lo más opuesto a la idea de un profesional hecho una vez por todas y que sólo tenga que actualizarse agregando o sustituyendo aspectos parciales de su saber y de su técnica. El analista tiene que estar dispuesto a una constante remoción de su aprendizaje sin poder descansar nunca sobre lo adquirido. Nuestra paradójica definición del analista tiene por objeto alertar sobre la tentación, proveniente del reconocimiento actual aparente y del prestigio social del psicoanálisis, de satisfacerse con los logros y olvidar su esencia de cuestionador.

Un tratamiento psicoanalítico no es la aplicación de reglas técnicas establecidas una vez por todas a un ser humano que sufre de una neurosis cualquiera. Las recetas no sirven, y por esta tampoco sirve la enseñanza de las recetas.

Por ello pensamos que si el analista no es un técnico en psicoterapia, la mejor

forma de prepararlo al descubrimiento que constituye cada psicoanálisis, es facilitarle la comprensión del descubrimiento del psicoanálisis por Freud. Esto implica un determinado estilo de enseñanza, muchas veces en contraposición con prejuicios muy anclados en los candidatos por su formación previa, porque ellos pueden esperar de nosotros un manual de psicoanálisis, y nosotros queremos darles un anti-manual: Freud en “digest”, o el pensamiento vivo de Freud.

**Lejos de intentar una sistematización de la Obra de Freud** en términos conceptualmente coherentes —sistematización que resultaría traicionera y empobrecedora (no nos faltan ejemplos)— **tenemos que enfrentar, a cada paso, al estudiante con la problemática de Freud en cada momento de su creación, con sus vaivenes, con sus contradicciones, con sus exploraciones en direcciones diversas.** Así, esperamos, puedan familiarizarse con las dificultades inherentes a su tarea, y sobre todo habituarse a no clasificar y encerrar a sus analizandos dentro de fórmulas hechas. Leer así a Freud es identificarse con él en el proceso del descubrimiento.

Lo primero, en este estudio que proponemos de Freud, es evidentemente abordar el descubrimiento mismo del psicoanálisis. Los “Estudios sobre histeria” y la “Interpretación de los sueños son las dos fuentes del descubrimiento: el trabajo clínico y sus exigencias, por una parte; el autoanálisis de Freud, *por* otra parte. De ahí surge el descubrimiento del inconsciente y por ende del psicoanálisis, no del malogrado proyecto del 96.

El deslumbramiento por esta apertura del mundo interior dinamiza la investigación y promueve la búsqueda de conceptualizaciones. Junto con Freud, el estudiante siente que ha movido el Acheron y ya está atrapado en la aventura de la exploración de estos nuevos territorios. Van a surgir muchos escollos:

dificultades, contradicciones, caminos que se abren y se revelan después sin salida. **Lo importante es que profesor y estudiante entiendan cuál es el problema al cual Freud estaba en cada momento tratando de dar respuesta. Así lo acompañan en la búsqueda de una nueva solución, que a su vez planteará nuevos problemas.** Por ejemplo, la necesidad de sistematizar los primeros descubrimientos lleva a la noción del aparato psíquico, cuyo desarrollo lleva a plantear dificultades e interrogantes que finalmente la transforman, al término de esta evolución, en el concepto de estructura psíquica. De este modo somos participantes de un movimiento en que se parte de un modelo físico (el aparato óptico de la Traumdeutung) para llegar a elaborar un modelo propiamente psicológico.

Así a partir de contradicciones y problemas de las primeras formulaciones van desprendiéndose las distintas líneas de investigación y de teorización en que se despliega el pensamiento de Freud. De este mismo modo, se estudiaría por ejemplo, la evolución de la teoría de los instintos, o del concepto de Yo, o del concepto de objeto. **Se entiende que, sin negar la información cuando se la requiere, no hay que adelantar en cada paso las seducciones últimas encontradas por Freud mismo o por otros pensadores, ya que esto atentaría contra nuestro propósito de que el futuro analista viva personalmente el tiempo del descubrimiento,** recorriendo las vicisitudes de cada etapa.

El estudio de otros autores o de aspectos importantes de la teoría analítica tendría que ser abordado en el mismo espíritu y con el mismo procedimiento.

No se trata de imponer ideas ni de oponerse a otras, sino de poder mostrar cómo se originan, se encadenan, se influyen los conceptos. Creemos que debe ser la meta de toda docencia, y que las supervisiones tienen que encararse del mismo modo, **no meramente como aprendizaje de una técnica, sino como**

## **aprendizaje de un pensar.**

Nos parece la supervisión una situación de cierto modo privilegiada para la enseñanza del psicoanálisis, porque es la oportunidad para aprender a pensar analíticamente. Si a través de los seminarios el futuro analista tiene adquirida una idea del descubrimiento en Freud y otros pensadores, **en la supervisión participa en vivo en el descubrimiento que constituye cada análisis. Pensar analíticamente no es aplicar esquemas aprendidas sino aprender a hacer surgir las ideas a partir del material y a conceptualizar lo empírico.**

En las supervisiones colectivas, se da normalmente un enfrentamiento de posiciones técnicas, ya que los candidatos provienen en general de analistas distintos. Esto no nos parece perjudicial, en la medida en que se mantienen el respeto y la tolerancia mutua. Pensamos que se puede tornar una situación mucho más constructiva si el profesor, más que un simple cotejo o enfrentamiento, a nivel técnico, consigue llevar la discusión a ubicar cada intervención dentro de un marco referencial más amplio, mostrando cómo, a partir de un punto de una sesión o sobre un aspecto del material pueden surgir líneas divergentes de interpretación, muchas de ellas igualmente legítimas, que implican esquemas teóricos y técnicos sensiblemente distintos. Cada futuro analista aprende entonces a pensar sobre lo que hace, conectándolo con toda su ideología y puede ir reduciendo las disociaciones de su pensamiento. Al mismo tiempo, el contacto con esquemas ajenos le permite probar algún aspecto nuevo que, quizá, pueda integrar en su propia conceptualización y estilo.

Todo esto se da igualmente en la supervisión individual, que por su carácter de tal, nos parece el medio de formación en que, amén del análisis individual, se forja la propia identidad analítica.

Podemos entonces resumir nuestra concepción de la docencia en psicoanálisis —no es muy nueva ni original, ya que coincide con la nieta de toda

pedagogía—: **es enseñar y ayudar al estudiante a pensar y a encontrarse a sí mismo, en un pensamiento acorde con lo que es y lo que hace. Es una “mayéutica”, en el viejo sentido socrático.**

Nos encontramos de este modo con el tema que habíamos descartado explícitamente de la discusión de este trabajo: el análisis individual (“didáctico”), que, por supuesto, es la “mayéutica” por excelencia.

Nos proponemos ahora, a partir de la discusión de esta nota un trabajo mayor que desarrolle estos puntos. Por ejemplo, una descripción ejemplificada del uso de la supervisión que planteamos aquí; uno o más programas de seminarios acordes con nuestra concepción de la formación analítica, etc.

También es nuestra intención que nuestro grupo trabaje con los aportes de todos los que participen en esta experiencia: es decir que nos proponemos recoger las sugerencias de profesores, supervisores y estudiantes.

**EVOLUCION DE LA TECNICA  
FREUDIANA A TRAVES DE SUS  
PRIMEROS HISTORIALES**

**TOMAS BEDO**

El tema, tal como podría haberse encarado ingenuamente en su época, se convertiría en una breve reseña. Esa neurosis que es “degeneración hereditaria” y esa histeria que es “simulación” y “teatro”, orean un círculo vicioso, en el que la angustia de la impotencia destruye, junto con el desprecio, la disposición de comprender el suceder psicopatológico. Freud, último eslabón de la cadena Charcot-Liébault-Bernheim-Breuer Freud, aprende con y junto a Breuer a liberar al paciente de la perturbación psíquica a condición de convertir en palabras las fantasías y afectos dominantes. En estado hipnótico surge el nexo síntoma-vivencia y prodúcese la “abreacción” del afecto. El procedimiento es llamado “método catártico”. Pronto aparecerán sus dificultades y desventajas: número reducido de pacientes que podían alcanzar la profundidad hipnótica requerida, dificultad de hipnotizar a algunos de ellos, inutilidad de la hipnosis en otros. Había que buscar algo que lo sustituyera. Además —afortunadamente—, Freud era mal hipnotizador. Nuevamente se recurre a otra técnica de Bernheim, asistiéndose como, sin hipnosis, vivencias nunca concientes volvíanse tales. Es la técnica de la “insistencia” que no solamente surge como instrumento, sino también como medio de comprensión del procedimiento (interjuego de las fuerzas): “la represión”, responsable de la dificultad de recordar, es decir que había originado el olvido y la fuerza que se opone vigorosamente a volver a recordar: “resistencia”. La comprensión de las formas y motivaciones de la resistencia, sus modos de disfrazar los recuerdos, lo hace abandonar el procedimiento de la “insistencia”, que aún se acompañaba de

elementos de sugestión (“concentración” con la mano del terapeuta en la frente), surgiendo la regla fundamental: decir todo, no omitir nada, aún penoso, trivial, carente de sentido o fuera de lugar: la libre asociación.

Eso sería todo: la sustitución de la hipnosis y sugestión por la libre asociación. Implicaba también la comprensión de que las neurosis se deben a un conflicto interno, inconciliabilidad entre diversas partes de la personalidad, especialmente la ético-social por un lado y la instintivo-egoísta por otro. (1)

Creemos, sin embargo, que un tema tan fundamental y complejo como los albores de la técnica psicoanalítica es acreedor a algo más; por otra parte, el propósito es seguir la evolución tomando como punto de apoyo fundamental los primeros historiales de Freud. Quisimos yuxtaponer esta reseña a las consideraciones que siguen, con el propósito de dar una idea de las dificultades con las que se tropieza, al pretender basar constataciones sobre datos firmes, amplios y unívocos —justamente referentes al tema en cuestión.

Enfrentados al problema de la técnica, pretenderíamos conocer por lo menos algo más del autor, de sus propios problemas, técnico-prácticos y teóricos, y sobre todo una buena versión de la obra de la que proyectamos extraer nuestras conclusiones.

Inventariando lo disponible, es difícil darse por satisfecho. En el Apéndice del “Estudio Autobiográfico” (1935), Freud ya nos advierte: “Dos temas recorren estas páginas: la historia de mi vida y la historia del psicoanálisis; dos temas que se entrelazan íntimamente”.., y agrega que los meros hechos personales de su vida pierden interés frente a los del psicoanálisis (2). No obstante, este velo de modestia y de discreción, descorrido, nos hubiera permitido comprender más y mejor el psicoanálisis: p. ej. sobre los comienzos de la vinculación directa del

autor con la hipnosis y el psicoanálisis sólo sabemos por boca de terceros; de él mismo, solamente a través de su prólogo al libro de Bernheim (1888).

En cuanto a la obra: evidentemente nuestro interés principal gira en derredor de “Estudios sobre la Histeria” (3) que contiene los historiales consabidos. Qué extraña falta de cohesión presenta esa obra! Comienza con la re-publicación de la “Comunicación Preliminar” editada ya en 1893. Le siguen sin mayor explicación los cuatro primeros historiales de Freud. ¿Son sus únicos casos? Evidentemente no. ¿Han sido alineados siguiendo determinado orden? Aparentemente sí, ¿pero qué orden?

Convendría destacar que la traducción castellana es defectuosa e incompleta. En la misma por de pronto nunca fueron publicados los aportes exclusivos de Breuer en versión íntegra. El traductor de las Obras Completas comenzó a trabajar en esta obra en 1924 y puede haberse servido de versiones alemanas confusas e incompletas que son numerosas, ya que la última edición de la versión completa —previa a la actual reedición de 1970— es de 1922 e incluso ésta carecía de los agregados realizados posteriormente por el propio Freud, aparecidos en versiones posteriores a 1924.

La obra fue escrita en colaboración y es imposible desglosar sencillamente el aporte de uno de los autores, omitiendo orientaciones importantes pertenecientes al otro autor.

Paradójicamente, la versión original completa acentúa en varios aspectos esta desconexión de sus partes, sobre todo desde un punto de vista conceptual, puesto que la obra, mirada desde otro ángulo, ha sido elaborada en colaboración solamente en apariencia, ya que con excepción de la Comunicación Preliminar, los diferentes capítulos han sido escritos con total prescindencia de un criterio unitario, alternativamente por uno u otro de los dos autores. A ello se agrega

que algunos aportes de Breuer conforman nuestro actual modo de pensar mucho más que ciertas posturas freudianas de aquel entonces.

Las imperdonables omisiones de la versión castellana de “Estudios sobre la Histeria” que se enmendaron como addenda y corrigenda (4), nos aclaran algunas dudas. El prólogo a la primera edición (5) (1895) dice entre otras cosas: “Nuestras experiencias han sido recogidas en la práctica profesional privada, en el seno de una base social culta e ilustrada y su contenido roza en múltiples sentidos la vida y los destinos más íntimos de nuestros pacientes. Significaría cometer un grave abuso de confianza publicar tales revelaciones a riesgo de que los pacientes sean identificados y de que en sus círculos se difundan hechos que sólo pudieron ser confiados al médico. De ahí que hayamos tenido que renunciar a las observaciones más instructivas y demostrativas en primer término naturalmente por ser aquellos casos en los que las condiciones sexuales y matrimoniales tuvieron importancia etiológica. Tal es el motivo de que sólo hayamos podido demostrar muy fragmentariamente nuestro concepto de que la sexualidad, en tanto que fuente de traumas psíquicos y motivo de la “defensa”, de la represión de ideas fuera de la conciencia, desempeña un papel cardinal en la patogenia de la histeria. Simplemente hemos tenido que excluir de esta publicación las observaciones más crudamente sexuales”, (6) —Además en este prólogo Breuer y Freud ya vaticinan sus diferencias.

Se nos ocurre que si Berta Pappenheim pasó a la posteridad bajo el seudónimo de Anna O., ¿por qué, ya que se han visto “obligados a eliminar los casos más instructivos y demostrativos por sus condiciones matrimoniales y sexuales”, los seudónimos de dos de sus historiales publicados (Emmy v. N. y Elisabeth v.R.) tenían que aludir al origen aristocrático de las pacientes? Sin pretender dudar de las aseveraciones de las autores, creemos, sin embargo, que el móvil principal de esta edición “*ad usum delphini*” de los “Estudios” debe haber obedecido a una exigencia de Breuer.

En el prólogo para la edición de 1908, Freud reconoce los múltiples errores de

esta publicación, pero destaca su valor histórico, considerándola especialmente útil para el que quiera seguir el camino desde la catarsis hasta el psicoanálisis.

Dejemos de lado lo que falta y nunca llegó a publicarse en castellano: la parte teórica de Breuer y el historial de Anna O. Existe además un curioso “décilage” en toda la obra, dando la impresión que una mano no sabía lo que hacía la otra, mejor dicho, como si hubiese en todos estos esfuerzos una fuerza propulsora y otra refrenante.

En 1892, cuando Freud practicaba ya una técnica mucho más elaborada (época de los dos últimos historiales de los Estudios), escribe a Breuer (7), planteándole sus dudas de cómo encarar la obra, llegando a dos conclusiones: por un lado “toda impresión que el sistema nervioso tiene dificultad en resolver por medio del pensamiento asociativo o de la reacción motriz, se convierte en trauma psíquico”. (S) Y en la Nota “III” del mismo año, “la disposición histérica se caracteriza por la propensión a la disposición temporaria de la conciencia y a la separación de complejos ideacionales particulares que no se hallan asociativamente conectados., nuestra terapia consista en anular los efectos de las representaciones no abreaccionadas, ya sea haciendo revivir el trauma en el estado sonambúlico, para luego abreaccionarlo y corregirlo, ya sea llevándolo a la conciencia normal en el estado de hipnosis ligera”. Todo esto dicho en una época cuando practica una técnica muy distinta.

Lo que antecede, nos hace comprender que la tarea proyectada, de ver a través de los historiales una evolución lineal y cronológicamente ordenada de la técnica, sería realizar algo forzado e inadecuado a la realidad. Y en última instancia, no podemos pretender que los hechos objetivos se amolden obedientemente a cualquiera que sea el plan que nos hayamos trazado.

No nos parece que el método catártico pertenezca a la prehistoria del psicoanálisis, sino más bien debe ser integrado a su propia historia; Freud mismo nos dice (a): “Nunca se ponderará bastante la importancia del hipnotismo para la historia de la génesis del psicoanálisis. Tanto en sentido

teórico como terapéutico, el *psicoanálisis* administra una herencia que el Hipnotismo le transmitió”, agregando: “El método catártico es antecedente inmediato del psicoanálisis y a pesar de todas las ampliaciones de la experiencia y de la teoría, continúa hallándose en él como nódulo central”. (10)

En el Estudio Preliminar de Kris a la correspondencia de Freud (11) nos enteramos que el entusiasmo de éste en aplicar lo físico y físicamente mensurable al terreno psicológico (buscando la estricta aplicación de las concepciones de Helmholtz y de Brücke (L) coincidió con la época, 1895, durante la cual Breuer concebía inadmisibles reunir aspectos psicológicos con conceptos neurofisiológicos, por lo menos en el estado en que los conocimientos estaban en ese momento. Freud insistió en su “Proyecto” (otoño 1895), pero al poco tiempo introdujo múltiples modificaciones, cambios, muriendo finalmente el “Proyecto” para ser desenterrado décadas más tarde como obra inédita. Esto nos demuestra por otra parte *que* no fue lisa y llanamente el temor a afrontar y reconocer la importancia de la sexualidad en la génesis de las neurosis lo que motivó el alejamiento de Breuer y Freud.

Freud mismo nos dice que en la década del 60 no había muchas alternativas para tratar enfermos nerviosos: la electroterapia, la sugestión terapéutica, medidas menores. Con la hipnosis se tenía por lo menos la satisfacción de saber que algo se estaba haciendo por el enfermo. En 1887 Freud volvió a la sugestión hipnótica y sin mayores modificaciones la utilizó durante 18 meses (13), En 1889 tuvo que soportar la violenta crítica de Meynert por usar la hipnosis. Nos manifiesta que desde el comienzo no se había limitado a hacer sugestiones terapéuticas, sino también con el propósito de reconstruir la historia del síntoma (método catártico de Breuer). Esta afirmación parece obedecer a un lapsus mnémico de Freud (14), ya que en los “Estudios” afirma que inició el método catártico por primera vez con el caso Emmy el 1º de mayo de 1889, época en la que desde hacía 18 meses venía empleando el hipnotismo.

Si partimos ahora de la “Comunicación Preliminar”, vemos que el terapeuta se

ve enfrentado con el hecho de que el enfermo “desagrada recordar, pero sobre todo, de que el sujeto no recuerda, realmente” y por eso debe ser hipnotizado, para despertar los recuerdos de la época en que el síntoma apareció por primera vez, ya que el paciente por otra parte ni sospecha la conexión causal del proceso motivador con el fenómeno patológica. En lo que uno supondría la prehistoria, ya argumenta: “la causa de los fenómenos patológicos más o menos graves que el paciente presenta, está en sucesos de su infancia”. Acto seguido dice: “Los distintos síntomas histéricos desaparecían inmediatamente y definitivamente en cuanto se conseguía despertar con toda claridad el recuerdo del proceso provocador y con él, el afecto concomitante, y describía el paciente con el mayor detalle posible dicho proceso, dando expresión verbal al afecto. El recuerdo desprovisto de afecto carece casi siempre de eficacia”. (!) Y ésta, para entonces sorprendente afirmación: “Pero el hombre encuentra en la palabra un subrogado del hecho, con cuyo auxilio puede el afecto ser también casi igualmente abreaccionado”. (13) Si tomamos esta expresión, que en última instancia no es más que un “Pendant” del actual “conversar en lugar de convertir” y la confrontamos con el “Manuscrito B” (16), también del 92, en el que Freud hace un esbozo de la neurosis de angustia, neurastenia y distimia periódica y en cuyas conclusiones manifiesta: “de cuanto he expuesto, se desprende que las neurosis pueden ser totalmente prevenidas, pero que también son totalmente incurables”, terminamos por confundirnos entre tantas contradicciones, más aún, si en el 95, al completar los “Estudios”, vuelve a decir que el método catártico es en principio capaz de suprimir el síntoma histérico, mientras que es fácilmente comprensible que es totalmente inerte frente a los fenómenos neurasténicos.

Sin duda tiene uno que desprenderse de toda rigidez, dogmatismo u ordenación cronológica para poder asimilar estas aparentes y reales contradicciones y ver ahí la lucha, los tanteos, marchas y contramarchas de los

comienzos.

Quedaría sumariado el método catártico como “anulando la eficacia de la representación no descargada por reacción en un principio, dando salida por medio de la expresión verbal, al afecto concomitante, que había quedado estancado y llevándolo a la corrección asociativa, por medio de su atracción a la conciencia normal (en una ligera hipnosis) o de su supresión por sugestión médica, como sucede en los casos de sonambulismo con amnesia”.

Retrocedamos ahora al año 1889. Emmy de N. Freud nos muestra su **influencia** sobre la enferma, que con su presencia recobra la tranquilidad; nos refiere sus conversaciones durante las sesiones. Estas inevitables sesiones de masaje, baños y reposo que acompañaban y acompañaron durante bastante tiempo aún las terapias, nos demuestran, que contrariamente a lo que manifestara, no marchaba tan en profundidad; por otra parte se nota que sabía mucho más de lo que hacía y a veces su saber y hacer estaban francamente reñidos. La mayoría de sus intervenciones eran sugestiones terapéuticas, sobre todo supresoras. Desde un comienzo se nota claramente como la paciente maneja al terapeuta y en algunas oportunidades resulta difícil discernir si aquel tenía conciencia de ello o no, tan evidentes resultan las situaciones. Freud suprime síntomas y en su lugar, aparecen como hongos, síntomas nuevos, verdaderas situaciones de ficción, dónde, aún cuando pueda revestir poco interés hoy en día, resultan dos hechos: mal hipnotizador como era, no creemos que le haya sido tan fácil llevar a la paciente a un estado sonambúlico. Colocada en ese “estado sonambúlico”, ciertamente no se comportaría así. En determinado momento vemos a Freud realizando sugestiones terapéuticas al punto que conjura que situaciones de expectativa ansiosa no volverán a surgir, prácticamente prometiendo a la paciente que nunca más se volverá a angustiar.

Muy pronto es la paciente que señala a Freud sus errores, manifestándole, p.

ej., que las interrupciones prematuras son contraproducentes y que debe tener paciencia hasta el final. Surgen actitudes de rebeldía contra sugerencias supresoras arbitrarias. Su referencia a esa “conciencia hipnótica” crítica, también habla a favor de que en materia de profundidad de hipnosis lograda, Freud vivía en un falso paraíso. Solamente se alude superficialmente al posible significado simbólico de la zoofobia.

La única alusión a los problemas sexuales de la paciente (19), que por otra parte nunca se mencionaron en su presencia, es la llamada, también bastante pintoresca a nuestro actual modo de ver; “Por entonces me inclinaba a aceptar para todos los síntomas de una histeria, un origen psíquico. Hoy adscribiría (se refiere probablemente al año 94-95) un carácter neurótico a la tendencia a la angustia de esta paciente, que vivía en una total abstinencia sexual (17) (Neurosis de angustia).

En esta etapa, Freud tendía a atribuir a los pacientes un sentimiento de responsabilidad personal conciente de muchos síntomas, sospechando un escamoteo también conciente de lo que les resultaba desagradable.

Sin embargo, ya se refiere a una “coerción asociativa a la que se ve llevado el enfermo”, primera mención de lo que posteriormente debía llevar a la libre asociación.

Con extrema frecuencia falla la tentativa de reducir complejos de síntomas a reminiscencias.

La falta de correspondencia entre el estado afectivo del momento y el contenido intelectual, obedecía a que el primero correspondía a algo que iba a surgir posteriormente, pero de lo cual el paciente aún no tenía conciencia.

En determinado momento se observa —con un valor muy ilustrativo— como Freud ha perdido la paciencia, cuando dice: “Le reprocho aquella necesidad que siente de angustiarse aunque no exista motivo para ello y me promete no hacerlo más “porque yo se lo pido”.

Cuando la cadena asociativa del “trauma” al “síntoma” era demasiado larga generalmente quedaba sin elaborar y en sus addendas del 1895 (18) reconoce haber actuado mal.

Por primera vez se observa la inversión cronológica de los acontecimientos, yendo de la actualidad al pasado. Freud reconoce que ya en el curso del caso Emmy tiende a abandonar la hipnosis, para imbuirle ‘enseñanzas’ destinadas a perdurar. Admite que en aquél entonces se encontraba totalmente bajo el dominio de las ideas de Charcot sobre la sugestión y esperaba de una tal influencia instructiva más de lo que esperaría hoy.

Sorprende con qué facilidad Emmy recae, a veces simplemente por venganza contra Freud, dando una pauta de lo que la terapia significaba para ella en contraposición a lo que podría significar para Freud. Para Emmy parecía un verdadero juego. El relato voluntario, completo, sin silenciamiento de ningún elemento parecía fundamental, del mismo modo como la sumisión incondicional a determinados mandatos. Después de eso, su estado mejoraba, pero poco o nada se comprobaba en sus rasgos de carácter. Aparecen elementos nuevos, sustituyendo a los suprimidos, éstos nuevos ofreciendo mayor conveniencia. En la epicrisis de Emmy reaparece esta disociación ‘psíquico-neurótico’, tan peculiar de su modo de Pensar de aquel entonces.

Nunca Emmy estuvo más normal que durante los ‘estados sonambúlicos’. Freud trata de encontrar una explicación científica. A la luz de nuestros actuales conocimientos sobre grado de profundidad hipnótica, es más probable que la pa-

ciente fuera una hábil manejadora y con una tendencia incoercible a lo que hoy llamamos el 'acting'. Aquí vale la pena citar a Freud: "un cerebro del que fuese posible hacer desaparecer por medio de la sugestión, consecuencias tan justificadas de procesos psíquicos, sería verdaderamente patológico". (20)

Finalmente dice:.... "Combatía en primer lugar, como es uso en psicoterapia hipnótica, las representaciones patológicas dadas, mediante razonamientos, mandatos e introducción de representaciones contrarias, pero no me limitaba a eso, sino que investigaba la génesis de cada síntoma, etc." (21) Esto último lo realizaba demasiado bajo la condición de lo traumático (Charcot). Duda cuánto de la mejoría obedece al método catártico, pero admite que duraderamente han desaparecido solamente aquellos síntomas respecto a los cuales se llevó a cabo el análisis psicológico. Finalmente, "aquel que quiera emprender la curación definitiva de una tal histeria, habrá de penetrar en la conexión de los fenómenos entre sí, más de lo que yo lo intenté" (22). Para terminar hace referencia a la total ausencia del elemento sexual en el material aportado por la enferma, que ésta probablemente trajo desde el primer día, pero que Freud no vio o no quiso ver (23)

Miss Lucy pertenece ya a fines de 1892, poco hipnotizable, obligaba a Freud a trabajar en un estado "que en general poco se diferenciaba del normal". Cuando después de tres tentativas de hipnotizar a un paciente, fracasaba, renunciaba definitivamente al método y es así cuando dice: .... se me planteó el dilema de prescindir del método catártico o atreverme a emplearlo fuera del sonambulismo en los casos de influencia hipnótica muy ligera o incluso dudosa". (24) Le molesta hacer sugerencias que el paciente contradice. Abandona el hipotismo y exige tan sólo "concentración". Aquí aparece el diván y el paciente con los ojos cerrados "concentrándose". Sin embargo, Freud teme perder con el sonambulismo la ampliación de la memoria necesaria para establecer una determinación causal. Comienza así la técnica de la "insistencia" (no

precisamente con Lucy) (25). El procedimiento era más penoso que el sonambulismo, pero permitía penetrar un tanto en los motivos de los que depende muchas veces el “olvido” (26). A propósito de un caso aparece una primera insinuación de la libre asociación y al mismo tiempo la queja de Freud de que aparece siempre un síntoma nuevo a sustituir uno suprimido por sugestión. Teóricamente ya estamos mucho más lejos: Qué habrá pensado Freud frente al recuerdo de Lucy de: “No bese las niñas!” No obstante, nos sigue hablando de disociaciones de grupos psíquicos separados del Yo voluntaria e intencionadamente. “La terapia consistió aquí en la coerción que logró la unión del grupo psíquico disociado con la conciencia del Yo”. (27). Años más tarde diríamos suprimir los splittings.

El caso Catalina se destaca en primer término por haberse desarrollado sin ninguna técnica auxiliar: fue un diálogo corriente.

La amnesia de lo que tanto asustó a Catalina vuelve aquí a ser el conjunto de productos excluidos del comercio asociativo con la conciencia del Yo por el “estado hipnoide”. Aparece el lenguaje simbólico de los síntomas neuróticos.

En este historial, en el que nos enteramos por una addenda de que el “tío malo” de Catalina y de Rosalía fue en realidad el padre (del mismo modo que recién en 1924 se devela el secreto, por otra parte ya de sospechar, que Emmy tenía mucho más rasgos perversos de lo que Freud la hacía aparecer en 1895), aparecen las primeras grietas en la teoría de la seducción cuando dice “los adolescentes poseen conocimientos sexuales mucho más precisos de lo que en general se cree, e incluso de lo que ellos mismos suponen” (28). Por demás, Catalina, al haber buscado a Freud y haberlo manejado en el diálogo bastante a *su* antojo, viene en apoyo de lo dicho precedente-mente.

Isabel de R. es más o menos contemporánea de Lucy, fines de 1892. Es llamativo que Freud intuyera que Isabel **sabía** el motivo de su enfermedad,

encerrando un secreto y no un cuerpo extraño. De este modo prescindió de la hipnosis ya desde un principio y se refiere a este caso como su primer análisis completo de una histeria, llegando ya a un procedimiento que más tarde hubo de elevar a la categoría de método. En el supuesto caso de que la descripción haya sido hecha en 1893-94, nos confrontamos sin embargo en 1894 en las “Neuropsicosis de defensa” (29) con frases como: “el método catártico consiste en el retroceso de lo físico a lo psíquico y un descargar la excitación por medio de la comunicación oral”. Con todo, el nuevo método recibe las características de arqueológico y en verdad, muchos aspectos en ese sentido siguen conservando hoy en día.

Aquí es donde vemos a Freud por primera vez en una actitud notoriamente hostil en una situación terapéutica, pero también por primera vez una especie de esbozo de “análisis de contratransferencia” (30). Asimismo vemos aquí la libre asociación deliberadamente aplicada, ‘la introducción de terceros en el campo analítico, la formación concientizada de situaciones triangulares y el surgimiento del sentimiento de culpa neurótico no solamente soslayado. Más aquí, pero también por supuesto, en Catalina y Lucy, aparece la constelación edípica en primer plano, no mentada, no llevada expresamente al plano de la transferencia, pero desarrollándose en él bajo el aspecto conversivo “placer-dolor”. Freud nos sigue hablando de abreacción, sin darse cuenta que está desempeñando un papel distinto. Aparecen, entre otras, ya, claras alusiones a pulsiones hostiles, motivantes de fenómenos taliónicos, con lo cual se ha sentado de una manera patente el papel de la intervención de la fantasía como elemento fundamental a ser manejado en la situación terapéutica. Los síntomas ya no solamente tienen un sentido, sino hablan un lenguaje sumamente expresivo. Aparece el fenómeno resistencia como componente del diálogo analítico y la importancia de los momentos de su emergencia.

En Isabel aparecen sin duda las primeras auténticas interpretaciones. Se ve como comprende que acude al tratamiento, estando “segura” de haber

desglosado de su Yo conciente todo el “grupo de representaciones” culposas y el difícil camino de tener que volver a integrar todo lo escindido. Pero Freud aún no encara el problema de ese modo: sigue con tentativas de procurarle ocasiones para “derivar por reacción” la excitación durante tiempo acumulada. Finalmente asistimos a la interferencia activa del terapeuta para lograr un “happy end” a su caso, interferencia que fracasa, terminando con la observación tan cierta hoy como entonces sobre la particular relación personal que persiste por siempre entre paciente y terapeuta.

La epicrisis de Isabel es sobre todo una exposición teórica, dándonos las situaciones análogas de Rosalía y Cecilia M. (móvil para escribir la Comunicación Preliminar).

En el capítulo “Psicoterapia de la Histeria” (1895) (31) Freud dice mantener en sus extremos esenciales las afirmaciones de la comunicación preliminar. Restringiéndonos al aspecto técnico, manifiesta la dificultad de hipnotizar gran número de pacientes. El método catártico no solamente es aplicable a la histeria. Comienza a tratar todas las neurosis, investigando su naturaleza y etiología y por eliminación termina confirmando o descartando (dependiendo de la respuesta al método) si se trata de una histeria. Esto lo lleva a la etiología y mecanismo de las neurosis en general. Al revisar a la luz de sus conocimientos actuales el caso Emmy, rectifica radicalmente su diagnóstico. En su comienzo ni sospecha!a que la histeria pudiera ser una neurosis sexual. Catalina sería una combinación de neurosis de angustia e histeria. Manifiesta que si en estos historiales ha logrado reunir cuatro que no fueran “neurosis sexuales ‘puras’ “, fue solamente porque no estaba aún expresamente a la búsqueda de las mismas.

El componente histérico de una neurosis mixta es interesante, puesto que éste catárticamente es tratable, en el sentido de supresión, pero **no causalmente (!)**.

Cuando el método catártico ha fracasado en la supresión de síntomas histéricos, no se debió a problemas inherentes al mismo, sino a circunstancias

personales del paciente. No pierde valor por ser sintomático y no causal. Los factores sobredeterminantes no pueden ser suprimidos. En los casos de psicosis histórica el método catártico no logra resultado visible. En esas etapas agudas psicóticas también se puede ayudar, pero solamente con una continuada supresión. Igualmente en la histeria crónica falta un tra<sup>o</sup>amiento (los nuevos síntomas se forman con máxima facilidad apoyándose en los ya existentes). Suprimir los síntomas existentes y las modificaciones Psíquicas dadas, en su base, equivale a devolver por completo al enfermo toda su capacidad de resistencia

Con referencia a sus inconvenientes, menciona:

- 1) que es penoso para el enfermo;
- 2) exige mucho tiempo al médico;
- 3) requiere cierto interés personal hacia el enfermo.
- 4) Supone cierta afición a las cuestiones psicológicas e
- 5) indica la necesidad de cierto nivel cultural del paciente.

Lo considera un progreso terapéutico y una posibilidad de interpretar los demás síntomas y su etiología.

Posteriormente, viendo el gran número de enfermos no hipnotizables, produciendo justamente la hipnosis la ampliación de la conciencia ordinaria, pasa a la técnica de concentración, teniendo que vencer una resistencia (a través del apremio: fuerza opuesta en el paciente. Esta misma energía debe haber contribuido a la génesis de los síntomas). De ello nacía el pensamiento de

“defensa”.

Por el sistema de la presión de las manos, tan sugestivo como los otros, aparece el recuerdo olvidado, no realmente el “patógeno”, raramente tan próximo a la superficie, sino elementos intermedios que indicaban el sentido o camino.

Se analizan los diferentes caminos que toman las resistencias y el modo de luchar contra ellas.

Ciertamente “la autoridad personal del médico” actúa como factor afectivo.

Dejando de lado que Freud se consideraba un mal hipnotizador, le asignaba cada vez menos importancia a la hipnosis. Emmy de N. en estado de profundo sonambulismo nunca comunicó más de lo que hubiera hecho sin inconveniente en estado de vigilia. Parecería que la hipnosis no ahorra mucha resistencia. En un único episodio de contenido erótico, Emmy mostró una resistencia y una falta de sinceridad equiparable a la de cualquier paciente en vigilia. Hace referencia a la triple estratificación concéntrica del material, muy poco diferente de lo que hoy llamamos ir de la superficie a la profundidad. Cada elemento aparece múltiplemente determinado. Finalmente se retracto de la comparación del material con un cuerpo extraño, manifestando que el grupo patógeno nunca deja extraerse limpiamente del Yo. El terapeuta se ve obligado a reconstruir el material, lentamente filtrado, como si fuera un rompecabezas. Añade, lo que hoy en día aún se cumple con el mayor rigor posible: ir de la superficie a la profundidad, no saltar etapas.

Termina diciendo, lo que también se mantiene incólume: no imponer nada. Una imagen que se resiste a desaparecer es que necesita ser considerada por más tiempo; un pensamiento que permanece fijo, es que demanda ser continuado. Ya

entonces observa que los elementos disociados, reintegrados al Yo, lo enriquecen, lo fortalecen. Su artículo de 1895 termina con un amargo reproche contra este inevitable y molesto fenómeno de la transferencia, que distorsiona y enlentece los tratamientos. Si fracasó el análisis de Dora, cuatro años más tarde, seguía siendo por su incapacidad de manejar la transferencia negativa.

Por demás, en su esencia y cambiando lo que haya que cambiar, hay una extraordinaria semejanza entre las premisas de entonces y las de hoy.

En su artículo sobre Psicoterapia de 1905 (32), mirando retrospectivamente, nos habla de la relativa debilidad de la sugestión, comparada con la tenacidad del “padecimiento” a combatir. “Los medios y los caminos conducentes a una tal solución surgirán de una comprensión profundizada de los procesos de la vida anímica, cuyos primeros atisbos reposan precisamente en las experiencias hipnóticas”. En un artículo semejante, pero fechado en 1904 nos ofrece los dos polos entre la sugestión y el análisis: “per vía di porre” y “per via di levare”. Como pensamiento en formación nunca podemos atenernos a un orden cronológico, ni sacar deducciones de su labor en cuanto a sus conocimientos.

Habiendo escrito en 1895 un artículo relativamente “aséptico” para sus “Estudios”, se ocupaba sin embargo desde 1893 de un modo permanente con los problemas de la sexualidad y si seguimos el Manuscrito J (1895?) (33) vemos que se valía de una técnica psicoterápica muy parecida a la usada en Dora, cuatro años más tarde. En 1896 (carta a Fliess del 6.XII.96) (34) esboza los períodos de maduración psicosexual. El 6.4.97 (35) comunica a Fliess un elemento básico para la técnica, nueva fuente de material: las fantasías histéricas; sin embargo, por el momento ello no llega a conmover su convicción sobre las experiencias de seducción comunicadas por los pacientes. En los Manuscritos L y M (1897) (36) surge Su inquietud en cuanto a los elementos

bisexuales de todos los psiconeuróticos, el carácter general de la homosexualidad y su relación con la pasividad de la infancia.

El problema que tuvo ocupado a Freud durante 1896-7 (37) venía anunciándose de tiempo atrás e incidía de un modo muy trascendente sobre la técnica. Las vivencias sexuales infantiles que iba trasladando a etapas cada vez más tempranas, llegando a la convicción que la noxa decisiva era el papel de la seducción por parte de adultos. Pero al mismo tiempo se hallaba enfrentado al papel de la sexualidad infantil, lo que era una novedad y entrañaba una contradicción a uno de los más poderosos prejuicios humanos. El episodio de seducción por persona adulta (38) aparecía también debido al tipo de técnica aplicada, hecho que iba a ser de funestas consecuencias para su labor ulterior. Así formulado aparece el problema a principios de 1896. A fines 'de 1896 y principios de 1897 dedicóse a estudiar el exuberante papel de la fantasía, no solamente en los sueños diurnos, sino también en las fantasías infantiles que surgían en el curso del tratamiento. A partir de ahí se empezaron a estructurar de una manera vacilante las primeras nociones sobre la estructura sexual infantil, primero lo que más adelante se llamaría la fase anal, culminando su hazaña científica más osada: partiendo de las observaciones en neuróticos adultos, reconstruye algunas de las etapas regulares que recorre la criatura humana por las fases evolutivas de la libido. A pesar de eso, persistió en su apego a su viejo concepto sobre el papel traumático de la seducción, situación paradójal que continué hasta las cuatro memorables cartas a Fliess en setiembre de 1897 en las que describe cómo llegó a comprender su error. Se encontraba en un estado de completo desconcierto por pérdida del sólido apoyo de la realidad. Quiso abandonarlo todo, pero siguió porque no tenía otro remedio. Hubiera tenido que empezar todo de nuevo. De su Estudio Autobiográfico nos enteramos que la primera vez que pudo ver el Edipo con toda su claridad fue después de su autoanálisis del verano del 97.

Las cartas a Fliess, más arriba mencionadas, destacaban (39):

- 1) que no podía terminar sus análisis;
- 2) que todos los casos obligaban a atribuir actos perversos al padre;
- 3) la inesperada frecuencia de la histeria en la que casi siempre se cumple esa condición, siendo improbable que actos contra niños tengan ese carácter general y que, más aún, la seducción tendría que ser infinitamente más frecuente que la histeria;
- 4) el contraejemplo de las psicosis graves.

En su Estudio Autobiográfico critica los “Estudios” por no haber tenido en absoluto en cuenta la etiología. Manifiesta que la etiología sexual actual o de repercusiones de acontecimientos pasados era la causa permanente y universal, pero admite que él no se hallaba preparado para tal descubrimiento que era totalmente inesperado para él. Llama la atención esta observación puesto que tanto Charcot, como Breuer y Chrobak lo habían advertido y Freud “redescubrió” estas advertencias al escribir la Historia del Movimiento Psiconalítico en 1914 (40), cuando desde por lo menos 1892 se estaba ocupando intensivamente del problema bajo la creencia de una ocurrencia “original suya”. Es llamativo el acento que él mismo pone sobre este presunto autoescamoteo de la idea.

Con esa inquebrantable convicción en un hecho comprobado (en este caso la firme determinación de los procesos anímicos) que le permitió abandonar un sistema de proceder para pasar a otro, lo vemos trazar por intermedio de un último elemento, no uno, sino dos decisivos puentes: es basándose en la transferencia que afirma: “La transferencia erótica que surge invariablemente sin que nadie haga algo en favor de ella, es otra prueba irrefutable que las fuerzas impulsoras de la neurosis tienen su origen en la vida sexual”, aunque agrega que este argumento aún no ha sido suficientemente examinado. (1914).

Psicoterapia (que forma un capítulo de los “Estudios”) de 1895 (41) que por sus manifestaciones puede ser considerado el jalón de comienzo del psicoanálisis mismo, ya hace referencia a la transferencia, pero en un sentido muy distinto.

En su carta N° 133 de abril de 1900 (42) a Fliess se refiere a la transferencia por primera vez, dándole el sentido que aún conservamos. Aquí también menciona que en Dora aún no sabía manejarla y al releer el caso confirmamos que Dora fracasó por su incapacidad de manejar la transferencia negativa. Refiriéndose a este caso, aún en 1914, observa que se veía continuamente tentado de llevar el análisis al conflicto actual, sin lograrlo y concluye cuán lamentable regresión significaría pretender prescindir de la regresión en la técnica psicoanalítica.

Ya en 1898 (La Sexualidad en la Etiología de las Neurosis) (43) había descrito las modificaciones en su técnica. Esto apenas lo menciona en las cartas, a pesar de su importancia crucial. La renuncia a los últimos remanentes del ceremonial hipnótico abrió nuevas posibilidades a la terapia analítica, no tardando en revelarse la importancia de la resistencia y de la transferencia, consecuencias éstas que convirtieron a la situación terapéutica en un instrumento fidedigno en manos del investigador; esa meta fue alcanzada pocos años después de la separación de Fliess y con ello el Psicoanálisis adquirió su triple valor ‘de método terapéutico, teoría psicológica y nueva y singular técnica para estudiar la conducta humana’.

## REFERENCIAS

- (1) RACKER, H.: Estudios sobre Técnica Psicoanalítica, Paidós.  
O.C.: Obras Completas de Sigmund Freud, versión castellana, 22 tomos,  
Santiago Rueda, Bs. As. Impreso (t. XXII): 1956.
- (2) O. C.: t. XXI, p. 307
- (3) O. C., t. X.
- (4) O. C., t. XXII, p. 484
- (5) O. C., t. XXII, p. 484
- (6) op. cit. (5)
- (7) O. C., t. XXI, p. 19
- (8) O. C., t. XXI, p. 24
- (9) O. C., t. XVII, p. 166
- (10) O. C., t. XVII, p. 168
- (11) O. C., t. XXII, p. 19
- (12) O. C., t. XXII, p. 48
- (13) Jones, E.: Vida y Obra de Sigmund Freud, Nova.
- (14) op. cit. (13)
- (15) t.X
- (16) O.C., t. XXII, p. 93
- (17) O.C., t. X, p. 60
- (18) O. C., t. X, p. 65
- (19) O. C., t. X, p. 73
- (20) O. C., t. X, p. 70
- (21) O.C., t. X, p. 71
- (22) O. C., t. X, p. 72
- (23) O. C., t. x, p. 73
- (24) O. C., t. x, p. 77

- (25) O. C., t. x, p. 77
- (26) O. C., t. X, p. 79
- (27) O. C., t. X, p. 92
- (28) O. C., t. X, p. 101
- (29) O. C., t. XI, p. 85
- (30) O. C., t. X, p. 111
- (31) O. C., t. X. p. 147
- (32) O. C., t. XXI, p. 161
- (33) O. C., t. XXII, p. 170
- (34) O. C., t. XXII, p. 207
- (35) O. C., t. XXII, p. 228
- (36) O. C., t. XXII, p. 233
- (37) O. C., t. XXII, p. 50
- (38) O. C., t. XII, p. 155
- (39) O. C., t. XXII, p. 252 y sig.
- (40) O. C., t. XII, p. 108
- (41) op. cit. (40)
- (42) O. C., t. XXII, p. 348
- (43) O. C., t. XII, p. 185

# CONTRIBUCION DE FREUD A LAS CIENCIAS SOCIALES

VIRGINIA LEONE BICUDO(\*)

(San Pablo)

## I — Introducción

Por haberse constituido en una adquisición en el campo de las ciencias humanísticas, en un motivo de renovación en la esfera de las artes y en factor de cambio en el terreno de las interrelaciones sociales, la influencia de Freud en nuestra civilización y nuestra cultura es innegable. La terminología freudiana se ha incorporado ya a varios campos de la psicología social e individual, de la sociología y de la antropología social y prehistórica.

Aunque chocante al sentido común —hecho que se concretó en violentas reacciones contra las ideas de Freud— la creciente incorporación social y cultural de conceptos psicoanalíticos denota una superación de las resistencias a la toma de conciencia en cuanto a los contenidos del inconsciente y su consiguiente penetración en los campos del pensamiento científico y de las relaciones individuales y grupales.

El estudio de la naturaleza humana constituye el campo común de los científicos humanistas y la contribución de Freud abrió nuevos horizontes, al iluminar el factor inconsciente como Uno de los determinantes de la conducta humana en la formación de sociedades y en la producción de cultura. Tal contribución científica sólo se hizo posible luego de la creación de una técnica

---

\* Directora del Instituto de Psicoanálisis de la Sociedad Brasileira de Psicoanálisis de San Pablo. Coordinadora del Consejo Didáctico de COPAL. Profesora de la Escuela de Sociología y Política de San Pablo.

psicoanalítica específicamente organizada para lograr acceso al inconsciente como fenómeno, a través de la situación transferencial entre paciente y psicoanalista.

Los deseos, motivos, impulsos y necesidades son capítulos habituales en obras de psicología, sociología y antropología fundamentadas en métodos de investigación que sólo abarcan las expresiones de la mente consciente y preconscious.

Por esta razón, las hipótesis acerca de cómo el ser biológico hombre deviene ser humano se basan en la interacción de procesos bio-psicosocio-culturales y ecológicos, excluyendo o ignorando los procesos derivados de la dinámica del inconsciente. En la medida en que no se consideren la dinámica del inconsciente y los mecanismos psíquicos de defensa, los conocimientos de la personalidad, organización social, instituciones, cultura y transformaciones sociales y culturales se ven perjudicados debido a la ceguera derivada de la limitación del “insight” de los investigadores. A ello se debe que en obras de psicología, sociología y antropología suelen encontrarse conclusiones sobre, por ejemplo, auto-afirmación, auto-preservación, o complejo de Edipo que demuestran que, por haberse ceñido estrictamente a los métodos de investigación que adoptaron, los autores no pudieron incluir en ellas los conocimientos derivados de los procesos inconscientes.

Otto Klineberg (\*) presenta, entre otras, las siguientes conclusiones: “La conducta agresiva es característica de muchas especies animales. Según la “teoría de la emergencia” de las reacciones emocionales, tiene una base

---

\* Otto Klineberg, Social Psychology, Columbia University, Nueva York. 1954, p. 123.

fisiológica indirecta. Es muy generalizada y se manifiesta en el hecho de hacer la guerra, pero no es en modo alguno universal y puede explicársela más como un medio para un fin que como un fin en sí. La agresividad entre los individuos puede explicarse en forma análoga, y aumentará o disminuirá en cantidad o en su forma de expresarse de acuerdo con las distintas condiciones sociales y culturales. Su presencia y su intensidad parecen guardar relación con la frustración, aunque ésta puede tener otras consecuencias...” “La autoafirmación, es decir el impulso a la búsqueda de prestigio, tiene algunos paralelos entre los grupos de animales, especialmente en lo que refiere a la instauración de una dominación jerárquica... Puede interpretarse, en gran parte, como una prolongación de la necesidad del consenso social que se requiere para la satisfacción de las necesidades primordiales”... “La auto-preservación es en realidad el resultado final de una serie de motivos, tales como el hambre, la sed, la eliminación de excrementos, etc. Por otro lado, el fenómeno del suicidio demuestra que, pese a la naturaleza biológica del deseo de auto-preservación, éste varía bajo la influencia de las *“folkways”*... La inevitabilidad del complejo de Edipo, con la hostilidad hacia el padre y el deseo, incestuoso vinculado a la madre, es desafiada por el material matrilinear de los Tronbianders, entre quienes el complejo nuclear adopta la forma de una hostilidad contra el tío materno y el deseo por la hermana. El complejo, lo mismo que otros aspectos de las relaciones sociales y sexuales, varía de acuerdo con el “setting” cultural. “Los factores sociales determinan el tiempo, el lugar y las condiciones para la satisfacción de esas necesidades (hambre, sed, sueño) pero su existencia es independiente de la sociedad... La clasificación de motivos según una jerarquía de dependencia tiene la ventaja de indicar con qué grado de seguridad podemos prever la aparición de un motivo dado en un individuo dado. El hambre, el sexo, la agresividad, la adquisición, por ejemplo, pertenecen a cuatro categorías diferentes, en orden de dependencia descendente. La clasificación está basada en la conducta manifiesta y no está directamente ligada

a la motivación inconsciente. (\*)

No es sólo esta clasificación de Klineberg la que está basada exclusivamente en la conducta manifiesta; también lo está la formulación de sus conceptos. Por el bocho de excluir los conocimientos que Freud proporcionara acerca de los orígenes de la agresividad destructiva, el narcisismo, la gula, la envidia, los celos, la estructura del aparato psíquico y los mecanismos que rigen la economía psíquica, Klineberg (a) explicó la génesis del comportamiento agresivo exclusivamente en función de una frustración condicionada por factores sociales y culturales; (b) definió la autoafirmación únicamente con relación al consenso social requerido para la satisfacción de las necesidades primordiales y consideró la auto-preservación como el resultado final del hambre, la sed, la eliminación de excrementos, etc.; (c) finalmente, en lo que atañe a la universalidad del complejo de Edipo, refutó la hipótesis en base a la comprobación de que el complejo varía según el “setting” cultural, sin percatarse de que, por el simple hecho de aludir a la posible variación del complejo, confirma implícitamente su existencia, lo mismo que al inferir que la satisfacción de las necesidades primordiales (hambre, sed y eliminación de excrementos) varía en tiempo y espacio de acuerdo con factores sociales, si bien su existencia es independiente de la sociedad. La observación de que el complejo de Edipo varía en función de la cultura, no lo lleva a la conclusión de que se trata de un hecho universal. No podemos entender la existencia de una formación reactiva, ya sea individual o grupal, sin un sustrato en el “ser” y atribuir a la frustración socio— cultural la génesis causal de la agresividad destructiva. La frustración dinamiza y hace que se manifieste la agresividad existente en el ser, la que será más tarde psíquica y socialmente elaborada. Freud escribió varios trabajos sobre la agresividad destructiva.

---

\* Op. cit. p. 166.

Intentaremos ofrecer a continuación una síntesis muy breve de la contribución de Freud al conocimiento de la naturaleza original del ser humano y sus repercusiones en la organización Social y en la cultura.

Valiéndose de una técnica de acceso al inconsciente, técnica que consiste en la utilización de la situación transferencial paciente-analista, Freud acumuló un acervo de conocimientos sobre los contenidos del inconsciente, su dinámica, su economía y la estructura del aparato psíquico. Demostró que los contenidos del inconsciente inciden, en primera y última instancia, en los procesos de integración y desintegración de la personalidad y de los grupos sociales.

## **II — naturaleza original del ser humano**

Desde el punto de vista dinámico, señaló la existencia de dos impulsos fundamentales, con finalidades originariamente distintas: a) la libido, que rige los objetivos de la integración, al servicio de la auto-preservación, se modifica lentamente hasta abarcar la finalidad de preservar los objetos; b) el impulso destructivo, al ser vicio de la tendencia de la sustancia viva de retornar al estado anterior; este impulso destructivo es sentido por el niño como una amenaza proveniente del mundo exterior, en oposición a un sentimiento que presupone la existencia incondicional.

Algunas de las características inherentes a la naturaleza original se mantienen en el inconsciente y, aunque no integradas en el pensamiento objetivo, se reflejan en las reacciones del hombre como tal. Nos referimos a las cualidades innatas del ello y del inconsciente señaladas por Freud, y que estudiaremos: 1) desde el punto de vista dinámico; 2) desde el punto de vista estructural, a través de las funciones del yo y del superyo; 3) desde el punto de vista económico, en virtud de los mecanismos psíquicos de defensa.

1 — **Punto de vista dinámico.** Es un hecho clínicamente observado que el

curso de la libre asociación de ideas está predeterminado en los pacientes por dos factores: el principio psicológico de la repetición compulsiva y la transferencia. Partiendo de la observación de que en la relación con el analista los pacientes repiten inevitablemente, en forma obsoleta y anacrónica, las mismas soluciones de conflicto mental adoptadas en la infancia, Freud formuló su teoría del principio psicológico de la repetición compulsiva: la compulsión a repetir formas infantiles de conducta frente a situaciones de frustración o de satisfacción, consecuentes con las características de sus impulsos instintivos, entendiéndose por impulso instintivo una disposición filogonéticamente organizada que busca la Satisfacción de un fin determinado, que, prescindiendo del aprendizaje se expresa siempre en la misma forma. Al alcanzar el nivel mental, el impulso instintivo es susceptible de modificaciones parciales en función de factores endopsíquicos y del mundo exterior.

Ese impulso instintivo, una vez dinamizado, produce un estado de tensión orgánica que, para el restablecimiento del primitivo estado placentero, exige acción. A nivel psíquico, la solución de ese estado de tensión está regida, predominantemente durante la infancia, por el principio que Freud denominó del placer y el dolor.

Es el principio del placer y el dolor el que rige las reacciones del niño en sus experiencias con el mundo exterior. Bajo el dominio de este principio del placer y el dolor, la situación de tensión y displacer moviliza al niño hacia la obtención absoluta, ilimitada e incondicional, de la satisfacción de una necesidad vital. La búsqueda de] placer y el rechazo del dolor gobiernan, pues, la mente y las reacciones infantiles. A través de sus contactos con el mundo exterior, el niño no tarda en internalizar la realidad y en advertir que la búsqueda de satisfacción en la dimensión de lo absoluto es inexistente, que provoca dolor y frustración, mientras que la incorporación de la realidad está ligada a un medio

de lograr satisfacción.

Partiendo del hecho de que la mente es conflictual, por estar dividida en estímulos con finalidades antagónicas de vida y muerte, de construir y destruir, Freud desarrolló sus teorías sobre los dos impulsos fundamentales de finalidades opuestas: libido e impulso destructivo. Definió a la libido en función de las características relacionadas con la preservación de la propia vida y con las funciones de integrar, fusionar o neutralizar el dualismo de la disposición innata, que se manifiesta entre los impulsos instintivos, entre yo y superyo, entre mundo interno y mundo externo.

Freud estudió la evolución de la libido desde la infancia hasta la edad adulta, diferenciando tres etapas con características propias: la etapa oral, la anal-sádica y la genital. De acuerdo con su teoría, durante los dos primeros años de vida, las experiencias del niño están marcadas predominantemente por un sentimiento narcisista vinculado a la primacía oral. Bajo el dominio de la oralidad, el propio ser es sentido como el universo único, cuya finalidad es incorporar todo cuanto le procure placer o contribuya a la auto-preservación. En cambio, todo cuanto le produce desagrado o frustración, inclusive el propio impulso destructivo, es percibido como exterior al yo. La gula y la voracidad califican respectivamente a la libido y al impulso destructivo, y el niño es impulsado por un deseo incesante e ilimitado de incorporación de lo “bueno” y expulsión de lo “malo”.

La etapa anal-sádica se caracteriza por el predominio de la relación del niño consigo mismo y con el mundo exterior, en un intento de retener dentro de sí lo “bueno” y lo “ruin”, incorporando al mismo tiempo normas de limpieza para luchar contra la suciedad. Al llegar a la etapa genital, entre los dos y cinco años, parte de la libido narcisista se ha transformado en libido de objeto, en cuyo momento la angustia existencial abarca a ‘os objetos; en otras palabras, la

preservación de los objetos es percibida como tan importante para la auto-preservación como lo fueran en la etapa oral y narcisista la negación y la proyección de los propios impulsos destructivos. A través de la pérdida de los objetivos necesarios para la propia supervivencia, el niño supera sus sentimientos edípicos de envidia y celos por el progenitor sentido como rival y sus deseos de posesión total del progenitor de sexo opuesto al suyo, revistiendo a ambos padres de libido. Su agresividad destructiva pasa entonces a estar dirigida contra personas ajenas al triángulo familiar.

2 — **Punto de vista estructural.** Mientras la libido narcisista evoluciona en libido de objeto, se desarrolla la estructura del aparato psíquico, diferenciándose en ello, yo y superyo. Del ello emanan los impulsos instintivos que en el yo inconsciente se expresan en fantasías. El yo se constituye como parte diferenciada del ello, con las funciones de síntesis entre realidad interna y externa. Pronto cede al *superyo* la función de percepción de estímulos internos, aunque mantiene la función de mediador entre el principio del placer-dolor y el principio de realidad. En la medida en que exista una sintonía interna en el funcionamiento de las tres instancias —ello, yo y superyo el yo estará en condiciones de ejercer sus funciones de mediador y sintetizador de integrar necesidades internas y exigencias socio-Culturales, mediante las capacidades de pensar, discernir y juzgar.

En función de la realización de la experiencia el mundo exterior, una parte del yo se diferencia en superyo. Freud definió la génesis del Superyo en función de una disposición innata plasmada por el ambiente cultural. El superyo resulta de la introyección de la herencia cultural, puesto que se relaciona con las sanciones del grupo social en que el niño crece. En base a la estructura y función de este censor internalizado, la percepción de la realidad interna y externa por el yo queda sometida a la dependencia de la censura del superyo.

Parte de los impulsos no modificados a través de la experiencia permanecen en el inconsciente en estado dinámico, tratando de manifestarlo, o son definitivamente reprimidos por el superyo. Las consecuencias de la no transformación de las cualidades instintivas, de su mal o bien lograda represión, se manifestarán en forma de conflictos psíquicos y de conflictos en la esfera socio-cultural. En función del superyo, la personalidad se encuentra inexorablemente comprometida entre las dos partes: por un lado, las necesidades de su naturaleza original y, por el otro, las exigencias institucionalizadas por los objetivos de la vida en comunidad.

**3 — Punto de vista económico.** La distribución económica de la libido y del impulso destructivo se verifica, según Freud, a través de los mecanismos psíquicos de defensa. Qué proporción de energía libidinoso permanece fijada al yo, qué parte es modificada en catexis de objeto, qué cantidad de agresividad se fusiona a la libido y se subordina a los fines de ésta y, finalmente, qué cantidad de impulso destructivo permanece en el mundo interno o es proyectada al mundo exterior, son problemas de economía afectiva solucionados adecuadamente o no por los mecanismos psíquicos de defensa.

Los mecanismos psíquicos de defensa, disposición innata de la mente, son movilizados por la angustia existencial bajo la forma de fantasías de omnipotencia. En su obra sobre los sueños Freud puso de relieve los procesos primarios de la mente que tienden a la realización de los deseos a través de los mecanismos de desplazamiento y condensación, sin consideración alguna por el principio de realidad. La represión, primaria y secundaria, fue uno de los primeros mecanismos señalados por Freud: el “splitting” y la fusión de los impulsos primarios, la proyección e introyección, la negación, la idealización, la formación reactiva y la sublimación, entre otros, fueron exhaustivamente estudiados por Freud en relación con los procesos secundarios.

Bajo el dominio del sentimiento de omnipotencia, las fantasías inconscientes

son percibidas como reales, así como omnipotentes los mecanismos de defensa. De este modo, al ser percibido como realidad el resultado de la operación omnipotente de los mecanismos de defensa, el niño cree en su yo idealizado a través de la introyección y la represión, y en el objeto transformado en perseguidor o idealizado.

Sometido al absolutismo de las exigencias de los impulsos instintivos que contrasta con la situación de total dependencia del ambiente que requiere para su supervivencia, el niño se siente protegido de la angustia existencial por la creencia en las fantasías de omnipotencia de sus mecanismos psíquicos de defensa.

El pensamiento mágico es característico de la mente infantil y de los pueblos primitivos. Sin embargo, nuestra civilización conserva aún creencias, supersticiones, pensamientos, mitos e instituciones marcados por el sentimiento omnipotente.

### **III — interacción entre procesos psíquicos y procesos socio-culturales**

Puesto que el ser biológico hombre deviene ser humano en función de la acción conjugada de procesos que se desarrollan a distintos niveles (biológico, ecológico, psicológico, sociológico, cultural), el estudio de este hecho requiere la cooperación simultánea de especialistas en diferentes campos científicos. Sin embargo, mientras las facultades e instituciones universitarias sigan siendo compartimentos - estancos, las universidades Continuarán obstaculizando la adopción de una actitud científica. La investigación dentro de este campo presupone la colaboración de científicos especializados en distintas ramas de la ciencia, artificio indispensable para el conocimiento de la interacción de *los* procesos y de la *unicidad* del objeto en estudio. Esta corriente de pensamiento está, no obstante, siendo adoptada por Varios científicos y en la actualidad se está infiltrando en la estructura de algunas Universidades

Una de las críticas dirigidas contra los psicoanalistas se refiere al aislamiento

en que trabajan. Acatando esta crítica, con el propósito de estudiarla, enfocaremos dos de sus aspectos: 1) reacción contra el psicoanálisis, como resultado de la resistencia inconsciente; 2) contingencia de la formación del psicoanalista.

## **1 — Reacción contra el psicoanálisis**

Pionero en la investigación del inconsciente y en la creación de la técnica adecuada para el acceso al objeto de su estudio, Freud debió enfrentar la fuerte oposición de los medios científicos y si siguió adelante fue debido a las características geniales de su talento. La tarea del descubridor es siempre más espinosa que la de sus seguidores, sobre todo si cuando en el camino hacia la meta tropieza con fuerzas contrarias, como ocurre en el caso del inconsciente. El hombre lucha contra su propia naturaleza y por esta razón consume gran parte de sus energías en evitar su propio conocimiento. Para mantenerse inconsciente el individuo recurre a falsas racionalizaciones en las cuales cree, a significados carentes de realidad pero represivos, a formaciones reactivas dolorosas como las enfermedades mentales y las psicosomáticas; y no sólo eso sino que en función de la resistencia inconsciente, el hombre institucionaliza y crea cultura.

Cuando Freud empezó a divulgar los resultados de *sus* investigaciones, atrajo contra sí mismo y por consiguiente contra el psicoanálisis, un rechazo hostil y generalizado. Sus ideas despertaban angustia, eran sentidas como una amenaza, como un agravio contra el hombre moral, el hombre religioso, las instituciones y los significados culturales. Los aspectos de esta resistencia fundados en la herida narcisista y la angustia, han sido superados; es evidente que la civilización moderna ha incorporado a su cultura significados conscientizados por Freud. Sin embargo, el psicoanalista sabe que la resistencia es un fenómeno

inagotable, porque también el inconsciente es inextinguible. En ese clima de resistencia inconsciente trabaja el psicoanalista, pero es sobre todo ese clima el que lo aísla, el que le obliga a aislarse. Precisamente debido a la resistencia inconsciente, que también existe en el psicoanalista, las discusiones abiertas a legos en psicoanálisis terminan por convertirse en un diálogo entre sordos. No obstante, nos parece evidente que se están operando ciertos cambios culturales, que se reflejan en la receptividad con respecto a la admisión del inconsciente y de alertas manifestaciones de la sexualidad y la agresividad en las que hasta hace muy poco, aunque actuadas, no estaba permitido “pensar” ni verbalizar. Ese cambio de actitud ha posibilitado la inclusión del psicoanálisis en la labor de equipo con antropólogos, sociólogos y psicólogos. Y será ese trabajo en equipo el que permitirá que el psicoanálisis y las ciencias sociales avancen hacia la integración del conocimiento evolutivo del hombre en sus dimensiones de conciencia e inconsciente.

2 — **Formación del psicoanalista.** Los científicos que militan en el campo de la psicología y de las ciencias sociales deben someterse a una formación especial de la personalidad, puesto que el investigador y el objeto de su investigación son de la misma naturaleza. Levi-Strauss (\*) se refiere a la formación del antropólogo en los siguientes términos: “... Es por una razón muy profunda, relacionada con la naturaleza misma de la disciplina y con el carácter distintivo de su propósito, que el antropólogo necesita de la experiencia de campo. Representa un momento crucial de su educación. Antes de tal experiencia podrá poseer conocimientos discontinuos que jamás conformarán un todo; sólo después de ella sus conocimientos se constituirán en un conjunto orgánico y adquirirán de pronto el sentido de que hasta entonces carecían. Esta situación presenta grandes analogías con la que prevalece en el psicoanálisis: es hoy un

---

\* Claude Levy-Strauss, Antropología Estructural. Trad. de O. S. Katz y Eginardo Pires, Tenipo Brasileiro, Rio de Janeiro, 1967, pág. 417.

principio universal-mente reconocido que la práctica de la profesión analítica requiere una experiencia específica e insustituible: la del análisis personal; es por ello que todos los reglamentos imponen que el futuro analista haya sido analizado a su vez. Para el antropólogo, la práctica de campo constituye el equivalente de esta experiencia única; como en el caso del psicoanálisis, la experiencia, podrá tener éxito o malograrse y ningún examen ni concurso proporciona el medio de resolver en uno u otro sentido. Sólo el criterio de miembros experimentados de la profesión, cuya obra atestigüe que ellos mismos han dado vuelta el recodo, puede decidir si y cuando el candidato a la profesión antropológica habrá realizado, en su campo esta revolución interior que hará de él, verdaderamente, un hombre nueva

En la creación de la técnica del psicoanálisis, Freud no contó con la colaboración de precursores sino con su propio talento. Por razones análogas a las expuestas por Levi-Stauss, es condición fundamental el psicoanálisis didáctico del candidato a la formación profesional. Esta exigencia de las asociaciones psicoanalíticas ha sido motivo de críticas contra los psicoanalistas. El lenguaje del inconsciente tiene expresiones y connotaciones extrañas al pensamiento consciente. Para reconocerlas, el psicoanalista debe estar habituado a establecer contacto con su propio inconsciente y adquirir el “insight” que le permitirá a su vez entrar en contacto con el inconsciente de sus pacientes, sin contaminarse con proyecciones e identificaciones. Hasta cierto punto, la terminología psicoanalítica sólo puede ser utilizada por el psicoanalista, del mismo modo que una radiografía encefalográfica sólo puede ser interpretada por el psicoanálisis. Sin embargo, cuando se trata de psicoanálisis, ese aspecto de la realidad suele ignorarse, y con frecuencia se hace uso inadecuado de los conceptos psicoanalíticos al aplicarlos en el plano socio-cultural.

El capítulo que intitulamos “Naturaleza original del ser humano” constituye nuestro esquema referencial para los fines de utilizar los conceptos de Freud en

su aplicación a la Antropología y a la Sociología.

El interés de Freud en el pasado de la especie, expresado en sus estudios sobre Prehistoria:

Antropología. Mitología y Sociología, fue el resultado de conocimientos adquiridos a través de sus estudios del pasado del individuo, estudios que lo llevaron a conclusiones tales como (a) que el desarrollo psíquico durante la infancia reproduce ontogenéticamente la evolución filogenética de la especie; (b) que el individuo normal e enfermo está sujeto a regresar a aquellos puntos de fijación de la libido establecidos durante el desarrollo infantil; (c) que los conflictos infantiles no superados entre las necesidades vitales y las exigencias del mundo exterior se mantienen en el inconsciente por medio de la represión; (d) que las frustraciones sentidas como intolerables pueden hacer fracasar la represión, con el consiguiente comportamiento hostil auto o aloplástico; (e) que el mecanismo psíquico de sublimación transforma los propósitos de la libido narcisista en propósitos socio-culturales; (f) que la civilización actúa como proceso de transformación de la naturaleza original (socialización y culturización), aunque persiste inevitablemente un residuo de frustración, y como proceso de represión (coerción a través de leyes, sanciones y castigos) es internalizada en la instancia psíquica denominada superyo.

A partir del tratamiento de casos clínicos, Freud comprobó la importancia del pensamiento omnipotente en el origen de la imaginación mítica y estableció un paralelo con lo que acontece con el pensamiento mítico del hombre primitivo. Frente al temor de amenazas provenientes de sucesos internos y externos desconocidos el recurso al pensamiento mítico es elaborado en las construcción de mitos, como un medio de solucionar el conflicto mental y grupal, llegando a la conclusión de que el mito es un pro-ducto del pensamiento omnipotente elaborado filogenéticamente y transmitido genética y culturalmente. La creencia en la omnipotencia es más intensa y generalizada en las culturas primitivas que

en nuestra civilización, en los psicóticos que en los no psicóticos, en el niño que en el adulto; entre los psicóticos, obedece a la capitulación del yo frente a las exigencias del ello y los debilitamientos e imposiciones del superyo; en el niño, en cambio, es el resultado de la inmadurez emocional e intelectual y de su estado de total dependencia para sobrevivir.

Observando el paralelismo entre las fantasías inconscientes organizadas en mitos individuales y el contenido de los mitos griegos (como por ejemplo el mito de la inmortalidad, el del paraíso perdido, el mesianismo, la bisexualidad, el mito de Edipo y otros), Freud tomó dichos mitos como modelos seculares para la formulación de algunas teorías psicoanalíticas.

En base a la transmisión genética y cultural de los contenidos mentales, en **Totem y Tabú** encontramos una hipótesis sobre el origen de la Civilización, vinculada a la evolución de la familia. Posteriormente al dominio del macho más fuerte, arbitrario e ilimitado, los jóvenes se congregaron en bandos, descubrieron que unidos eran más fuertes que el individuo aislado y se superpusieron de este modo a los padres. La observancia de tabúes constituyó el primer derecho o ley de la comunidad totémica, en la cual el totem representa al padre ancestral que debe ser preservado. Las fantasías de parricidio y filicidio, así como las de incesto, fueron sometidas a la represión, a la vez que las relaciones entre los miembros de una familia fueron institucionalizadas y sancionadas por la costumbre y por la ley.

Ni la represión ni los procesos socio-culturales extinguieron, en la fuente original del inconsciente, las fantasías ligadas al parricidio, al filicidio y al incesto. Hasta el día de hoy las instituciones y las leyes luchan por mantener inhibidos en sus fines tales impulsos. Asistimos hoy a un movimiento juvenil de alcance universal, empeñado en promover cambios socio-culturales. Definen sus metas como el logro de derechos más amplios de participación en los bienes

colectivos y la libertad sexual. En particular en los grupos de jóvenes con actitudes extremas, es evidente que matan impulsados por la violencia de creencias míticas y que se rebelan contra el trabajo, la limpieza y el orden debido al carácter regresivo de su afectividad que los induce a buscar placeres infantiles en la suciedad, en la promiscuidad sexual o en las satisfacciones sexuales pregenitales, como la homosexualidad. El individuo psíquicamente perturbado revive sus conflictos infantiles en actos contra su propia persona y contra el mundo exterior, exponiéndose a peligros reales, como el de destruir o ser destruido, de acuerdo con el pensamiento omnipotente que sitúa objetivos y fines en la dimensión de lo absoluto, contra la “violencia” de mitos que ya no cumplen las funciones de solución de conflictos.

Al exponer su concepto de civilización y cultura, Freud tomó como punto de partida la disposición dualista de la naturaleza humana, que se pone de manifiesto en los objetivos de la libido que tiende a la integración, a la unidad, a la construcción de cultura para la protección de la existencia individual y grupal, y aquella otra ‘disposición expresada en los fines de los impulsos destructivos que actúan en sentido opuesto, es decir, que tienden a la destrucción del individuo, de los grupos humanos, a la disgregación mental y social y, en última instancia, al retorno al estado inorgánico. Las manifestaciones de los aspectos destructivos de la naturaleza original del hombre pueden ser observadas con mayor claridad en los estados de tensión socio-cultural, en los que se circunscriben las áreas de máxima frustración. Creemos que en el mundo actual, el desnivel cada vez más intolerable entre los grupos dominantes y los dominados, tiene como causa de frustración la excesiva satisfacción del placer narcisista, a través del ejercicio de poderes con características de pensamiento omnipotente y la satisfacción de la codicia, en la tentativa de satisfacer lo insaciable, lo cual implica restricciones exageradas a una mayoría dominada. Paralelamente a lo que ocurre con el individuo en estado de frustración intolerable, en el plano social la frustración dinamiza dos movimientos: el de

cambio social cuya meta es el progreso, y la involución social a través de la regresión, es decir, por destrucción o pérdida de las adquisiciones culturales.

La Sociología nos enseña que la estructura social se establece en función de la acción conjugada de los individuos por la obtención de la satisfacción de necesidades e intereses comunes. Una consecuencia necesaria es la división del trabajo, puesto que en base a las diferentes funciones se definen los papeles y el status de los miembros de una sociedad. La socialización del niño desde el punto de vista de los procesos sociales se cumple a través de la trasmisión del patrimonio socio-cultural por medio de la identificación y de las expectativas de comportamiento. Investigando lo que acontece en la intimidad de la relación del niño con los padres, Freud facilitó y esclareció nuestra comprensión del proceso social de la trasmisión del patrimonio social de una generación a otra. La trasmisión de las formas de sentir pensar y reaccionar, socialmente definidas en pautas de conducta, son inconsciente y socialmente aceptadas por el niño a través de los mecanismos psíquicos de proyección e introyección y reelaborados, bajo la total dependencia de la interacción de los procesos psíquicos Y los procesos sociales. En lo que se refiere a los factores psíquicos, la socialización depende de la intensidad con que el niño se mantiene bajo el dominio del principio del placer, de la libido narcisista y de los impulsos destructivos; en cuanto a los factores sociales, todo depende de la intensidad de las frustraciones con que las exigencias externas confrontan al nuevo ser. Es en la interacción de los procesos psíquicos y los procesos sociales donde se sitúa, en mayor o menor grado, la fijación de libido a niveles pregenitales; la persistencia de impulsos destructivos no neutralizados, la búsqueda de satisfacción del placer incondicional, de la omnipotencia narcisista, la codicia y la envidia. Freud percibió en la defensa apasionada de la igualdad y la justicia social una reacción frente a la envidia.

“El más civilizado es el que se consagra mas a evitar el dolor que a proporcionar placer”. Definiendo de este modo la característica de nuestra

civilización, Freud ponía en evidencia su efecto en la disminución de la capacidad para los placeres de la vida. Consideró que a través del estudio de los disturbios sociales podría lograrse un mejor acceso a la psicología del yo. La veneración por el yo ideal, que puede convertirse en ideal común de la familia, de la clase social y de la nación, puso de relieve el hecho de que el ideal común contiene un componente homosexual y narcisista y que cuando existe una perturbación, esa libido homosexual es transformada en culpa o angustia social; la desaprobación de los padres se transforma en una amenaza de la opinión pública.

Al responder al interrogante que se planteó —por qué una comunidad civilizada no puede estar constituida por pares de individuos felices, ligados por intereses comunes— Freud puso de relieve la hostilidad primaria: “Debido a la hostilidad primaria de los hombres entre sí, la sociedad civilizada está perpetuamente amenazada por la desintegración. La cultura necesita apelar a todos los recursos posibles a fin de erigir barreras contra los instintos agresivos del hombre.” En cuanto a la agresividad destructiva del hombre, nos remitimos a las palabras de Bertand Russell, transcriptas por Jones en su libro “Sigmund Freud, Life and Work”, página 369: “Tampoco parece probable que los impulsos de crueldad puedan ser rastreados retrospectivamente en causas económicas, sin dejar residuos. En la medida en que éstos existan, todo sistema que confiera a algunos hombres poder sobre otros, como debe otorgarles todo sistema, correrá el riesgo de convertirse en causa de sufrimiento. Se infiere entonces que, incluso en el caso de grandes comunidades, el ángulo exclusivamente económico es una simple Esquematización, y que para el conocimiento del saber político es indispensable un enfoque más psicológico.”

La superación de resistencias inconscientes es perceptible tanto en el plano individual de la personalidad como en el plano social, teniendo en cuenta que lo psíquico y lo social se encuentran intrínsecamente estructurados. Al nivel psí-

quico se establece la economía entre los niveles conscientes e inconscientes según la función del superyo, entre los impulsos instintivos y SUS modificaciones a través de los mecanismos de sublimación; a nivel social, la economía se verifica por medio de procesos socio-culturales. Así como la supresión de una represión conduce a la incorporación de partes del inconsciente en la conciencia, lo cual trae aparejado una modificación en la organización de la personalidad, la supresión de represiones sociales da lugar a modificaciones en la estructura social por el surgimiento de nuevos significados culturales. Creemos que la absorción o incorporación cultural de elementos y conceptos de la teoría psicoanalítica, por ejemplo de aquellos referentes a la represión de la sexualidad infantil, traerá aparejada una modificación en la educación sexual del niño.

Los significados culturales y las sanciones sociales son resultantes de la elaboración de las proyecciones de fantasías (impulsos instintivos) proyectados hacia el mundo exterior; los significados culturales y las sanciones sociales son a su vez introyectados y psíquicamente re-elaborados por el mecanismo de sublimación, sancionados por el superyo.

En “Malestar en la cultura” Freud presentó un análisis minucioso del sadismo del superyo ligado a sentimientos de culpa, mucho más riguroso que las sanciones sociales. En tales condiciones el superyo se constituye en una poderosa barrera contra nuevo y se *opone* por lo tanto a los movimientos de cambio social. Por otro lado, la declinación de los mitos, como consecuencia de un proceso antirrepresivo, confiere un carácter decisivo al proceso de transformación sociocultural, debido a la activación de la agresividad violenta y destructiva que puede aparecer tanto en el grupo que pugna por liberarse de mitos arcaicos como por aquéllos que luchan por su mantenimiento.

El hombre es el único animal capaz de crear cultura con el fin de proteger su

propia existencia y adquiere y utiliza con éxito conocimientos acerca de las leyes de la naturaleza. Su cultura falla en lo que se refiere al establecimiento de un *modus vivendi* entre los hombres. Las frustraciones derivadas de las distancias que existen entre la búsqueda de satisfacción de las necesidades vitales y las exigencias institucionalizadas como medio de satisfacción, se reflejan en los conflictos mentales y sociales. Al respecto, en *su* capítulo sobre Sociología, Freud se expresó en los siguientes términos: “Toda cultura está basada en el trabajo compulsivo y en la renuncia individual y por lo tanto suscita inevitablemente la oposición de quienes se ven afectados por tal exigencia... Las medidas coercitivas y otras destinadas a reconciliar a los hombres con la cultura y a recompensarles sus sacrificios pueden ser descritas como la esfera psíquica de la cultura”.

Es vasta la bibliografía de autores —psicólogos, sociólogos y antropólogos— que incluye capítulos sobre las contribuciones de Freud. No obstante, los científicos suelen llegar a conclusiones discordantes por dos motivos: la transformación, por ellos ignorada, de los conceptos freudianos, y la utilización de una inadecuada técnica de investigación para lograr el acceso al inconsciente. Pese a todo ello, el científico está alertado en cuanto al hecho “inconsciente”. Recordemos la expresión jocosa de Freud: “Despiertos, me refutan, pero cuando duermen, sus sueños confirman mis ideas”.

# TEORIA Y PRACTICA EN PSICOANALISIS

## LA PRAXIS PSICOANALITICA (\*)

JOSE BLEGER

(Buenos Aires)

Mi propósito en esta oportunidad es el de ocuparme de algunos problemas relativos a la teoría y la práctica del psicoanálisis, especialmente a las interrelaciones entre ambas. Estos han ocupado mi interés desde los comienzos de mi propia formación psicoanalítica y considero que constituyen situaciones cruciales del psicoanálisis aún contando con que él mismo cuenta ya con un desarrollo que abarca tres cuartas partes de siglo. Para no abundar en antecedentes o en una revisión bibliográfica del problema —ya que esto no es mi objetivo de este momento— señalaría como un artículo introductorio a lo que voy a desarrollar “Comentarios sobre la correlación entre la teoría y la técnica” de S. Lorand (<sup>1</sup>) aún no estando de acuerdo con la totalidad de lo allí desarrollado. Desde que este artículo fue escrito los problemas alrededor de este tópico se han ido acumulando y la bibliografía enriqueciendo aún más hasta llegar a planteos mucho más complicados de los que podíamos haber pensado hace pocos lustros (<sup>2</sup>).

Los desarrollos epistemológicos han complicado también la revisión de los problemas que plantea el psicoanálisis ya que de ninguna manera podemos actualmente aceptar el esquema ingenuo que supone (aún para la psicología y el

---

\* Recibido para su publicación en marzo de 1970.

<sup>1</sup> Lorand, S.: **Estudios Clínicos de Psicoanálisis**. Buenos Aires. Ed. Nova, 1954.

<sup>2</sup> Véase, por ejemplo: Hook, S.: **Psychoanalysis. Cientific Method and Philosophy**. New York, Int. Univ. Presa, 1959.

Hilgard, E. E.; Kuhie, R.: Pampian Mindlin, E.: **Psychoanalysis as Science**. California. Stanford Univ. Press. 1952.

psicoanálisis) que los hechos “están ahí” y que ateniéndonos a la observación y estudio de los mismos es de donde deducimos las hipótesis y posteriormente las teorías, que pueden ser validadas o confrontadas volviendo a dichos hechos.

Este aspecto, así como tantos otros, no atañe exclusivamente al psicoanálisis sino que constituye un problema mucho -más general que abarca la estructura y la caracterización de todo conocimiento científico y en todas las disciplinas. Pero si he citado este punto lo he hecho no con la intención de discutirlo sino expresamente la de omitirlo porque no atañe específica o únicamente al psicoanálisis; pero un derivado de este punto nos atañe sí a los psicoanalistas en tanto significa la necesidad de no pretender que el conocimiento psicoanalítico responda a exigencias ya perimidas o sobrepasadas. El psicoanálisis como totalidad viene a ahondar la crisis de un tal esquema de la ciencia, así como las de otros,

Estrechamente ligado a la discusión epistemológica general antes citada, se halla el problema de las relaciones entre teoría y práctica, pero consideradas ahora sí específicamente en el psicoanálisis: la teoría -desarrollada y explicitada no siempre coincide con la teoría implícita en la práctica. Toda práctica implica siempre una teoría de dicha práctica y ocurre en psicoanálisis un fenómeno singularmente importante a esta altura del -desarrollo del conocimiento psicoanalítico; la teoría explicitada puede no coincidir e no coincide efectivamente con la teoría implícita en la tarea práctica. Tomar conocimiento de estas disparidades significa un esclarecimiento importante que de por sí puede llevar a desarrollos teóricos y prácticos más ajustados o correctos. Tratando de aclarar aún más este último punto, quiero señalar que en las teorías psicoanalíticas con que contamos en la actualidad podemos encontrar contradicciones o diferencias no sólo en las teorías entre sí sino puntos incompatibles en el desarrollo de una misma teoría. Pero no es del análisis lógico que

quiero ocuparme en esta oportunidad sino específicamente de las divergencias entre la teoría psicoanalítica y la teoría implícita no totalmente formulada ni asimilada —ésta última— en el cuerpo teórico del psicoanálisis.

En un libro <sup>(3)</sup> publicado hace años formulé un diagnóstico de esta situación señalando que existe una triple divergencia: la teoría psicoanalítica es eminentemente histórico - genética mientras que la teoría implicada en la práctica es fundamentalmente situacional, y ésta discrepancia se ha ido profundizando en la medida en que el trabajo psicoanalítico se ha centrado progresiva y fundamentalmente en la transferencia-**contratransferencia**. Un segundo punto de este triple diagnóstico es el que nuestra teoría psicoanalítica es fundamentalmente dinámica mientras que la teoría implícita en nuestra práctica es fundamentalmente dramática. Y el tercer punto del triple diagnóstico es que la teoría está estructurada sobre los principios de la lógica formal mientras que el desarrollo práctico se realiza respondiendo a la lógica dialéctica. Sigo manteniendo estos tres puntos como totalmente válidos y correctos y me interesa desarrollarlos sumariamente aquí tanto como agregar algunos otros aspectos que se han ido aclarando desde aquellas afirmaciones que he reproducido.

Volviendo al primero de los puntos, se puede afirmar que el énfasis histórico-genético de la teoría psicoanalítica se orienta a la búsqueda de los factores disposicionales y de las fijaciones contando al acaecer terapéutico y a la transferencia como una repetición de aquella fijación marcada por la disposición. De las tres series complementarias señaladas ya por Freud se puede sin lugar a dudas decir que la teoría psicoanalítica elaborada por él mismo no se ocupa básicamente de los factores constitucionales ni de los

---

<sup>3</sup> Bleger, S.: Psicoanálisis y dialéctica materialista. Buenos Aires. Paidós, 1958.

factores precipitantes de una neurosis o psicosis sino de la disposición, es decir, de la segunda serie complementaria; esto significa rastrear los sucesos infantiles que habiendo actuado sobre factores constitucionales dejaron marcada la disposición y que la finalidad terapéutica del psicoanálisis se orienta a modificar esta disposición tratando de superar las fijaciones y la compulsión a la repetición a través de una rectificación de las experiencias y por lo tanto de la estructura de la personalidad. El símil reiteradamente utilizado por Freud de la investigación psicoanalítica como comparable a una investigación arqueológica no deja ningún lugar a dudas sobre la veracidad de estas afirmaciones.

Paralelamente a este desarrollo teórico explícito, la introducción de una comprensión progresiva del fenómeno de la transferencia y por sobre todo la orientación técnica del trabajo sistemático en la transferencia lleva a que, aún reconociendo los factores disposicionales y por lo tanto la dirección histórico-genética, el trabajo “arqueológico” no queda evidentemente suprimido pero sí queda en cierta proporción superado e incluido en una orientación de la práctica hacia un trabajo en la relación interpersonal sobre la situación presente, y éste último enfoque técnico ha sacado ventajas a aquél del develamiento o reconstrucción de la historia infantil del sujeto.

La transferencia, por otra parte, ha llevado a la necesidad de estudiar e incorporar sistemáticamente al trabajo y a la teoría analítica la relación interpersonal y a subrayar las relaciones de objeto por encima o por lo menos a la par de las tendencias instintivas y es así como la relación interpersonal y la relación de objeto están tratando de llenar este vacío en la teoría psicoanalítica tanto como cubrir la brecha entre la teoría explícita y la teoría implícita de nuestra práctica. No es posible desconocer que desde los escritos más tempranos

de Freud él haya señalado la relación objetal como una de las características fundamentales de los impulsos instintivos y que la relación de objeto no ha sido dejada del todo de lado aún por el mismo Freud, ya que ésta reaparece reiteradamente en distintos estudios (como por ejemplo en su descubrimiento de la identificación), pero no es menos cierto que en el desarrollo teórico impulsado por el mismo Freud fue dejando de lado la importancia de la relación objetal al enfatizar siempre los aspectos instintivos histórico - genéticos,

Ligado a este punto que estoy comentando se da el problema teórico y práctico de las neurosis actuales y las psicosis. Así, seguimos teóricamente repitiendo y enseñando las neurosis actuales cuando en nuestra práctica (por lo menos en la mía) la diferencia entre neurosis actuales y psiconeurosis no existe. Y cito este ejemplo por el hecho que las neurosis actuales constituyen en la teoría psicoanalítica prototipos de decursos constitucionales histórico-genéticos que teóricamente son inaccesibles al psicoanálisis, pero que tratadas y comprendidas en la relación transferencial, no ofrecen ninguna diferencia con las psiconeurosis.

Un problema de aún más vasta repercusión lo constituye el capítulo teórico de las neurosis narcisísticas, entendiéndolo por ello aquellas neurosis o psicosis que no presentan el fenómeno transferencial y que por lo tanto son inaccesibles a la terapia psicoanalítica porque en ellas el suceso o los sucesos histórico-genéticos son prevalentes (en la afirmación teórica de Freud) en tal magnitud y calidad que no se puede contar con una situación presente ni con una transferencia que pueda ser rectificadas. La práctica misma ha dejado pasar durante muchos años estas afirmaciones como correctas y esto se debe al hecho singular dado por el fenómeno epistemológico ya señalado al comienzo que es el que los hechos nunca se presentan “desnudos” sino que se hallan siempre ensamblados con una teoría. Fue necesario un desarrollo de la práctica pero a su vez un desarrollo

teórico implícito para poder abarcar los fenómenos narcisísticos como fenómenos también transferenciales y en este sentido ya no nos queda ninguna duda que todas las perturbaciones psicóticas presentan fenómenos transferenciales y que por lo tanto no nos vemos enfrentados exclusivamente con un fenómeno o con fenómenos que ocurrieron en el decurso histórico-genético de la vida del *sujeto de una Vez* para siempre sino también son sucesos, fenómenos y relaciones presentes o actuales y con Una situación que puede ser enfrentada técnica y terapéuticamente

Un segundo aspecto del diagnóstico de una triple contradicción en psicoanálisis, se refiere a la relación o contraposición entre dinámica y dramática: consiste en que la dramática es una Comprensión del ser humano y de su comportamiento en términos de sucesos que se refieren a la vida misma de los seres humanos considerada como tal, mientras que la dinámica trata de **reducir** la dramática al interjuego de fuerzas y en tal magnitud que, des-de el punto de vista teórico, las fuerzas e instintos predominan y aún determinan los sucesos humanos. Con frecuencia he visto que esta diferencia se ve comprometida en su comprensión por el hecho de que tanto la dramática como la dinámica incluyen el conocimiento o estudio de los fenómenos psicológicos en su devenir, en sus transformaciones, en sus conflictos, y si bien éstas últimas características corresponden tanto a la dramática como a la dinámica, no es menos cierto que la diferencia no radica en el movimiento y transformación sino en qué es lo que se mueve y transforma: en el caso de la dramática es el ser humano con sus características, su vida y su comportamiento humano, mientras que en el caso de la dinámica son fuerzas o instintos.

El problema se complica aún más pero no hay otra alternativa que enfrentarlo: la dramática puede ser esquematizada y puede ser beneficioso su estudio con una reducción a vectores y fuerzas (tal como lo hace por ejemplo Kurt Lewin en sus estudios topológicos) pero en esta última utilización ‘de la dinámica no se

debe proceder a la inversa: transformar los vectores, que constituyen representaciones de situaciones dramáticas, en móviles que condicionan u originan los sucesos humanos. En otros términos, la dinámica es una representación o un modelo de la dramática y no su causa.

El enfoque dinámico es el que sustenta la teoría de los instintos y la concepción económica tal como fueran introducidas por Freud. La utilización de esos dos últimos enfoques puede tener valor desde el punto de vista heurístico pero no se debe confundir un procedimiento de análisis, o un procedimiento de facilitación del estudio y la investigación con los fenómenos o sucesos que se están estudiando. Y esta confusión ha ocurrido en psicoanálisis, en tal magnitud que la teoría se halla totalmente desarrollada en la dirección de la dinámica y ha pasado desapercibido que la técnica y la práctica psicoanalítica de ninguna manera recurren a la dinámica sino que trabajan u operan totalmente en la -dramática. Esto tiene mucho que ver con la crítica que hacemos a los psicoanalistas silvestres cuando utilizan concepciones dinámicas en el trabajo psicoterapéutico pero es una crítica que nos dejamos hacer cuando se trata de nuestra propia teoría. Es posible que estemos arrastrando en esto una herencia de la época en que todo el psicoanálisis fue “psicoanálisis silvestre”.

Un tercer aspecto de las contradicciones entre teoría y práctica emerge del hecho que la dramática de la relación interpersonal configurada en el campo psicoanalítico y en la transferencia se desarrolla y es comprendida y conducida de una manera implícita y automática de acuerdo con el pensamiento dialéctico, mientras que la teoría se halla desarrollada siguiendo las leyes de la lógica formal. De esto deriva, entre otras cosas, la postulación en la teoría de términos antinómicos independientes y el proceso psicológico considerado como lucha de opuestos formales, retraducidos en entidades. Es lícito concluir, de acuerdo con este diagnóstico que estoy desarrollando, que muy posiblemente un desarrollo teórico formulado dialécticamente haga inútil la contraposición de, por ejemplo, fenómenos concientes por un lado e inconcientes por otro, de proceso

primario y secundario, del enfoque topográfico, del enfoque dinámico, y económico, etcétera.

Este triple diagnóstico se completa y se relaciona con el examen realizado por Politzer de la trasposición, la abstracción y el formalismo con las características fundamentales de la estructura u organización de la teoría psicoanalítica y sobre cuyos detalles no entraré en estos momentos ya que de este último punto me he ocupado en forma especial mucho más recientemente.

Es posible derivar un diagnóstico único de estas tres contradicciones entre teoría y práctica que he señalado; todas se pueden reducir y comprender unitariamente si se las formule como el reflejo en la teoría psicoanalítica de la alienación que lleva siempre implícita una de-dialectización de la dramática, del ser humano como totalidad, incluidas sus relaciones interpersonales; esta alienación y de-dialectización también se llevó a cabo en la teoría psicoanalítica tanto como en muchas otras teorías de otros campos de la investigación, y no únicamente en las así llamadas ciencias del hombre, sino en el conocimiento científico en su totalidad.

Reconsiderando estas últimas afirmaciones podría decirse, sin forzar de ninguna manera los hechos, -que de la misma manera que la neurosis es invariablemente un fenómeno de alienación humana, la teoría se ha estructurado reflejando en su propia estructura la misma alienación y la misma de-dialectización del proceso neurótico sin desarrollarlo como conocimiento y como esclarecimiento científico de dicha alienación sino cumpliendo las mismas leyes que se cumplen en la producción, establecimiento y mantenimiento de la neurosis, que radica fundamentalmente en una desarticulación del proceso o el acontecer de la dramática humana en elementos disociados con una consiguiente paralización del proceso dialéctico (psicoanalíticamente: en disociaciones).

Un aspecto estrechamente relacionado con lo que estoy exponiendo se refiere

a la falta de discriminación y utilización alternante o equivalente de lo que podríamos llamar los enfoques naturalista y fenomenológico. Por enfoque naturalista entendemos la actitud que el científico adopta en el estudio de los fenómenos naturales, considerando los hechos que estudie y hasta el conocimiento mismo derivado de este estudio, como fenómeno totalmente ajeno al sujeto que los estudia. Por enfoque fenomenológico entiendo aquí el estudio de los fenómenos en tanto tales —no transformados en cosas— tal como son percibidos, vivenciados o experimentados por el sujeto que los estudia tanto como por el sujeto estudiado. Freud ha declarado explícitamente que su proyecto de construcción de una psicología científica se basa sobre un modelo naturalista y por lo tanto —deducimos— también en una actitud o enfoque del mismo carácter. Y lo logró. Pero al mismo tiempo crea una psicología eminentemente comprensiva en contradicción con su enfoque naturalista (<sup>4</sup>).

Esta superposición de los enfoques naturalista y fenomenológico se da no solamente entre teoría y práctica sino también dentro de la teoría y dentro de la práctica.

Es fácil comprender que el enfoque naturalista se halla estrechamente relacionado con el punto de vista dinámico por el cual se describe, comprende y explica al ser humano y los sucesos humanos en términos de entidades totalmente ajenas al investigador y a los sujetos que estudia, pero no deja de ser en cierta medida paradójico el hecho que el enfoque naturalista existe también dentro de la dramática y no solamente dentro de la dinámica. Es cierto que la comprensión de los fenómenos transferenciales y contratransferenciales tanto como el trabajo sistemático en el contexto de las mismas reduce las posibilidades de este enfoque naturalista dentro de la dramática, pero no es menos cierto que de todas maneras esta última no ha sido totalmente subsanada

---

<sup>4</sup> Las opiniones son divergentes en cuanto a la relación o exclusión entre naturalismo y hermenéutica en psicoanálisis (Sartre, Merleau Ponty. etc.). Una visión panorámica del tema se hallará en Ceriotto. C. L.: **Fenomenología y psicoanálisis**. Buenos Aires. Ed. Troquel. 1969.

del primero, y por sobre todo y fundamentalmente no ha sido subsanado el enfoque naturalista en la teoría psicoanalítica; en otros términos, las consecuencias de tomar conocimiento de los fenómenos trasferenciales y contratransferenciales tanto como de la configuración del campo analítico no ha redundado en una rectificación de las teorías psicoanalíticas en la medida en que estas tienen el sello o la “impronta” de la época del “psicoanálisis silvestre”.

Así, la teoría psicoanalítica comenzó y aún sigue siendo, en gran proporción, unipersonal mientras que la situación analítica como campo con los fenómenos de transferencia y contra-transferencia significa que permanentemente los fenómenos no son unipersonales sino bipersonales, relacionales. Puedo volver a recordar que la relación objetal señalada por Freud entre las características del instinto constituye ya el inicio de este proceso de rectificación pero no es menos cierto que este último no ha sido llevado a cabo sistemáticamente y que la dirección de la teoría psicoanalítica sigue siendo unipersonal, impulsivista y que esta última dirección se ha visto aún más enfatizada, como lo he señalado anteriormente, por el carácter an-objetal atribuido a las neurosis actuales tanto como a los fenómenos psicóticos y al narcisismo.

En cuanto al enfoque fenomenológico quiero señalar que de todas las posibles implicaciones muy variadas de los términos fenomenología y fenomenológico, aquí solo me refiero a la descripción de los fenómenos tal como son percibidos, vivenciados, experimentados o vividos por el Sujeto o por los sujetos de una experiencia y en este caso particular se trata de la situación tratamiento psicoanalítico. Redefinido por su aspecto no afirmativo sino por el carácter de negación podría -decir que el punto de vista fenomenológico, en el sentido que utilizo aquí esta terminología, exige un no empleo de esa pretendida objetividad de un observador investigando fenómenos que considera totalmente ajenos y exige no adjudicar dicha- pretendida “objetividad” al sujeto de la investigación y/o al tratamiento psicoanalítico. Objetivo es, en un sentido no fenomenológico —lo que existe independientemente del sujeto. Y como en psicoanálisis el

objeto de estudio es también un sujeto, se ha llegado a considerar lo objetivo como lo que existe independientemente del sujeto observado o estudiado.

La teoría de las relaciones objetales, desarrollada sistemáticamente por Melanie Klein, aunque se halla entremezclada —en ésta misma autora— con el enfoque naturalista-instintivista significa un aporte considerable a una mejor sistematización del empleo del enfoque fenomenológico. Así, como ejemplo simple, puedo recordar que donde el enfoque naturalista de la relación del niño con la madre o con el psicoanalista ve la relación de dos individuos, el enfoque fenomenológico con el reconocimiento de objetos parciales nos permite comprender que el enfoque naturalista no es correcto en el sentido de que el niño o el paciente pueden no estar relacionados con la madre o con el psicoanalista sino con partes de los mismos o con afectos o emociones totalmente unilaterales. (En la utilización que hago aquí del concepto de “objeto parcial” incluyo tanto la concepción kleiniana como la de Fairbairn, ya que no me interesa discutir el concepto en sí mismo sino los enfoques frente a un concepto).

Quiero señalar en forma de simple agregado que la discusión de los enfoques naturalista y fenomenológico nos retrotrae al primer aspecto señalado al comienzo de esta contribución y en la cual me propuse no entrar en detalles: esta discusión sobre los dos enfoques remite al problema epistemológico de qué entendemos por objetividad en el campo científico y en la investigación científica; la definición naturalista de objetividad y de objetivo alude a una realidad que existe de por sí independientemente del sujeto que observa o estudia los fenómenos. No me queda ninguna duda que comprendida de esta manera la objetividad científica debe ser redefinida en todos los campos científicos y que seguimos estando a destiempo si para construir una psicología científica incorporamos dicho enfoque naturalista de la objetividad. El proceso tiene que ser inverso: de la experiencia psicoanalítica que nos demuestra

palpablemente lo limitado y unilateral -de dicha actitud es de donde tiene que partir una revisión epistemológica, que por otra parte ha sido ya iniciada en distintos campos científicos aún independientemente del aporte psicoanalítico.

El proceso de alienación y de-dialectización que concibo como subyacentes y común denominador de las contradicciones que estoy señalando entre teoría y práctica tiene aún otra repercusión en el hecho que nuestra teoría psicoanalítica es fundamentalmente elementalista y no gestáltica. Una de las características básicas señaladas por algunos autores como específica del proceso de la alienación es justamente el de la destotalización, que se ha cumplido plenamente también en la teoría psicoanalítica tanto como en cierta proporción en nuestra práctica. Aquí puedo señalar que el aporte de las posiciones esquizo-paranoide y depresiva realizado por Melanie Klein es, a mi entender, un intento de comprensión gestáltica, pero que como tal se halla implícita y no desarrollada en psicoanálisis, ni aún en la teoría kleiniana misma.

Pero el señalar el problema de la destotalización o del elementalismo en psicoanálisis nos conduce a otro punto que, con toda seguridad, puede ser controvertido o tratado con escepticismo o rechazo porque constituye uno de los pilares del psicoanálisis; me refiero al hecho de que siendo la situación psicoanalítica una totalidad, al introducir la sexualidad como un fenómeno central del desarrollo psicológico, de la salud y de la enfermedad, se incurre justamente en un afianzamiento de la destotalización y lo mismo podríamos decir del instinto de muerte en la teoría kleiniana.

Lo que quiero significar es que no pongo en duda que uno de los méritos del psicoanálisis ha sido justamente el de habernos introducido en la posibilidad de un conocimiento más correcto de la sexualidad y de la agresión pero el error reside en haber tomado ambos fenómenos como Parámetros privilegiados que estructuran la Gestalt o la totalidad de los fenómenos, cuando debemos entender que tanto la agresión como la sexualidad Son fenómenos incluidos en una to-

talidad. El punto de vista metodológico y técnico en la investigación requiere con gran frecuencia, poner todo el peso de la investigación sobre un factor (la sexualidad o la agresión) pero dicho artificio metodológico y técnico se convierte en un error cuando, como lo he señalado, se resume la totalidad a elementos de la misma y se deriva el proceso total con sus características de alguno de sus elementos, cuando sabemos que en rigor lo correcto es justamente lo opuesto. La fragmentación metodológica es válida siempre que se vuelva a remitir a la totalidad y siempre que no vaya acompañada por una fragmentación ontológica y axiológica. Esta afirmación rige no solo para el psicoanálisis sino para toda investigación y para toda técnica.

A esta limitación del psicoanálisis se debe, en-entre otras cosas, y sólo para dar un ejemplo de las implicaciones, la inaccesibilidad del tratamiento psicoanalítico de la homosexualidad en tanto se tome la sexualidad como fenómeno central del cual deriva la totalidad: las modificaciones y el progreso terapéutico que logramos actualmente con los homosexuales se obtiene justamente cuando entendemos la sexualidad como una de las vicisitudes de una Gestalt en la cual privilegiamos actualmente las ansiedades psicóticas. Con gran frecuencia no solo las perversiones sexuales sino también otros comportamientos sexuales que no consideramos como perversos deben ser comprendidos, no como fenómenos originarios, sino como defensas y aún a veces como restituciones psicóticas (a mi entender el carácter de restitución psicótica se halla siempre en todas las perversiones).

---

Es posible que muchos de los puntos aquí señalados lo hayan ya sido por muchos autores y —mas aún— algunas de las cuestiones referidas han sido o han comenzado a ser superadas por algunos psicoanalistas. Estoy dispuesto a subrayar esta última afirmación; pero la veracidad -de esto último no excluye

que lo aquí expuesto atañe con todo rigor al psicoanálisis aceptado como término- medio por todos los psicoanalistas y al psicoanálisis que sirve de base, o que a veces es la totalidad, de la formación psicoanalítica y de lo que se enseña como oficialmente aceptado o afianzado.

Por otra parte, un día-gnóstico como el que se intenta en este trabajo no es en primer lugar una crítica sino básicamente un diagnóstico o, si se quiere, un inventario. Y esto es así porque la totalidad del psicoanálisis, la totalidad que constituye o configura su praxis es, necesariamente, como toda praxis, un proceso pleno de divergencias, contradicciones, y lo que se pretende con un diagnóstico o un inventario no es, en primer lugar, suprimir, validar ni invalidar, sino esclarecer caminos posibles en función de los que ya se han delineado en el proceso mismo de la praxis y de tal manera que la investigación ulterior pueda hacerse o intente hacerse con mayor lucidez de los objetivos o con un menos recorrer a ciegas los caminos de la investigación, que incluye tanto la teoría como la práctica, es decir, una praxis.

---

Esto nos conduce insensiblemente a un tercer capítulo de la relación entre teoría y práctica ya que la totalidad de lo que debe ser abarcado con el concepto de praxis no se limita a la teoría psicoanalítica y a la práctica ejercida con la técnica psicoanalítica, sino que se debe entender que en la praxis de toda disciplina intervienen otros aspectos que generalmente tienden a ser excluidos. Me refiero a la teoría y la práctica involucradas en la forma como se enseña, como se aprende en psicoanálisis, y otros aspectos tales como la organización y función de las Asociaciones psicoanalíticas, la organización del profesionalismo de los psicoanalistas, etc., etc. Podríamos resumir todos estos aspectos de la praxis con el término institucionalización, incluyendo así todo lo que se refiere a la organización del psicoanálisis tanto como a la de los psicoanalistas; todo

esto corresponde también a la práctica del psicoanálisis e involucra como toda práctica una teoría. Consideraré brevemente algunos aspectos de este capítulo con el objetivo básico de subrayar que ellos también forman parte de la praxis y deben, por lo tanto, ser incorporados en tanto consideraciones epistemológicas del psicoanálisis: formando parte de la “naturaleza” del psicoanálisis.

La forma en que está organizada la práctica y la profesión psicoanalítica como ejercicio de determinada tarea terapéutica y de investigación en un campo limitado a un determinado contexto y fragmento de la vida responde a una teoría y una ideología que a su vez redundan en los otros componentes de la praxis.

Se podrá decir que este aspecto no tiene salida y que la técnica psicoanalítica tiene sus exigencias. Y no me queda ninguna duda que esta afirmación es válida; es además legítima y necesaria la reducción de los fenómenos a un campo o a un solo ámbito para poder ser estudiados sistemáticamente en profundidad; pero debe ser tenido en cuenta, frente a esta exigencia metodológica que se da también en el psicoanálisis, que la totalidad no está presente en ese campo y que las teorías que se utilizan y que van a ser derivadas del campo son a su vez limitadas. Con eso quiera decir, por ejemplo, que no es lícito deducir una ideología ni una Weltanschauung a partir del contexto psicoanalítico.

Es posible que, frente a este problema de la relación entre teoría y práctica, tengamos que introducir la exigencia de un conocimiento y una experiencia más variados ya sea antes, durante o después de la formación analítica o permanentemente en todas las etapas. En todo caso no me interesa en este momento ofrecer soluciones (en el caso de que las tuviera) sino atenerme al diagnóstico de la relación entre teoría y práctica.

En este mismo orden de cosas deben ser analizadas las instituciones psicoanalíticas, ya que nuestra teoría y nuestra práctica y, en suma, el psicoanálisis en su totalidad se halla estrechamente vinculado también a este factor. Una institución es siempre creada para cumplir con un objetivo determinado y en este caso es obvio que el objetivo es el de difundir, enseñar y profundizar la investigación y el conocimiento psicoanalítico. Pero por una ley que atañe a todas las organizaciones, también las instituciones psicoanalíticas corren el mismo destino: una vez que la organización llega a consolidarse formal e informalmente, el objetivo de la institución pasa a ser el de la preservación de la institución ‘misma y esto acarrea con mucha frecuencia un conflicto con los objetivos para los cuales ha sido- creada, o bien éstos últimos resultan sobrepasados o anulados por la necesidad de la continuidad de la organización como organización en sí misma. No quiero entrar a detallar las razones por las cuales esto ocurre y tampoco pretendo que a las instituciones psicoanalíticas no les debiera ocurrir; nuevamente: lo que intento es el diagnóstico de algunos factores que intervienen en las relaciones entre teoría y práctica.

Las instituciones psicoanalíticas, para poder subsistir, tienen que llegar a un cierto acuerdo mínimo, explícito o tácito, sobre qué se entiende’ por psicoanálisis, cómo se lo practica, cómo se lo enseña, qué se enseña y de esta manera el cuerpo de doctrina, la teoría y la práctica psicoanalítica en una institución son reducidos a los puntos que no ofrecen fricciones y que no pongan en peligro la continuidad de la organización, de tal manera que necesariamente cristaliza en un conjunto de axiomas que no son (y no deben) ser cuestionados. De esto resulta también que el proceso de profundización de la investigación, que necesariamente cuestiona siempre lo afianzado y establecido por una organización, es ve frenado o por lo menos limitado o comprometido; el resultado es: libertad plena para todo lo que no afecta los axiomas. Ninguna o

mucha menor libertad para cuando sí se los afecta. Esto se agrava aún más por el hecho de que los axiomas dejan de ser tales para pasar a formar parte del conocimiento afianzado y demostrado. No sé —por otra parte— si existe o puede existir organización que se cuestione sus propios fundamentos axiomáticos, (en cualquier terreno).

Muy relacionado con éstos aspectos se halla el hecho' de que en las organizaciones los aspectos formales van ganando terreno y así resulta que el psicoanalista se define como “el Profesional incluido en el Roster de la Asociación Psicoanalítica Internacional”, el psicoanálisis como “aquello que se enseña en sus Institutos”, un miembro titular a aquel que “transcurridos x años y presentado. . .“ Y la formalización desemboca en la burocracia.

Una organización puede constituirse como agente de cambio y éste es el caso de las instituciones psicoanalíticas, pero la función de agente de cambio se ejerce hacia otras organizaciones y no necesariamente hacia la propia. Tomemos el ejemplo, por ser más evidente, de las agrupaciones políticas revolucionarias que se crean para promover cambios violentos en la sociedad, pero que internamente, dentro de su propia organización, no toleran los cambios y tienden a estructurar un cuerpo de doctrina, una ortodoxia. No se si la organización psicoanalítica en su totalidad ha alcanzado este punto tan dramático pero no me queda ninguna duda que en una magnitud que me resulta difícil evaluar, la organización psicoanalítica como totalidad sufre desde hace tiempo ya ese proceso de ortodoxia, de resistencia al cambio, de búsqueda de un mayor afianzamiento interno promoviendo los cambios hacia el afuera. Hay por lo menos ciertos aspectos de la organización psico— analítica que no me queda ninguna duda los he visto funcionar de igual manera en partidos políticos extremos que llegan a una ortodoxia cerrada, impermeable, que se ha traicionado a sí misma en sus objetivos y en los que el objetivo de perdurar

como organización ha sobrepasado totalmente a los objetivos primigenios para los cuales la organización política empezó a constituirse.

En cada uno de los tres capítulos fundamentales en que he orientado el diagnóstico de la relación entre teoría y práctica podría abundarse aún más, citar otros puntos, cuestiones o problemas. Tengo además plena conciencia, por haber sido ese uno de mis objetivos, que se trata aquí de una presentación sumaria de puntas que, muchos de ellos, por sí solos, requerirían una elucidación específica y de algunos de ellos me he ocupado por separado en publicaciones previas. Mi objetivo está cumplido si logro promover mayor interés por esta problemática y si he logrado además un cierto orden, sistematización y mejor comprensión de todo lo que involucra la praxis psicoanalítica.

### **reumen**

Se sistematiza y examina la relación entre teoría y práctica en psicoanálisis en tres direcciones, a saber: una, eminentemente epistemológica que sólo se menciona en tanto *no* atañe exclusivamente al psicoanálisis sino a todas las ciencias; otra, la de la relación entre teoría y técnica y en tercer término la relación entre la teoría y la organización institucional del psicoanálisis y los psicoanalistas. La totalidad de los problemas señalados, especialmente en el segundo y tercer punto, constituye lo que se debe entender por praxis psicoanalítica.

En las contradicciones entre teoría y técnica se señala que la teoría psicoanalítica -está fundamentalmente construida sobre un enfoque histórico-genético, dinámico y de acuerdo con la lógica formal, mientras que la práctica psicoanalítica se realiza dentro de la relación transferencial-contratransferencial en una situación configurada como campo analítico como un “aquí y ahora”,

dentro de una explicación dramática y en proceso dialéctico. Se relaciona éste triple diagnóstico con los enfoques naturalista y fenomenológico, con el problema de la objetividad, con el papel conferido a la sexualidad como parámetro privilegiado en la teoría psicoanalítica.

En la tercera de las direcciones señaladas se hace una somera referencia al problema de las organizaciones psicoanalíticas en tanto entran en conflicto con el desarrollo de la teoría psicoanalítica y con la profundización de la investigación. En este último sentido, se subraya la necesidad de ampliar la perspectiva de lo que constituye la praxis psicoanalítica.

Se señala que la praxis siempre se halla plena de contradicciones y que no son éstas contradicciones en sí mismas las que se trata de obviar, negar o impedir (que por otra parte sería totalmente ineficaz intentarlo), sino que al tomarlas en consideración el desarrollo científico puede hacerse en forma más planificado, menos a ciegas, es decir menos abandonado a la espontaneidad.

# INTERPRETAR (CON) FREUD

JEAN LAPLANCHE

(Paris)

## 1. interpretar con freud.

Interpretar: la palabra no sorprende y la función —profana o más bien sagrada— que ella designa puede parecer bien establecida. En todas las épocas, en todas las áreas culturales, se han interpretado los signos, los oráculos, los escritos. En todos los casos, la interpretación se mueve en la ambigüedad, o como se dice, la “polisemia” del elemento manifiesto: ya sea que el mensaje se de a través de un fenómeno aparentemente natural, o que se enuncie en una frase a menudo falaz, o que por último biblia o corán, desborde ampliamente, por su riqueza, el texto propuesto a una lectura inmediata.

Al encontrar su alimento en la ambigüedad de un elemento dado, la interpretación acrecienta, en sí misma, esta naturaleza ambigua: en el curso de una negociación en que actuó como intermediario, puedo hacer notar mi imparcialidad recordándole que “no soy más que el intérprete de los deseos de su adversario B”. Pero cuando dé cuenta a B de esta entrevista, éste inquietándose de que yo haya ido más allá en su nombre, de pronto se indignará: “en ese caso usted interpretó mi pensamiento”.

Traducir, pero también desviar, agregar, modificar, aunque más no fuera imperceptiblemente, el sentido manifiesto e inmediato es lo que nosotros

conocemos también en psicopatología como la interpretación paranoica. Sistemático, munido de una Visión del mundo que indudablemente no es más que la contrapartida y la transposición de la unidad precaria y amenazada pero tanto más rígida de su yo, el paranoico nos presenta una especie de compendium de todos los procedimientos de la hermenéutica: interpretación de los signos de los gestos, de las ausencias así como de las presencias, también de los textos sagrados o profanos que directa o indirectamente, le son siempre destinados. Todo esto con una justeza y una penetración que Freud ha señalado bien (<sup>1</sup>).

Efectivamente, retorna todo en su discurso personal, pero siguiendo líneas de fuerzas virtuales, significaciones inconscientes que sólo estaban esbozadas y que él subraya sin piedad.

En el sentido de toda la hermenéutica no-freudiana, cabalística o paranoica, antigua o patrística, interpretar es situarse en un más allá de lo dado y desde ese punto tender a un más acá. Procedimiento que se supone de un saber, y que no temerla compararse al de la ciencia. Pero aquí lo dado se presenta ya como portador de un sentido, como una palabra a descifrar, un libro que simultáneamente habría que leer, traducir, y reemplazar por un texto más verídico. Tal como lo expresa Foucault a propósito de la hermenéutica del Renacimiento: “Sólo existe comentario si, bajo el lenguaje que se lee y se descifra, fluye la soberanía de un Texto primitivo”.(<sup>2</sup>)

---

<sup>1</sup> “(El paranoico celoso) prestaba una atención extraordinaria a todas esas manifestaciones del inconsciente de su mujer, y se arreglaba para interpretarlas rigurosamente, tan es así que a decir verdad siempre tenía razón y podía además recurrir al análisis para confirmar los celos. En realidad, su anomalía se reducía a dirigir una observación demasiado aguda sobre el inconsciente de su mujer y a la cual daba mucha más importancia de la que se le hubiera ocurrido dar a cualquier otro” (Freud 5., 1922). “De quelques mecanismes névrotiques dans la jalousie, la paranoia et l’homosexualité (Trad. en R. R. P., 1932, 5, N° 3, p. 394).

<sup>2</sup> Foucault M. “Les mots et les choses” (Las palabras y las cosas), Paris, Gallimard, 1966, p.56

Esta estructura a dos niveles, texto manifiesto y texto latente, garante de la tarea de interpretar auténticamente, es llevada y traída por la crítica moderna. El texto manifiesto, gesto, palabra cotidiana o incluso obra, al fin de cuentas no es más que una “naturaleza” abierta a todos los sentidos. No existe “Racine” de Racine, de manera que el crítico clásico que pretende restituírnoslo no es más que un falsario o, en el mejor -de los casos, un ingenuo. O bien, si se admite que había quizá un sentido de la obra para el autor, este sentido no nos interesa más que cualquier otra variante o variación sobre el texto, a lo más como documento “psicológico” y “anecdótico”. Interpretar o leer es todo uno: retomar en su universo personal, reanimar con su propio aliento, como lo hace el “gran intérprete” con la partitura muerta que consigue en Durand (<sup>3</sup>).

Deutung: interpretación. Sin querer caer nosotros también en el misticismo hermenéutico quo, basándose en la “profundidad” germánica, toma por discurso científico lo que no es más que exégesis etimológica y filológica, señalemos sin embargo que el término alemán ti2fle resonancias ligeramente diferentes de las del francés. Deutung es más realista: supone la existencia de un sentido que hay que reencontrar y no crear. Efectiva-mente, significa esclarecer un texto, pero en su verdadera dimensión, decir la verdadera es encontrar la significación inmanente: la Bedeutung. Para Freud interpretar es ir de un texto manifiesto al texto latente que lo fundamenta, es recorrer en sentido inverso las vías que han culminado en la producción del fenómeno. El presentimiento oscuro del sentido, la intuición, no pueden ser más que, a sumo, precursores de ese trabajo de desciframiento (<sup>4</sup>).

---

<sup>3</sup> La grabación en disco o en cinta de la obra musical o teatral no cambia, en nada a objeción cuando es llevada a su principio: ¿en nombre de qué absoluto privilegiar la ejecución de la Consagración de la Primavera dirigida por el individuo Stravinsky?

<sup>4</sup> Cf, El principio del capítulo de la Traumdeutung que trata “el método de la interpretación y sitúa la práctica psicoanalítica en relación con los procedimientos antiguos o populares de interpretación de los sueños (G.

La originalidad de la interpretación freudiana merece en efecto, ser recordada y destacada porque es muy a menudo mal conocida tanto en algunos esfuerzos teóricos para circunscribirla al marco general de una hermenéutica, como en una práctica que, incluso en los psicoanalistas más ortodoxos, no resiste siempre a las seducciones de la lectura a libro abierto.

Nuestro libro, nuestro texto, pueden ser el síntoma neurótico, los actos o el discurso de un sujeto, el texto de una observación clínica, y de manera ejemplar, el relato de un sueño. En ese caso estaremos ante un dato que se presenta con algún sentido y pretende bastarse a sí mismo —significante y significado—: uno se cuenta los sueños, se ríe o se asusta, su poética es reconocida universalmente. Un texto pues que nos-otros podemos leer e incluso parece ser, resumir, exponer de segunda mano, etc.

Se dice a menudo, Freud mismo lo dice a veces, que el psicoanálisis ha descubierto que existe un sentido oculto de los sueños. Y apoyándose en la noción rápidamente asimilada de “sobredeterminación se agrega que existe una pluralidad de sentidos posibles y quizá todos igualmente válidos cada uno a su mayor o menor nivel de “profundidad”. Si uno se basa sólo en este tipo de formulación mal puede imaginarse lo que distinguiría a Freud de toda la corriente contemporánea que rechaza la idea de que existe una interpretación válida de toda producción significativa.

Y los psicoanalistas mismos se prestan más de una vez a tal reducción de sus

teorías y de sus prácticas: asista a una reunión en que uno de ellos expone a sus colegas un caso clínico, y oiga la discusión. Descubrirá fácilmente al más equilibrado y reservado de los auditores: se arriesga a proponer una interpretación más completa o más profunda del material que ha sido expuesto, utilizando sin duda con circunspección, el contexto, la parte de las “asociaciones” que ha sido relatada por el conferencista, etc. Pero el más alocado, y no siempre el más joven, irá hasta traducir de un tirón y como a libro abierto tal sueño que sólo fue contado incidentalmente y sin ningún comentario. El más alocado puede ser por otra parte el conferencista mismo porque desde su puesto, no está necesariamente privilegiado y nada lo autoriza a suponer que tal fragmento manifiesto es portador de un sentido inconsciente suficientemente claro para que sus auditores y él mismo lo descubran sin trabajo<sup>(5)</sup>.

¿Qué es pues lo que caracteriza a la interpretación psicoanalítica? No es solamente la certeza de que existen en los comportamientos a los cuales se confronte, al menos dos textos: el que el sujeto da o se da en la inmediatez de su conciencia, y un texto, un tipo de discurso inconsciente que se llama “fantasma de deseo”. Es el método necesario para pasar de uno a otro. Este método nosotros lo caracterizamos como análisis, pero en un sentido a la vez hiperbólico y desviatorio con relación a lo que el espíritu cartesiano entiende por eso. Las “reglas del Método” suponían una descomposición en partes naturales y simples, que se pueden yuxtaponer unas a otras de manera que el proceso de la reconstrucción, de la “síntesis”, se desarrollaba naturalmente

---

<sup>5</sup> Ninguno de los analistas escapó a este tipo de interpretación, y sin duda Freud mismo tampoco, En el momento del entusiasmo por el descubrimiento psicoanalítico naciente, en el asombro de ver encajar las interpretaciones de la cura psicoanalítica de los individuos con las del análisis de los mitos o del folklore. Freud da consistencia y autoridad a una teoría del “simbolismo” que pretende volver a encontrar un lenguaje inconsciente universal de los símbolos que no estarían marcados por la historia del individuo ni siquiera por las particularidades de tal o cual civilización. En esta interpretación llamada “simbólica”, va hasta ver un segundo método paralelo al que pasa por el trabajo paciente de las “asociaciones” individuales. Sin embargo, pensándolo bien, el “simbolismo” (tomado en ese sentido muy preciso de una “simbólica”) se reduce quizá a un solo símbolo verdaderamente universal: el elemento significante mínimo Y separable, el “pequeño” (“das Kleine”) y el falo en sus innumerables figuraciones,

siguiendo un recorte convenientemente adecuado a las líneas de clivaje del objeto. En técnica psicoanalítica es completamente distinto. Las dos reglas del diálogo, regla de las asociaciones libres para el analizado y regla de la atención igualmente flotante para el analista, forman un todo metodológico.

La tónica está puesta esencialmente en este precepto de tratar igualmente a todos los elementos del discurso, Todos los detalles de un sueño, por ejemplo, deben tornarse sin que ninguno sea privilegiado, como posible punto de partida de una cadena asociativa. Pero el término “elemento” mismo no debe confundir: no hay, en un sueño, partes extra partes que justifiquen una delimitación simple, los elementos no son átomos significantes ni siquiera átomos “distintivos” en el sentido en que la teoría lingüística puede concebirlo para el discurso articulado. Lo que nosotros llamamos elemento del relate, es en realidad cualquier cosa de ese relato, tanto un detalle como una escena e el conjunto del sueño. Entre la parte y el todo no existe ninguna relación de subordinación: la parte puede valer por el todo, el todo puede valer como un elemento entre otros, Lo que Freud ha llamado desplazamiento de la intensidad psíquica o también trastocamiento de todos los valores psíquicos en el sueño, no es otra cosa que la justificación teórica de esta regla del parcelamiento de la unidad significativa según todas las líneas de división imaginables, según las fronteras aparentemente menos naturales que existan. Escandalosa para el pudor o el sentido moral, la regla de no omitir nada durante la sesión y de tratar cada pensamiento de la misma manera es por lo menos tan chocante para el entendimiento como para el ‘yo’. Sólo las comprobaciones y las validaciones de la cura nos obligan a admitir las paradojas y los paralogismos que trae consigo. De ese modo, pueden formar parte de los elementos del sueño, y sin que nada les confiera un valor privilegiado, la impresión que ha producido en mí (¿tristeza? ¿miedo? ) o el juicio que yo creo adjudicarle en “segundo grado”, “Ese sueño era borroso

(flou)” (\*) o bien “a partir de ese momento no me acuerdo más nada”: estas frases pueden ponernos sobre la piste, no de un carácter del sueño, sino de un “pensamiento latente entre otros: el de mi amiga X que le gusta llevar ropas algo sueltas (“vétements flous”) o el de un olvido que yo había cometido en el estado de vigilia, antes del sueño. Inversamente lo absurdo de un pequeño detalle apenas perceptible puede marcar, como lo haría un “exponente” algebraico, al conjunto de la fórmula del sueño con el signo -de la negación o de la burla. Así también el relato puede valer por el contenido, el significante por el significado- y recíprocamente. Así la metáfora reencuentra todo su peso de realidad: el recuerdo de esta persona, que tengo in mente es realmente el objeto que he puesto en mí, incorporado, propicio o destructor.

Interpretar en psicoanálisis, es primeramente dismantelar y emparejar, de manera radical, la organización del “texto” manifiesto. Es a partir de ahí que hay que seguir sin perder pie las cadenas asociativas que forman una red aparentemente desordenada y monstruosa, sin ninguna proporción ni correspondencia con la cadena a la cual se encuentra ligada. Y si termina por esbozarse un contenido latente, no es nunca como una traducción en el sentido corriente del término, ni siquiera como una transformación que aún siendo tan compleja, en su ley, como una anamorfosis, hiciera corresponder punto por punto texto manifiesto y contenido latente.

Interpretar es aferrarse pertinazmente a los lineamientos del discurso aceptando el no ver más lejos que el paso siguiente, animado por la única certeza de que las huellas del cazador-presa terminarán por dibujar, por los cortes de sus innumerables entrelazamientos, los nudos significantes que jalonan alguna secuencia inconciente (6).

---

\* N. del T.: La palabra “flou” significa tanto borroso (el sueño), como vaporosas, sueltas (las ropas). No existe en español un término que se aplique a ambos casos

6 Cf. Laplanche y Leclaire “L’inconscient, une étude psychanalytique” (El inconsciente, un estudio psicoanalítico (Les Temps Modernes. julio 1961) y principalmente el análisis de S. Leclaire del “rêve á la licorne” (sueño del unicornio).

Y si a veces es necesario tratar de enunciar esta secuencia en un discurso, apenas puede considerarse interpretación, tan es así que Freud, en un artículo tardío, prefirió introducir el término nuevo de “construcción” a fin de reservar el de interpretación a ese ir de lo singular a lo singular que constituye lo esencial del procedimiento analítico. “El término de interpretación se refiere a la manera en que se trata un elemento particular del material, una idea surgida súbitamente, un acto fallido, etc. Pero se puede hablar de construcción cuando se presenta al analizado una parte de su prehistoria olvidada...” (7)

Construir, este procedimiento cercano a la interpretación pero ya distinto de ella, sería unir en la secuencia del fantasma algunos de los elementos significantes a los cuales está fijado el deseo, En cuanto a esta “reconstrucción”, a esta “síntesis” de la cual se han quejado más de una vez que no la llevaré al paciente conmovido por el análisis hasta en sus razones que existir, Freud se rehusó siempre. Aquí el adversario, Jung y la Escuela de Zúrich, dirige en un doble frente un solo y mismo ataque. A veces, más francamente, exige al analista que reemplace lo que su interpretación “reductora” ha destruido proponiendo al neurótico ideales nuevos de naturaleza “ética” y religiosa (edificar: reconstrucción piadosa...). A veces, más insidiosamente, presenta su exhortación religiosa como interpretación, sino como la única interpretación verdadera. Es la vía llamada “anagógica” que pretende derribar la interpretación freudiana restituyéndole su “verdadero” sentido, entroncando con la tradición teológica que del sonido literal de los textos se eleva a su sentido “espiritual”. Son las estructuras fantasmáticas descubiertas por el análisis freudiano que se transforman ellas mismas en “símbolos” a descifrar: “el complejo de Edipo no tiene más que un valor “simbólico”, la madre significa lo inaccesible a lo que hay que renunciar en aras del progreso cultural, el padre que se mata en el mito

---

<sup>7</sup> “Constructions dans l’analyse’ (Construcciones en el análisis) G. W., XVI, p. 47.

de Edipo es el padre “interior” del cual hay que liberarse para hacerse independiente” (8). Es inútil destacar que esa pretendida derrota de la perspectiva freudiana líquida el método psicoanalítico en lo que éste tenía de realmente revolucionario y científico, para volver al desciframiento místico del “Tratado de las Escrituras”, Sin querer discutir la eficacia (para quién y para qué) de la terapéutica jungiana, comprobemos que la interpretación sobre la cual pretende fundarse sólo consiste en resumidas cuentas, en captar el deseo del sujeto, en retornar su discurso en otro discurso, el del Médico del alma.

## 2. ¿interpretara a Freud?

Leer — interpretar. Entre estos dos *términos* se sitúa un debate teórico sobre lo que la prensa llama el “retorno a Freud”. Términos también sujetos a interpretación... Porque uno que se dice Lector de Freud ennoblece esta calificación con una mayúscula que debe consagrar su lectura como Unica y Profética. Y otro que quiere afirmar la posibilidad de mantener separados el tiempo de la lectura de Freud del de la interpretación deja de lado, en su propia metodología, lo que nosotros podemos aprender en Freud de una y de otra (9). En efecto, en lo que se refiere al derecho del no-analista a leer Freud, a exponerlo o a interpretarlo no es donde aprieta el zapato (10); es cuando se trata de apreciar lo que se llama lectura y lo que se llama interpretación. ¿Lectura? El

---

<sup>8</sup> “Contribution á l’histoire du mouvement psychanalytique” (Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico) G. W., X, p. 108.

<sup>9</sup> Se seguirá el debate referente a la obra de P. Ricoeur: “De l’interprétation, essai sur Freud” (De la interpretación, ensayo sobre Freud), en: M. Tort: “De l’interprétation ou la machine herméneutique” (De la interpretación o la máquina hermenéutica). Les Temps Modernes, No 237-8 (febr. y marzo 1966) y P. Ricoeur: “Une interprétation philosophique de Freud” (Una interpretación filosófica de Freud). La NEF, N° 31 (julio-oct. 1967).

<sup>10</sup> Es preciso que la intimidación por parte de algunos “analistas”, el chantaje a la experiencia incommunicable, al terreno y a la caza cuidada de la cura hayan tenido la preponderancia para que el filósofo olvidando su proceso soberano (“omo sum...”) deba primero animarse a hacer frente recordando que, después de todo, “Es Freud quien invadió nuestro terreno” (Y se hizo hombre y habité entre nosotros...)

Sr. Tort formuló la objeción decisiva: toda lectura de un gran autor no es necesariamente interpretación: “El problema verdadero de la “lectura” no es para nada expulsar toda interpretación, sino construir una que sea rigurosa con el texto”. Y mostrar que una lectura que sólo se pretendiera tal, exposición fiel tendiente, pedagógica -mente, a sustituirse al texto mismo, sería también una interpretación, pero por carencia. Aportemos a este debate dos trozos tomados de Freud, sobre lo que hace y lo que dice.

De lo que hace, ya que sucede que él mismo es... lector de Freud y expone sintéticamente su pensamiento, ya sea bajo la forma de una presentación dogmática, ya sea en una historia de la evolución de sus ideas. Por apasionantes que puedan ser, en muchos sentidos, tales textos, tienen su parte de responsabilidad en la degradación y en el envilecimiento de la doctrina, en el desconocimiento y en el falseamiento de su historia verdadera. Si embargo Freud no es de los autores que viven de la explotación de una obra pasada, El cuidado que pone en redactar su Compendio de Psicoanálisis lo prueba, hasta en los últimos años de su vida. Pero es sin duda por naturaleza que el desarrollo sistemático y sintético, que pretende ser un reflejo fiel de la obra y sólo eso, abre el campo a mecanismos intelectuales situados a otro nivel, más “superficial” que los que están en juego en el descubrimiento y en la exposición primera.

El concepto de “elaboración secundaria” forjado por Freud a propósito del sueño, es inmediatamente utilizable en muchos otros campos. Esta “toma en consideración de la inteligibilidad”, tiene por fin hacer aceptable ante exigencias morales, lógicas, incluso estéticas del pensamiento en vigilia, un contenido donde se expresa aún, aunque de manera ya deformada, algo de la vivacidad y de la incoercibilidad del deseo inconsciente. Actuando, de -manera ejemplar en el sueño, donde moldea e impone —como “adherido”— el guión, se vuelve a

---

encontrar de manera más o menos marcada en toda producción consciente. “Una función intelectual que exige de todos los materiales que se presentan a nuestra percepción o a nuestro pensamiento, unificación, coherencia e inteligibilidad, nos es inherente; y no teme establecer relaciones inexactas cuando, como consecuencia de ciertas circunstancias, no es capaz de captar las relaciones correctas. Conocemos algunos sistemas que caracterizan no solamente el sueño sino también las fobias, el pensamiento obsesivo y las diferentes formas del delirio. En las afecciones delirantes (la paranoia), el sistema es lo que hay de más manifiesto, domina el cuadro morboso, pero no debe ser descuidado tampoco en las otras formas de psiconeurosis. En todos los casos se puede mostrar que se efectuó una recomposición del material psíquico en función de una nueva finalidad, retoque que a menudo es fundamentalmente forzado, aunque comprensible desde el punto de vista del sistema”<sup>(11)</sup>.

Leer, y exponer a Freud, según P. Ricoeur, sería dar una “reconstitución arquitectónica de la obra”, “producir... un homólogo, es decir, en el propio sentido de la palabra, un objeto vicario que presente la misma distribución que la obra”<sup>(12)</sup>. Pero si los efectos más directos de la elaboración secundaria se revelan en lo que una obra lleva de más evidente, en el afán de inteligibilidad si no de sentido común, en la estructuración y la disposición arquitectónica, ¿cómo una “simple” lectura de Freud, suponiendo que fuera posible, podría hacer otra cosa que reforzar los efectos de filtro, de censura y de relleno, efectos “yoicos” incluso “superyoicos” ya vislumbrados en la inevitable lectura de Freud por Freud?

---

<sup>11</sup> Freud S., 1912, “Totem et tabú” (Totem y tabú), G. XV. IX, p. 117.

<sup>12</sup> La NEF. N° 31 (julio-oct. 1967), p. 112

De la “lectura” a la “interpretación” pasamos, con P. Ricoeur, de un extremo al otro: de la pura e imposible objetividad a esta “retorna en otro discurso” para la cual el autor reivindica si no los derechos de la subjetividad individual, por lo menos los de un tipo de subjetividad filosófica: “Yo no digo que una sola filosofía sea capaz de proporcionar la estructura de acogida en la cual la relación de la fuerza y del sentido pueda manifestarse: creo que se puede decir la lectura de Freud. La que y o preponga se vincula a la filosofía reflexiva” (13). La franqueza con la que P. Ricoeur define su interpretación como extrínseca, como apropiación de un pensamiento, o también como “retoma reflexiva” no debería sin embargo dispensarlo de responder a esta pregunta: ¿qué sucede, en esta concepción de la interpretación, con el descubrimiento freudiano de la interpretación? Ya que lo que Freud llamó Deutung, justamente por lo cual pretendió aportar método original, fundado y confirmado por una experiencia llevada a cabo paciente y rigurosamente, en suma un método científico, o bien es preciso que no sea, en el fondo más que una nueva vicisitud de la eterna hermenéutica, o bien convendría que se nos explicara por qué nada de este método freudiano es, si no directamente utilizable, por lo menos transferible, cuando se pretende uno mismo intérprete de Freud. Y no bastaría el objetamos la confusión de los campos o de los niveles: interpretación del sujeto humano por un lado —interpretación del pensamiento freudiano por otro. Puesto que si entendemos bien a P. Ricoeur, es el mismo tipo de “teleología” que lleva al sujeto y al freudismo a una sucesión de figuras, en la que cada una encuentra su sentido en las siguientes” (14).

A falta de respuesta habría que concluir forzosamente: con su propio método de interpretación P. Ricoeur vuelve precisamente a lo que Freud rechazó

---

<sup>13</sup> En la NEF. p. 119. Hay términos que rozan su milésimo. Se habla en 1967 de “estructura de acogida” para los futuros huérfanos de la U.N. R. ¿Pero acaso Freud no ha construido en “duro” para que se crea necesario proponer uno (o varios) centros de alojamiento prefabricados para algunos desdichados freudianos errantes y transidos?

<sup>14</sup> En la NEF. p. 124.

siempre, contra lo que luchó a través de la desviación jungiana: la vieja hermenéutica de inspiración religiosa, la “acogida” del sujeto en el seno de una “teleología” que se le presenta como la forma más elevada y auténtica de sus conflictos. Con la Escuela de Zürich, la “anagógico” se encontraba ante el dilema: asumir su naturaleza de endoctrinamiento piadoso o presentarse bajo la máscara de la interpretación psicoanalítica. En P. Ricoeur la hermenéutica se declara abiertamente como reanudación de un discurso en la alteridad contingente de otro discurso (una interpretación) sin retener nada de aquello a que tendía el procedimiento freudiano (“los deseos inconscientes traídos a su expresión última y más auténtica”<sup>(15)</sup>), ni de los medios rigurosos que se atribuía para llegar a ello<sup>(16)</sup>.

### **3. interpretar (con) freud.**

Si llamamos “psicoanalítico” e “interpretativo” nuestro enfoque del texto freudiano, no es en el sentido en que un Ernest Jones en su biografía de Freud lo concibe, inspirándose, hay que reconocerlo, en indicaciones dadas por Freud mismo. El esquema que Freud propone a veces para un estudio psicoanalítico del pensamiento, una psicografía de los artistas, de los filósofos, etc <sup>(17)</sup> no podría ser considerado como la última palabra del psicoanálisis sobre este problema. Acorralado entre la reducción del pensamiento a condiciones puramente subjetivas emergentes de la contingencia de una historia individual, y la crítica simplemente racional de este pensamiento, Freud nunca encuentra más que un hábil compromiso: el psicoanálisis nos dice, pone el dedo en los puntos débiles de tal teoría, pero corresponde a la crítica racional, a la crítica interna,

---

<sup>15</sup> Freud S. “L’interprétation du rêve (La interpretación de los sueños), G. W. 11-111, 625.

<sup>16</sup> Para esclarecer la “dialéctica teleológica que permitiría una “retorna” del freudismo, la referencia a Hegel está lejos de ser unívoca. Los mejores y más convincentes análisis hegelianos son aquéllos en que la nueva “figura”, la interpretación, se impone en una permanencia apasionada, atenta y obstinada al contacto de 3a literalidad de la “figura” precedente. Por este aspecto “minucioso” del trabajo de “lectura”, Hegel no deja de prefigurar la interpretación “reductora” de Freud.

<sup>17</sup> Freud S., 1911, “L’intérêt de la psychanalyse’ (El interés del psicoanálisis).

demostrar esas debilidades descubiertas por otra disciplina.

Aplicado a los filósofos, aplicado por Jones a Freud mismo, este método olvida aparentemente uno de los puntos esenciales del descubrimiento freudiano: el neurótico en su síntoma, con mayor razón el pensador hasta en ciertas desviaciones de su razonamiento, debe tener en cierto modo razón. Una psicografía psicoanalítica que siempre tomara en serio esta máxima, no podría desembocar en lo puramente contingente, en lo aberrante, sino en un deseo en que las figuras y las razones dibujan un fragmento de una combinatoria más general<sup>(18)</sup>.

Sin embargo, un psicoanálisis del pensador y de su obra chocará siempre con la objeción de principio: nos encontramos fuera de la cura, condición principal de aplicación del método. Y si se quiere tratar de pasar más allá (como Freud lo hizo para el presidente Schreber por ejemplo) hay que confesar que, pos-a el caso de Freud, los elementos biográficos de que disponemos están increíblemente incompletos, escandalosamente mutilados y censurados (y antes que nada por el autor mismo).

El peso de estas objeciones es considerable, pero sólo incide plenamente en el proyecto de una psicografía psicoanalítica de Freud. La empresa de la cual esbozamos aquí algunas condiciones de posibilidad es diferente: trasponer, mutatis mutandis, el método freudiano de análisis del individuo y de su deseo a las exigencias de un pensamiento, ya sea a lo que, en el plano de la discursividad, se emparenta más con ese deseo. Así como sólo dimos indicaciones fragmentarias en cuanto al método de la interpretación psicoanalítica en la cura, también aquí no podemos más que limitarnos a algunos puntos de método.

---

<sup>18</sup> Cf. Lo que hemos Intentado en nuestro trabajo sobre: "Holderlin el la question du père" (Holderlin y el problema del padre). Paris, PUF., 1961.

Dirigido en el consultorio del psicoanalista, el arrasamiento del pensamiento y de la expresión, la puesta en el mismo plano de lo “insignificante” y de la declaración de principio sin cesar reafirmado, de la parte y del todo, etc., constituye una regla metodológica saludable por el hecho de tomar al revés las elaboraciones secundarias y los disfraces del entendimiento, lo que permite poner en evidencia otras redes de significaciones. Esta regla que se podría llamar también principio del análisis igualitario, lleva a un respeto renovado de la literalidad. Sin que deba descuidarse la literalidad del razonamiento, debe ser confrontada con —y contrabalanceada por— la literalidad de la noción. Un trabajo realizado con J. B. Pontalis (<sup>19</sup>) nos permitió comprobar en qué medida el desmembramiento de un pensamiento, lejos de desembocar en un caos permitía poner en evidencia el rigor del procedimiento freudiano en lo que respecta a la creación y la utilización de los conceptos.

Recorrer la obra en todos los sentidos sin omitir nada ni privilegiar nada a priori, es quizá para nosotros el equivalente de la regla fundamental de la cura. Una vez planteada y aplicada ésta, pueden encontrarse a nivel de la obra numerosos mecanismos o procedimientos del inconsciente:

Lo absurdo de un detalle, se ha visto, puede marcar el conjunto de un sueño con el símbolo de la negación. En la historia del pensamiento freudiano este procedimiento del inconsciente se encuentra en más de una ocasión. De este modo, cuando Freud introduce en 1895 los conceptos de energía ligada y de energía libre que van a hacerse fundamentales en la doctrina, sólo pretende adoptar allí la oposición introducida por Breuer entre dos tipos de energía cerebral: energía tónica o aquinésica y energía cinética. Ahora bien, tres puntos llaman la atención aquí: 1) Freud cree útil emplear otros términos que los de Breuer.

---

<sup>19</sup> J. Laplanche y J. B. Pontalis: “Vocabulaire de la psychanalyse” (Vocabulario del psicoanálisis). Paris. PUF., 1967.

2) Los términos que él utiliza son en realidad tomados de la física de Helmholtz donde tienen un uso bien preciso con el que Freud y Breuer están familiarizados. 3) El uso freudiano de estos términos es aberrante e incluso absurdo en relación con el uso de Helmholtz puesto que la energía libre de Freud corresponde a grosso modo a la energía ligada de Helmholtz y viceversa. Para nosotros ahí está el signo de que hay un desplazamiento a reconocer, una inversión a poner en su sitio: lo que Freud entiende inconscientemente marcar así con el signo de la crítica, es la teoría de Breuer con la cual, explícitamente, se pretenderá constantemente de acuerdo.

El olvido en el sentido de la represión, sobre el cual encontramos un ejemplo tosco en la teoría freudiana de la génesis de la sexualidad o de la pulsión, ya que Freud, después de haber descrito de manera tan pertinente en los “Tres Ensayos sobre la Sexualidad” el nacimiento de la misma a partir de toda actividad del individuo humano (nacimiento que precisan los términos: autoerotismo, apuntalamiento, perversidad polimorfa, etc.), termina con su teoría del “ello” por reponer aparentemente la pulsión en el orden de la naturaleza y de lo biológico. El psicoanalista, ante un olvido tan masivo y que va a perpetuarse en los sucesores de Freud, no puede evadirse de la interpretación. Este olvido, para él, no es más que el retoño, la vicisitud intelectual de un rechazo fundamental: aquél mediante el cual la pulsión, renegando de sus orígenes infantiles e intersubjetivos termina por darse al sujeto como una naturaleza, desembocando, después de rodeos complejos y aleatorios, en una regulación cuasi instintiva de la actividad sexual del individuo.

Equivalencias o permutaciones del significante y del significado, del ‘objeto y de la expresión, confusión aparente del plano de la realidad y de la causalidad con el plano de la metáfora, todo esto hay que rectificado, analizarlo e interpretarlo. De este modo, si se nos dice que el “yo no es solamente una

superficie sino la proyección de una superficie” no sirve de nada denunciar la confusión grosera entre el modelo espacial del aparato psíquico c-n la superficie del cual se situarla el ya y el proceso real de proyección ten el sentido a la vez geométrico y neurológico) que vendría a sumarse a este modelo por una ingenuidad demasiado evidente de razonamiento. Hay que llegar a comprender que existen relaciones complejas, redes estrechas entre las metáforas conscientemente propuestas por Freud, las metáforas inconscientes que la interpretación de su pensamiento permite encontrar, y ese tipo de metáfora realizadas (las identificaciones por ejemplo) que el psicoanálisis descubre como constitutivas del ser humano.

Se ve cómo tal tipo de interpretación debería situarse a distancia del manifiesto, hasta qué punto desconfiaría de todo lo que es en la doctrina retoque “yoico”. Acaso este uso metódico y crítico de emparejamiento de los significantes de la obra implica el rechazo definitivo de toda perspectiva: ¿perspectiva histórica o perspectiva arquitectónica? Se nos perdonará que no hagamos más que evocar aquí este problema complejo.

En un enfoque interpretativo inspirado en el descubrimiento freudiano, quizás la noción de historia (historia de un pensamiento) debería ser retomada a otro nivel: el de una “histórica” (en el sentido que, del problema se pasa a la “problemática”). Lejos de ser más simple que la historia, lejos de lo geométral que podría dar cuenta idealmente del pasaje de un “estado de sistema” a otro “estado de sistema” (<sup>20</sup>), esta “histórica” sería más compleja, desarrollándose según varios niveles. Pero para plantear los principios de la misma convendría primero examinar las funciones múltiples de la contradicción y situar en su papel y su significación principal la instancia repetitiva del deseo.

¿La arquitectónica? Este término implica demasiado las ideas de sistema, de

bello ordenamiento, de armonía, para que el analista no la considere con alguna desconfianza. A menudo prefiere el de “estructura” del cual, más allá de las infatuaciones de la moda, Jean Pouillon ha dado recientemente un ensayo de definición particularmente convincente <sup>(21)</sup>. A esta definición, el psicoanálisis freudiano aporta un acento bien particular, unido a su método; la estructura no podría asimilarse a la forma o al sistema, en la medida en que éstos implican principalmente un equilibrio entre partes de las cuales se puede evaluar el peso comparativo en función de la importancia cuasi volumétrica que toman en el conjunto. Uno de los resultados de la interpretación freudiana, se ha visto, es desvalorizar las consideraciones de ordenamiento, de subordinación de la parte al todo, etc., mostrando por ejemplo, cómo un detalle ínfimo del sistema manifiesto puede constituir, a nivel del inconsciente, el resorte que hace contrapeso a masas “energéticas” considerables. La estructura en Freud (es decir a la vez en su obra y en su objeto), es un equilibrio binario o ternario entre elementos que, en el curso de la historia pueden encontrarse enteramente desplazados, investidos de una función completamente distinta, conservando al mismo tiempo el mismo nombre y aparentemente, la ‘misma naturaleza, en la obra manifiesta. Para no tomar más que un ejemplo, es imposible reencontrar, más allá de las formaciones a veces torpes de Freud, la significación del principio de placer, sin tener en cuenta los trastornos estructurales, los cambios de investidura cuasi caleidoscópicos que culminan en esta aparente paradoja: el principio de placer, situado al principio de la obra freudiana del lado de la pulsión sexual, en cierto momento es anexado a la pulsión de muerte, para encontrarse finalmente como principio regulador del Eros, esta fuerza constructora y generadora de síntesis bien diferente, al final de la obra freudiana, de lo que estaba descrito en 1905 como sexualidad.

Quizá sea posible una historia estructural del pensamiento de Freud con la

---

<sup>20</sup> Cf. P. Ricoeur, *la NEF*, p. 115.

<sup>21</sup> *Les Temps Modernes*, N° 246, nov. 1966.

condición de tener en cuenta plenamente, en su método mismo, el pensamiento freudiano. Presupone detenerse en una obra y en sus “impasses”, aceptar plenamente el tiempo de un análisis “reductor”. ¿Puede reprochársele el desembocar en perspectivas relativamente consistentes en la medida en que logra mostrar, a través de las mutaciones de la teoría, una permanencia de exigencia, la permanencia de un descubrimiento que tiene quizá todavía que encontrar su forma científica adecuada?

(Traducido por **María Elena Folle**).

**SIGMUND FREUD MEDICO**

**DANILO PERESTRELLO**

**(Río de Janeiro)**

*Grande humanista, na mais lata  
acepção da palavra, humano,  
humonissimo, Sigmund Freud foi  
eminentemente médico. (1)*

Son pocos los grandes hombres que habiendo vivido mucho hayan tenido su vida tan bien estudiada como Sigmund Freud.

Los motivos son varios.

El principal está dado por la excelente biografía de la cual es autor E. Jones (2) Esta fue elaborada en condiciones poco comunes, ya que el autor había recibido de la familia de Freud un riquísimo material biográfico, tanto oral —pues “todos los miembros de la familia, incluso su extinta esposa, han proporcionado todas las informaciones”— como escrito: “más de dos mil quinientas cartas de familia, la mayor parte de ellas escritas por el mismo Freud, y entre las cuales se incluye una colección de veinticinco cartas, escritas entre 1876 y 1894 a Rosa, su hermana favorita”. Las más valiosas son “unas mil quinientas cartas de amor que forman la correspondencia entre Freud y su futura esposa, durante los cuatro años de noviazgo”, contándose también con “una Crónica Secreta escrita entre

---

<sup>1</sup> D. Perestrello: **Freud e a Medicina**. J. Bras. Psiq. 13:4. 1964.

los dos en esa época'. Además, el autor estaba provisto de “las laboriosas investigaciones que realizaron Siegfried Bernfeld y Suzanne Cassirer Bernfeld, con la ayuda de sus amigos vieneses, sobre la vida de Freud y su ambiente en sus primeros años”.(\*)

Sin embargo, la obra de Jones no se basa so-monta en informaciones y documentos privados. El autor y Freud fueron amigos personales durante treinta y un años, acompañando Jones a Freud hasta la muerte. Fue uno de los discípulos de las primeras horas participando y siendo uno de los principales protagonistas del movimiento psicoanalítico, circunstancias que lo colocaban en constante contacto con el maestro que tanto empeño demostró en dicho movimiento.

A esto se agrega el hecho de que la utilización de todo el material epistolar y la decisión de dar a luz una biografía, fue un tanto a disgusto de los familiares de Freud y del misma Jones, ya que a Freud no le agradaba verse expuesta y su deseo era “no divulgar su vida íntima” más de lo que ya había hecho, “deseo que la familia siempre respeté”. Por lo tanto, no se trata de una obra preparada intencionalmente para divulgar al mundo otra vida más de un gran personaje de la ciencia, sino que su publicación se imponía, entre otras razones, para deshacer “serias deformaciones y atentados a la verdad” surgidos en “numerosas y falsas historias Inventadas por gente que nunca había conocido’ a Freud, historias que iban integrándose en una leyenda mendaz”.

Otra condición poco común fue la conciencia que Jones tenía de la posibilidad —o el peligrado embarcarse por el camino del “culto a los héroes” y trazar un perfil de Freud “alejado de lo humano, ofreciendo de él una imagen idealizada”.

---

<sup>2</sup> E. Jones: **The Life and Work of Sigmund Freud**. Basic Books. Inc. Publishers, N. York, 3 vols., 1953, 1955. 1957. (Versión castellana: Editorial Nova, Buenos Aires. 1959-1962).

\* De aquí en adelante lo que está entre comillas sin referencia especial, es extraído del estudio mencionado de E. Jones.

Declaró de hecho que si así lo hiciese, estaría profanando su memoria y todo el respeto que siempre tuvo por Freud, porque atentaría contra el amor a la verdad y la “extraordinaria integridad personal de Freud, uno de los rasgos más destacados de su personalidad”.

Resultó, en consecuencia, una biografía con “propósitos más ambiciosos” como el de ‘-hallar una correlación entre la personalidad de Freud y las experiencias de su vida por un lado, y por otro, el nacimiento y desarrollo de sus ideas”. Biografía presentada en tres volúmenes, destinada principalmente a estudiosos del psicoanálisis, con capacidad crítica suficiente como para juzgar las opiniones o eventuales interpretaciones y no una biografía popular o encomiástica. Biografía dirigida a lectores ya conocedores de pasajes de la vida del biografiado, narradas por él mismo en varios trechos de su obra, como por ejemplo en la **Interpretación de los Sueños** (<sup>3</sup>) donde analiza varios sueños propios con fines científicos de investigación y demostración, llevando el análisis de algunos de ellos hasta casi sus últimas consecuencias. Biografía para psicoanalistas que irían a examinar a la luz de su instrumento específico —el método psicoanalítico— los datos ofrecidos. Y que un año después de la publicación del primer tomo, antes de aparecer los otros dos, irían a confrontar esos mismos datos con la correspondencia entre Freud y W. Fliess que en ese entonces surgiría luz (<sup>4</sup>) en un volumen con ciento y cuarenta y siete cartas de Freud entre 1887 y 1902, período importantísimo de su existencia.

Todo esto, más otras biografías serias y fidedignas, pero que cotejadas con la de Jones poco agregan al conocimiento de la personalidad de Freud, —como la de

---

<sup>3</sup> S. Freud: **The Interpretation of Dreams**. Stand. Edit. vols. IV. y. The Hogarth Press, London, 1968. (trad. castellano López - Ballesteros, Edil. Americana, vols. VI, VII, Buenos Aires, 1943).

<sup>4</sup> **Sigmund Freud's Letter** (letters, drafts and notes Wilhelm Fliess). Basic Books, Inc. Publishers, N. York, 1954.

Martín Freud, su hijo, revelando la vida íntima del hogar (<sup>5</sup>) o la de L. Binswanger, evocativa y de lectura amena (<sup>6</sup>), para no citar sino estas dos— permitieron que se tenga actualmente una imagen de Sigmund Freud bien aproximada de la realidad.

Restaría un último argumento: E. Jones fue un psicoanalista, y de los más lúcidos, circunstancia importante para confiar en la imparcialidad de su estudio, si no fuera por el hecho que todos sabemos, de que los analistas nunca terminan su análisis...

Es justamente sobre ese punto que quiero llamar la atención, porque no obstante todo el esfuerzo y rigor en trazar una imagen lo más real posible de la personalidad de Freud —disponiendo de una fuente de datos tan abundante— tal vez algunos de sus aspectos hayan permanecido intocados o insuficientemente examinados. Es que para todo analista auténtico, Freud represente el prototipo del psicoanalista, el **protopsicoanalista**, en toda la acepción de la palabra, en sentido de primero, tanto cronológicamente como en importancia, de **original, arquí, ejemplo, modelo**. Siendo así, funciona como recipiente de muchos residuos transferenciales que el analista no pudo eliminar durante la larga elaboración de su análisis interminable.

Poco tiempo atrás, Van der Leeuw (<sup>7</sup>) recordaba que siendo el psicoanálisis una especialidad nueva, es en gran parte, hasta hoy, la obra de un único hombre, y que desde su inicio, el propósito de las Sociedades psicoanalíticas ha sido preservar y desenvolver el trabajo de Freud. De la lectura de su trabajo se concluye que el destino de una sociedad analítica depende mucho de la solución

---

<sup>5</sup> M. Freud: **Sigmund Freud: Man and Father**. The Vanguard Press, N. York, 1958

<sup>6</sup> L. Binswanger: **Sigmund Freud: Reminiscences of a Friendship**. Grune and Stratton, N. York and London, 1957.

<sup>7</sup> P. J. Van der Leeuw: **The Psychoanalytic Society**. Int. J. Psycho-Anal. 49. 160, 1968.

de los conflictos entre sus miembros, y esto dependerá a su vez de la imagen interna que cada uno de ellos tiene de Freud. Escribe Van der Leeuw: “para sentirnos familiarizados y a gusto con el trabajo de Freud, se torna necesario aceptar nuestra ambivalencia hacia él, a fin de poder manejarla” y agrega:

“Desde el primer encuentro con el psicoanálisis, estamos emocionalmente comprometidos: establecemos una relación emocional, queramos o no, con el gran hombre. El hecho de él estar muerto no modifica mucho esta situación”.

Van der Leeuw se preocupa más con las varadas actitudes hostiles de los analistas entre sí y preconiza la preservación del gran legado de Freud —el psicoanálisis— a través del reconocimiento en sí mismos, por los miembros de las Sociedades, de sus verdaderos mecanismos de defensa.

Deseo focalizar aquí no tanto la actitud hostil que el analista puede tener de forma ostensiva o encubierta contra la obra de Freud, como —lo que hasta cierto punto puede resultar ser lo mismo— la tendencia a la idealización que el analista tiene en relación a Freud.

En cierto modo, la figura de Freud fue y será siempre idealizada, por más que se lo evite, pues sería escapar de los límites de lo humano el exigir que no fuera así.

Y para contribuir a esa idealización de manera poderosa está siempre viva el ejemplo de su vida, grandiosa sin duda, toda ella de devoción al trabajo, o la investigación, a la verdad, al ser humano, devoción que no decayó ni durante sus dieciséis años de agonía —así se refirió Jones al período final de su vida— pues fueron tantos los años de padecimiento y de atroces dolores debido al cáncer que le destruía la boca, dieciséis años de numerosas intervenciones quirúrgicas, soportando una prótesis que le resultaba inmensamente dolorosa y que usaba

para poder hablar, dieciséis años no obstante de intensa producción durante los cuales escribió más de quince trabajos, algunos abriendo nuevos rumbos, como el fundamental **Inhibición, Síntoma y Angustia** (<sup>8</sup>), hazaña que sólo fue posible gracias a su sistemática negativa a ingerir drogas que le aminorasen el sufrimiento, porque prefería —dijo él mismo— “pensar atormentado a no ser capaz de pensar con claridad”, devoción —no está demás la insistencia— que lo hizo trabajar con pacientes hasta un mes y medio antes de morir, y dedicarse, hasta poco antes, a su mismo libro —su hermoso. **Moyses y la Religión Monoteísta** (<sup>9</sup>).

Añádase que diariamente en nuestra actividad clínica manejamos los principios descubiertos por Freud, actuamos de acuerdo a sus enseñanzas básicas. Si tenemos una especialidad —y eso independientemente de la dirección que adoptemos en nuestras teorías o técnica— se la debemos a él.

Por eso la inevitable idealización, fronteriza del temor a la ingratitud. Así, ciertas afirmaciones del Maestro, sobre todo aquellas relativas a su propia persona, son aceptadas sin mayor examen.

A mi entender, está dentro de esa situación su afirmación de su falta de inclinación por la medicina.

Los lectores de Freud se admiran frecuentemente de sus *vastos* conocimientos.

Su interés por la literatura, poesía y teatro clásicos, tanto como por las artes plásticas, acostumbra estar presente en su obra. Numerosas veces se encuentran en ella citas de frases latinas, referencias a la antigüedad griega, Al lado de eso, su facilidad para escribir prende al lector de tal manera al texto, que muchos de sus escritos son leídos como si fuesen novelas. La fluencia y elegancia de la frase pueden ser apreciadas hasta en las traducciones descuidadas.

---

<sup>8</sup> S. Freud: **Inibitions, Symtoms and Anxiety. Stand. Edil**, vol. **XX**. The Hogarth Press, London, 1968 Tred. castellana López - Ballesteros, Edit. Americana, vol. XI. Buenos Aires, 1943).

<sup>9</sup> S. Freud: **Moses and Monotheism Stand. Edit.** Vol. **XXIII**. The Hogarth Press. London, 1968, (trad. española Ramón Ray Ardid, vol. III. Edit. Bibliot. Nueva, Madrid, 1968).

Esa suma de conocimientos universales, aliada al don de la palabra escrita han llevado no pocas veces a pensar que Freud habría seguido un camino más auténtico si se hubiese dedicado a otra actividad, como por ejemplo la literatura. ¿No fue gracias a sus trabajos que se le confirió el premio GOETHE de literatura?

Por la extensión que adquirió el psicoanálisis en sus múltiples aplicaciones a la sociología, antropología cultural, folklore, educación, por las brillantísimas incursiones de Freud en esos sectores, se ha llegado a creer que en alguno de ellos podría estar su vocación.

Es evidente que Freud se mostró superdotado en mucho más que un campo del conocimiento; sin embargo, eso, por sí solo, no excluiría el hecho de haber sido la medicina su real inclinación, sobre todo si se toma en cuenta un factor de la más alta relevancia, que es el **Zeitgeist** en que vivió Freud, por cierto distinto del nuestro. Richard Sterba, recientemente, en un magnífico artículo, lo caracterizó de medo expresivo. Sinteticémoslo y comprenderemos fácilmente el espíritu humanista que impregna la obra de Freud (<sup>10</sup>)

Durante el período cultural que ejerció decisiva influencia sobre Freud, ciencia y humanismo eran inseparables. El creador y principal representante de esa ciencia humanista fue un erudito alemán que vivió y trabajó durante el período de la ilustración y comienzo de la gran expansión de la ciencia moderna —Alexander, Barón von Humboldt, principal responsable por la filosofía y espíritu del Sistema educativo en que se formó Freud, el mismo Humboldt naturalista que emprendió una expedición a la América del Sur, que recorrió Brasil, y que “con excepción de Napoleón Bonaparte era el hombre más famoso

---

<sup>10</sup> R. Sterba: **El Psicoanalista en un Mundo cambiante**. Rev. Psicoanálisis, tomo XXV. N° 3/4, pág. 657, Buenos Aires, 1968.

de Europa <sup>(11)</sup>: Fue él quien estableció el modelo básico de la Universidad europea y que imprimió a los científicos del Siglo XIX la ideología que se conoce como idealismo clásico o humanista, ideología que prevaleció durante los años en que Freud recibió su educación académica. El establecimiento responsable por esa educación clásica era el **Gymnasium** humanista. Allí el griego y el latín ocupaban la mayor parte del tiempo y fuera de eso se enseñaba algo de historia, matemática y alguna ciencia. Se estudiaba latín durante ocho horas semanales, durante ocho años, y griego durante seis años seis horas semanales. Los **gymnasiasten** miraban con desprecio a los alumnos de la **Realschule**, los cuales no estudiaban griego y latín ni se dedicaban a los clásicos. Los **gymnasiamten** eran preparados para formar parte de la **elite** humanista (\*). Sterba cita una frase que Robert Waelder, ex-**gymnasiasten**, le dijo en sus primeros años de Norte-América: “La enseñanza me resulta muy difícil aquí, porque no puedo usar una cita clásica” y cree que la mala voluntad de Freud en relación a los Estados Unidos obedecería a la discrepancia entre su formación humanista y la pragmática de los norteamericanos.

Esa era la formación de los hombres de estudio en aquella época.

En respuesta a una carta que le escribí, R. Sterba asiera: “El Gymnasium era obligatorio para todos los que deseaban ingresar en la Universidad. Claro que Bruecke, Meynert, Bilbroth, Wagner-Jauregg, Breuer y todo aquél que cursaba la Universidad, tenía que poseer la **Gymnasialmatura o Abitur**; Freud siempre se enorgulleció del “rico sedimento de griego” como él llamaba, “adquirida en el **Gymnasium**”.

Ciencia humanista... humanismo y ciencia dándose las manos, constituyendo

---

<sup>11</sup> Humboldt, Alexander — **Encyclopedia Britanica**, vol. 11, Ed. 1951

\* En varias líneas de ese resumen del artículo de Sterba, empleamos sus propias palabras.

una ideología. Muy distinto de la actual era tecnológica, en que esas dos cosas se excluyen entre sí y de la formación intelectual básica en nuestro continente, en que aún mismo en el período en que la cultura francesa era el paradigma, la formación humanística de este lado, siempre se mostró precaria.

R. Sterba llama la atención hacia el hecho de que Freud deploraba el cambio cultural que se iba operando durante sus días, con el abandono progresivo del humanismo clásico, y menciona la tristeza revelada en una carta (\*) en la cual escribía que parecía haber muerto “**die Humanitaet**”, palabra que en alemán combinó el humanismo con la preocupación del hombre por la humanidad.

Al igual que el humanista Alexander von Humboldt, jefe de misiones diplomáticas, autor de notables contribuciones científicas a la botánica, geología, meteorología, el cientista Freud también fue un humanista.

Es que Freud no podría circunscribirse a un campo limitado; su inquietud intelectual y la necesidad interna de conocer más y más, lo- llevaban a explorar nuevos territorios. En el fondo él debía sentir aquello que Rainer Maria Rilke expresó tan bien en una de sus bellas “Cartas a un Poeta” (12), esto es, que “ninguna profesión tiene las dimensiones necesarias para las cosas de las que está hecha la vida”; y a Freud se le podría aplicar la frase de su venerado Goethe: “Vinimos a este mundo para inmortalizarnos”.

Muchas veces, nuestra miopía toma como patrón nuestras propias dimensiones, haciendo que juzguemos las excelencias y dotes extraordinarios de los otros para ejecutar algún menester, como excluyentes de otras inclinaciones y aptitudes que no pocas veces son hasta más desarrolladas.

Con todo, quién creó la leyenda de que la medicina no era su vocación, fue el

---

\* Carta de Freud a Lou Andreas — Salomé, in R. Sterba, **obr. cit.**

<sup>12</sup> R. María Rilke — **Carias a un Poesía**. Trad. portuguesa. Portugalia Edit., Lisboa (sin fecha).

propio Freud con sus declaraciones y hasta Jones, que se reveló tan excepcional biógrafo, acepté la afirmación.

Escribe Jones.”Puedo recordar como afirmaba, suspirando, en una época tan lejana como 1910, que le agradecería poder retirarse de la práctica médica, para dedicarse a la tarea de descifrar los problemas de la cultura y de la historia, el gran problema de cómo el hombre ha llegado a ser lo que es”.

Hay que reconocer que esto constituye algo bastante común, incluso banal, en la vida de grandes médicos. No es necesaria citar ejemplos de clínicos ilustres que una vez que han dominado su especialidad se entregan a estudios análogos, justamente por haber sentido la medicina de cerca, por haber lidiado con el ser humano y participado del destino de muchas vidas. La rutina de la clínica, — que por más creadora que sea, siempre tiene su rutina— lleva frecuentemente al médico de larga experiencia y que no es mediocre, a ansiar un estudio más tranquilo, aislado en su gabinete, a fin de indagar como el hombre llegó a ser lo que es. Y cuando la clientela es muy numerosa, después de un día de trabajo intenso, no obstante su auténtica vocación, dirá eso suspirando.

Dirijámonos, con todo, a Freud, y recordemos ese conocido párrafo de su autobiografía (<sup>13</sup>): “Si bien vivíamos en situación nada holgada, mi padre insistía en que, en la elección de mi carrera, yo siguiera mis propias inclinaciones. Ni por aquella época ni más tarde, por cierto, he sentido ninguna predilección especial por la carrera de médico. Lo que me dominaba era una especie de curiosidad relativa más bien a las circunstancias humanas que a los objetos naturales, y que no había reconocido aún la observación como el medio principal de satisfacerse. Mi temprana familiaridad con el relato bíblico (en una época en que no había aprendido casi el arte de leer) tuvo, como hube de

---

<sup>13</sup> S. Freud: **An Autobiographical Study**. Stand. Edil., vol. **XX**. The Hogarth Press, London, 1968 (trad. castell. López - Ballesteros, Edit. Americana, vol. XX, Buenos Aires, 1943).

reconocerlo mucho más tarde, un efecto duradero sobre la orientación de mi interés. Bajo la influencia poderosa de un niño bastante mayor que yo, y que llegó a ser político renombrado, llegué a sentir el deseo de estudiar leyes, como él, y emprender actividades de tipo social (\*). Al mismo tiempo, la teoría de Darwin entonces en boga me atraía extraordinariamente, porque parecía prometer un gran progreso para la comprensión del mundo, y fue el hecho de haber oído el hermoso ensayo de Goethe sobre La Naturaleza, leído en alta voz, durante una conferencia popular del Profesor Carl Brühl, exactamente antes de abandonar el colegio, lo que me decidió a comenzar el estudio de la medicina”.

Más tarde, ya con cuarenta y un años de actividad médica, escribí (<sup>14</sup>): “.. mi autoconocimiento me dice que yo no he sido nunca un médico en el verdadero sentido de la palabra... No tengo noticia de haber tenido en mis años tempranos ansia alguna de ayudar a la humanidad doliente. Mi disposición innata al sadismo no era muy fuerte de modo que no tuve necesidad de esta inclinación que es uno de sus tantos derivados. Tampoco me dio nunca para “jugar al doctor”. Mi curiosidad infantil buscó evidentemente otros caminos. En mi juventud había sentido la incontenible necesidad de comprender algo de los enigmas del mundo en que vivimos y contribuir en algo, acaso, a su solución. Lo que más esperanzas parecía conceder en cuanto a la realización de esto era inscribirme en la Facultad de Medicina... Ya había aprobado todos mis exámenes médicos, pero no demostré ningún interés en hacer nada realmente relacionada con la medicina hasta el día en que el maestro a quien tan profundamente respetaba (se refiere a Bruecke, “la más grande de las autoridades que tuvieran influencia” en él) me hizo la advertencia de que en vista de mis reducidas posibilidades materiales no me sería posible de ningún modo dedicarme a una carrera puramente teórica. Así fue como pasé de la histología del sistema nervioso a la

---

\* Antes Freud quiso ser militar.

<sup>14</sup> S. Freud: Stand. Edit., vol. **XVII**. The Hogarth Press, London, 1968 (trad. cast. Edit. América, vol. XXI, Buenos Aires. 1944).

neuropatología, y más tarde, baja la incitación de nuevas influencias, llegué a ocuparme de las neurosis. Me siento poco inclinado a creer, sin embargo, que mi carencia de auténtico temperamento médico haya causado mucho perjuicio a mis pacientes. Porque no constituye una ventaja muy grande para los pacientes el que el interés terapéutico de los médicos en cuanto a los métodos que emplean lleguen a alcanzar un tono afectivo muy exagerado, hay más ventajas para ellos en que el médico realice su trabajo fríamente y, si es posible con precisión.”

Comentando la curiosidad en descifrar los enigmas de la naturaleza humana, Jones recuerda que podrían haber sido tomados dos rumbos: la especulación filosófica o la investigación científica, y para explicar la senda científica elegida por Freud, toma la “aguda sugestión” de Wittels, según la cual Freud habría tenido una inclinación tan intensa por las especulaciones abstractas que, temiendo verse dominado por ellas, procuró compensar la inclinación dedicándose a los hechos científicos concretos. Corroboraría esa opinión una afirmación que Freud le hizo a Jones cierta vez: “En mi juventud sentí una poderosa atracción hacia la especulación y la refrené despiadadamente.”

No obstante parecerme bastante importante este comentario de Jones y Wittels, quisiera retornar a los trechos de Freud transcritos arriba, *en* los que afirma no haber tenido ninguna inclinación por la medicina.

Nadie hasta hoy puso en duda la veracidad de la afirmación, o sea, nadie dejó de creer en ella. Sin embargo, si un paciente se refiriese a su carrera en esos términos, jamás diríamos en nuestro fuero íntimo que estaríamos ante alguien sin vocación médica. La simple circunstancia de haber aseverado tal cosa no bastaría para convencernos. Esperaríamos naturalmente que surgiese más

material conectado con el tema y buscaríamos la trama inconciente de tal afirmación. Sobre todo, tendríamos que conocer su personalidad global, sus ansiedades básicas, sus fracasos, sus triunfos, a fin de ubicar el tema dentro de la totalidad y entonces recién juzgar su significado. Podría ocurrir, sin embargo, que el paciente hubiese comparecido a una o dos consultas solamente, y apenas tuviéramos de él otros datos, obtenidos en fuentes ajenas a la situación analítica.

Es más o menos en esa condición que nos encontramos en relación a esas declaraciones de Freud.

En primer lugar, ya nos llamaría la atención y nos haría dudar de la realidad de la afirmativa, el hecho del paciente insistir tantas veces en decirnos que no tenía real inclinación por la medicina...(\*). Si Freud oyese repetitivamente estas mismas declaraciones en boca de otra persona, no procedería de otro modo.

Tampoco es totalmente verídico que, ni en la época en que escogió la profesión ni más tarde, no haya tenido ninguna predilección especial por la carrera.

En su autobiografía, líneas después del trecho anteriormente citado, escribe: “Los estudios propiamente médicos —excepción hecha de la psiquiatría— no ejercían atracción sobre mí y retrasándome así en mi carrera, no obtuve el título de doctor hasta 1881”. Aquí ya fue hecha la excepción a la psiquiatría. Ahora bien, para cualquier estudiante de medicina de hoy, y especialmente del tiempo en que no existía el psicoanálisis, la psiquiatría es y era una especialidad médica. Y en los tiempos de Freud, muy médica. En aquella época, las miras de los psiquiatras no dirigían principalmente hacia los pacientes con lesiones cerebrales o toxi-infecciones, hacia los cuadros llamados orgánicos. Recuértese que

inclusive, cuando Freud quiso dar su mera contribución a la psiquiatría en el sentido de una teoría amplia de las neurosis, escribió el Proyecto (<sup>15</sup>), especie de psicopatología primitiva en la cual procuraba visualizar los actos psíquicos correlacionándolos con las estructuras neurológicas.

Jones nos dice que “a diferencia de lo que ocurría con la clínica neurológica, Freud sentía profundo interés en la clínica psicopatológica y agrega que lo que observaba y descubría constituían fascinantes problemas intelectuales de por sí, pero el interés que esto encerraba quedaba relegado a segundo plano frente a su grandioso plan de formular una teoría comprensiva de las manifestaciones neuróticas”.

Indudablemente, todo médico de alta envergadura que vislumbra más allá de los casos clínicos que examina, es llevado inevitablemente a formular hipótesis, teorías. ¿Qué decir, entonces, cuando este médico con “profundo interés” por su especialidad, posee potenciales geniales? El espíritu superior vuela siempre sobre lo particular, se encamina hacia lo general; encontrar en eso una falta de inclinación para la carrera es negar que pueda haber genios con verdadera vocación médica y afirmar que el espíritu investigador excluye al gran clínico.

Si nos detenemos en los dos trechos de Freud antes transcritos, podremos quitar el sentido que él quiso darles, casi línea por línea.

Así, en lo tocante al consejo que le habría dado Bruecke de dedicarse a la clínica y abandonar el laboratorio, es elemental para todo analista que los consejos no sirven para mucho, y que cuando el aconsejado los sigue es porque

---

\* Varias otras veces, fuera de las aquí citadas, Freud repitió eso.

<sup>15</sup> S. Freud: **Project for a Scientific Psychology**. Stand. Edit., Vol. 1. The Hogarth Press, London, 1968. (trad. eapañ., vol. III. Edit. Bibliot. Nueva, Madrid, 1968).

en su fuero íntimo ya estaba dispuesta a hacerlo. Jones piensa sobre ese particular que Freud independientemente de Bruecke, ya conocía su situación financiera y sabía que no le permitía permanecer en las investigaciones de laboratorio. Esa, no obstante, no parece ser todo, porque fue Jones mismo quien declaró en otra parte que, en cuestiones de dinero, Freud nunca fue ambicioso, que sus necesidades eran bien modestas Jones cree que fue el intenso deseo de casarse y el no tener perspectivas de un cargo oficial remunerado en el laboratorio, la que lo llevó a “seguir el consejo” (\*) Eso sin duda constituye una flagrante contradicción con la actitud asumida más tarde en situación similar, cuando, en 1883 se le ofreció la oportunidad de acompañar un paciente al extranjero. Lo que así ganaría de honorarios “importaría la posibilidad de adelantar en un año integro el casamiento. Pero significaría también abandonar el hospital para siempre y renunciar a presentarse para optar al cargo superior. A pesar de la impaciencia de su largo noviazgo, no vaciló en la elección y continué en su cargo”. ¿Cómo conciliar las dos actitudes? El laboratorio que constituiría su vocación, él lo abandona, y continúa en el hospital donde practica la clínica por la cual siente “aversión”?... Aunque fuese realmente la situación financiera lo que lo obligó a dejar el laboratorio —cosa poco verosímil— Freud más tarde, ya afirmado en la vida, nunca volvió a ningún laboratorio, ni al de Bruecke ni a otro, y ni siquiera como **hobby**, en algún momento de su vida, retorné a las investigaciones fisiológicas, no obstante escribirle a su novia, poco después de haber abandonada el laboratorio, en los siguientes términos: “pera quizá esta no sea definitivo”. Y Freud sabía que la clínica y el laboratorio no eran incompatibles, ya que los fisiólogos de su tiempo, “Du Bois Reymond, Helmholtz y Bruecke mismo, habían alcanzado el título doctoral y algunos de ellas ejercían incluso la medicina”.

Otro punto a ser enfocado es el referente a que su disposición al sadismo no

---

\* Las comillas son mías, no de Jones.

era muy fuerte, de modo tal de llevarla a la práctica médica. Cuesta creer que se pueda leer este trecho y aceptarlo sin someterlo a crítica.

No le faltó oportunidad a Freud de revelar la mencionada disposición Soñó en su infancia con ser militar y durante algún tiempo se complacía con la lectura de libros sobre historia militar, habiendo “la guerra franco-prusiana que estalló cuando tenía catorce años despertada en él aguda interés”. Además, se sabe de su belicosidad cuando era niño; son conocidos los pasajes de sus luchas corporales con el sobrino Hans, de quien sentía enormes celos y con quien mantenía gran rivalidad; sobrino que era un año mayor que él, “después de sus padres, la persona más importante para Freud en su primera infancia”. Debería tener sus 14 años cuando, en una visita de Hans a su casa los dos “participaron en un diálogo ante un público infantil, haciendo Sigmund el papel de Brutus”. Freud llega a decir que las relaciones con su sobrino condicionaron el desarrollo de su carácter: “Nos habíamos querido y nos habíamos peleado... Un amigo íntimo y un odiado enemigo fueron siempre indispensables a mi vida emocional., y con no escasa frecuencia... amigo y enemiga coincidían en una misma persona”. (16).

Es decir también que Freud “sentía un considerable horror a la sangre”, sentimiento éste que prueba innegablemente que no había siquiera superado este aspecto, circunstancia que conduce —según mi experiencia y seguramente la de mis colegas— a muchos estudiantes de medicina con real amor a la carrera médica, sedientas de lidiar con pacientes, a optar por la psiquiatría, donde la sangre no aparece a no ser simbólicamente...

En cuanto a el hecho de no tener noticias de que en sus primeros años tuviese

---

<sup>16</sup> Autobiografía — obr. cit.

algún desea de ayudar a la humanidad enferma y de no haber tampoco “jugado al doctor”, cabe decir que es una afirmativa sin mayor valor. ¿No fue Freud mismo quien nos enseñó que aquello que recordamos de nuestra infancia tiene poca efecto sobre nuestras vidas, comparado con lo que no recordamos? Sobresale, todavía, que cuando tenía 10 años, durante la guerra austro-prusiana, habiéndolo llevado su padre “a ver cómo los soldados heridos eran pasados del tren a los carros cargados de heno, para ser conducidos al hospital, la lastimosa condición de los soldados le impresionó profundamente y rogó a la madre que le diera ropa blanca que tuviera para hacer la que se llamaba **charpie**, el precursor del algodón medicinal. Las niñas hacían esto mismo en las escuelas y Sigmund pidió a sus maestros que se organizaran también en las escuelas de varones, grupos para hacer **charpie**”. De eso, Freud se olvidó...

En los dos trechos transcriptos, las contradicciones y equívocos se suceden de tal forma que inexorablemente conduce a preguntarnos por qué será así.

Jones señala que la conferencia sobre el ensayo de Goethe —“La Naturaleza”— que Freud dice haber oído “exactamente antes” de abandonar el colegio, Freud, en otro lugar, declara “haber escuchado esta conferencia, tan decisiva, después de abandonar el colegio”...

Es que cuando hay equívocos y contradicciones, algo muy importante y conflictivo sucede dentro del individuo. Y Freud tenía una situación muy conflictiva en relación a la medicina. En relación a la medicina y a la ciudad de Viena.

Todas estas afirmaciones fueron hechas una vez ya entrado él en años, datando la más antigua de 1910, cuando contaba con 54 años de edad. Ciertamente fueron fruto de las numerosas incomprensiones que encontró en el

ambiente médico vienés, comenzando por el primer impacto al entrar en la Facultad —coma relata en el ensayo autobiográfico— representado por la sensación de inferioridad en relación a sus colegas por el hecho de ser judía; informa que consiguió vencer esa preocupación pero que “esas primeras impresiones universitarias (son palabras suyas) tuvieron la importantísima consecuencia de, una vez por todas, acostumbrarlo a figurar en las filas de la oposición y fuera de la denominada mayoría compacta, datándolo de una cierta autonomía de juicio”. (17).

Vemos así, claramente, que esa oposición persistiría en él en relación a la medicina y muy reforzada —con mucha razón— si recordamos las profundas decepciones que iría a sufrir posteriormente con los colegas médicos de Viena, decepciones tan comprensibles si tenemos en mente que todo lo nuevo despierta reacción y que lo nuevo que Freud revelaba hería profundamente el narcisismo de los hombres!

Se impone el recuerdo del episodio con la Sociedad Médica Vienesa a propósito de sus comunicaciones al volver de la práctica con Charcot en París. Aquello que Freud escribe a propósito, está lleno de equívocos y los hechos están muy alterados. Esto es declarado por Jones. El episodio, sabemos, pasó a la historia como habiendo sido Freud muy mal recibido por sus colegas, como habiendo sido rechazada su afirmación sobre la existencia de la histeria en el hombre. Dice Freud en la autobiografía: “No he vuelto desde entonces a poner los pies en la Sociedad de Médicas” Jones muestra como eso no es verídico, ya que Freud volvió varias veces. Además, nadie dentro de la Sociedad negó que existiese la histeria masculina, y hasta hubo quien declarase haber observado casos de hombres histéricos. Lo que fue puesto en duda fue la histeria traumática de Charcot. Como subraya Jones, Freud era joven y esperaba que los

---

<sup>17</sup> *Autobiografía — obr. cit.*

grandes maestros de Viena le brindasen una acogida calurosa. Con todo, parece que fue acogido normalmente y en cuanto a otra declaración suya, en la autobiografía, de que Meynert lo excluyó de su laboratorio en el tiempo de su llegada de París, aquí también hay un equívoco: fue muchos meses después, tal vez un año, ya que Meynert lo recibió muy bien a su retorno a Viena.

Parece ser suficiente lo dicho para mostrar el enorme resentimiento de Freud en relación a la medicina.

Es exacto, sin embargo, que los acontecimientos futuros no hicieron más que reforzar la ambivalencia ya existente anteriormente.

Hay aquí un aspecto interesante: a los 22 años escribió a un amigo: “He pasado a otro laboratorio y me estoy preparando para mi profesión más adecuada —mutilar animales o atormentar a seres humanos— y me estoy inclinando cada vez más a la primera de las alternativas”. Años antes, por lo tanto, de dejar el laboratorio de Bruecke ya pensaba en “torturar a seres humanos”... <sup>(18)</sup>.

Aunque sea rápidamente, vale la pena tocar también el problema del análisis profano. Escribe Jones: “Se ha pensado alguna vez, que la cruzada en favor del análisis profano surgía del resentimiento por la forma despectiva en que, durante muchos años, había sido tratado por la profesión médica. En mi opinión, hay muy poco de verdad en esta hipótesis”. A pesar de la opinión, todo indica que sí y es Jones quien en su tercer volumen, abre el capítulo sobre el tema con las siguientes palabras: “Dentro del movimiento psicoanalítico internacional, y con la sola excepción del **Verlag**, el problema del análisis profano fue el que despertó en Freud el mayor interés y cautivó más sus emociones durante la última fase de su vida”.

Y no podría dejar de ser así, ya que el tema envolvía la profesión médica.

Sin entrar en el mérito de la cuestión, o sea, de saber si el análisis lego es o no

deseable, mi intento se limita a recordar que Freud inclusive se irritó con Jones, pensando que éste no lo seguía en su cruzada y no solamente abogó y propugnó el análisis profano, sino que llegó hasta “la actitud extrema de disuadir a los presuntos candidatos de estudiar medicina”, lo que por cierto no se le podría ocurrir a nadie sensato

El argumento supremo era que el psicoanálisis sería con el tiempo absorbido... por la medicina.

Parece fuera de duda que Freud, en general tan austero, no consiguió mantener su sobriedad habitual en lo tocante a este problema, pues cerca de un año antes de fallecer, se manifestó así: “El hecho es que no he repudiado nunca mis puntos de vista en este problema (análisis profano) e insisto en ellos ahora aun más intensamente que antes, frente a la evidente tendencia norteamericana de transformar el psicoanálisis en una simple **mucama (house maid)** (\*) de la psiquiatría”.

¿Y qué decir de su actitud en relación a la carrera de los hijos? Nos cuenta su hijo Martín:

“La medicina como profesión estaba estrictamente prohibida por mi padre para cualquiera de sus hijos” (19)

Lo que impresiona en todo esto, es que se ponga en duda la declaración de su hermana Anna sobre su propósito de seguir medicina. Según ella, fue en ocasión del viaje del aún adolescente Sigmund a Londres que se definió la resolución. A pesar de que el padre “lo consideraba demasiado blando de corazón para esa tarea, él insistió diciendo: quiera ayudar a la gente que sufre” (20). Jones dice que

---

<sup>18</sup> Carta a Wilhelm Knöpfmacher. In Jones, **obr. cit.**

\* El subrayado es mío.

<sup>19</sup> M. Freud: *obr. cit.*

<sup>20</sup> Anna Freud Bernays: **My Brother. Sigmund Freud.** American Mercury, Nov. 1940, cit. in Jones, *obr. cit.*

es casi seguro que esto no sea cierto. ¿Por qué? La única explicación plausible y bastante verosímil a mi entender, es que Jones se haya identificado tan intensamente con Freud en ese particular, que tenga, como Freud, expulsado de la conciencia todos los hechos que contradecían las declaraciones sobre la falta de vocación.

Jones discute la fecha de ese viaje, como la del ya célebre recuerdo encubridor de Freud publicado como si fuera de un paciente <sup>(21)</sup> y vincula al sector amoroso la elección de carrera, aunque lo presente apenas como hipótesis.

Me parece indispensable el entrar en esos detalles y en otras más para ver el problema en su totalidad. Como dice Jones, Freud siempre procuró preservar su vida particular; más de una vez destituyó su correspondencia y siempre se mantuvo reservado bajo muchos aspectos. Habría que saber mucho más, inclusive su relación con la madre, pues lo que se conoce son cosas muy generales. El hecho, por ejemplo de haber sido la madre de Freud tuberculosa durante la infancia de él, es apenas mencionado.

El perfil de la vida de Freud en su sentido global sin embargo, es más que suficiente para afirmar que la medicina la atrajo poderosamente.

Al final de cuentas, somos analistas y si encontramos un agente de policía que tiene dentro de sí un delincuente que él está siempre dispuesto a perseguir allá afuera, y este agente nos dice reiteradamente que su empleo en la policía le vino en época de una situación financiera deplorable, obligándolo a aceptarlo y que cuando pensó en cambiar de ocupación ya le era extremadamente difícil o mismo imposible, apartándonos una serie de motivos aparentemente más que razonables y justos; si encontramos en nuestra clínica a ese agente, jam4s

---

<sup>21</sup> S. Freud: **Screen Memories**. Stand. Edit., Vol. **III**, The Hogarth Press, London, 1968 (trad. castellana, Vol. **XII**, Edit. American, Buenos Aires, 1943).

iremos a creer en su falta de inclinación por la carrera Para que él concuerde con nosotros y sienta sus racionalizaciones, Son necesarios años de trabajo con hora marcada, casi diariamente... Pero no por eso nos dejaremos envolver hasta el punto de creer que fueron las influencias externas actuales que lo condujeron a la policía. Principalmente si ese agente tuviera un gran éxito en la persecución de criminales y si llegase a distinguirse entre los demás con nuevos métodos de investigación de los crímenes y de la captura de delincuentes.

El ejemplo elegido tal vez no sea el mejor, pero lo que quiero expresar es que ninguna de nosotros buscó el psicoanálisis por casualidad, ninguno de nosotros, médico, se matriculó en la Facultad de Medicina y permaneció en ella y prosiguió la carrera debido a circunstancias externas ocasionales.

Me parece tan banal, tan elemental ventilar este punto, y sin embargo, en realidad, en lo que concierne a Freud nos olvidarnos de hacerlo.

La verdad es que la escuela en que, con amplia libertad de elección, Freud espontáneamente se inscribió, fue la de medicina y que durante las ges años acarició el sueño de ser profesor de la Facultad de Medicina de Viena, sueño que a *nosotros* nos hace sonreír, ya que sería Freud quien honraría la cátedra y no al contrario, como él sentía. La verdad es que toda su vida fue una negación de las declaraciones que hizo sobre su falta de vocación

Desde temprano, todavía en la época en que era neurólogo, sus diagnósticos, comprobados por la anatomía patológica, ya eran famosos, lo que atraía médicos americanos a Viena para asistir a sus cursos. A menudo nos olvidamos de que, antes de dedicarse al estudio de las psiconeurosis, dejó notables contribuciones a la clínica neurológica. Poquísimos neurólogos saben que, cuando aún hoy leen un trabajo sobre Afasia o Parálisis Cerebral Infantil, al

consultar las referencias bibliográficas, el Freud que allí figura no es homónimo del nuestro, sino él mismo, aún joven, cuando **Privat-Dozent** de la Facultad de Medicina de Viena. El hecho de que actualmente, después de casi un siglo, aún se mencionen esos trabajos, dice claramente de su valor de uno de ellos dijo en la época el eminentísima Pierre Marie: “Esta monografía es incuestionablemente la más completa, la más precisa y seria que hasta ahora apareció sobre el confuso problema de la diplegia cerebral infantil acerca de la cual tan poco se sabe”.

¿Y el “episodio de la cocaína”, cuando en aquella época casi le descubrió las cualidades anestésicas? Más de una vez el joven Sigi estuvo al borde de la celebridad, antes de dedicarse al estudio práctico y teórico de la vida psíquica del hambre.

Sería fastidioso hacer una lista de sus varios trabajos en el sector neurológico, incluso de aquellos de neurofisiología en animales, en su tiempo de estudiante. En general, los que se refieren a eso hacen una dicotomía entre sus estudios de histofisiología nerviosa en animales y los posteriores, clínicos, en el hombre. No ven estos últimos como una continuación natural de los primeros y razonan como si los alicerces de una medicina de alto nivel no se encontrasen en las disciplinas básicas estudiadas en los primeros años de curso médico.

El sistema de la época de Freud, y todavía vigente hoy en día en la mayoría de las Facultades de Medicina, de estudiar primero materias básicas y una vez preparado el alumno en ese campo pasar al contacto con el paciente, ya comenzó, con la actual política de enseñanza integrada a ser substituido en algunas Universidades norteamericanas de vanguardia por el estudio simultáneo de las materias básicas y clínicas, en un ir y venir de un campo para otro, en un flujo

continuo en las dos direcciones. Ambos campos son “medicina” y solamente podrá existir esta dicotomía para aquellos que suspenden sus estudios a nivel del **College**, sin ingresar en el ciclo profesional. Freud nunca pensó en detenerse en medio del curso, que se sepa; su objetivo era terminar la Facultad, hecho que no es negado ni por aquellos que creen que la medicina le gustaba poco.

Además, en el pasado, “los papeles de médico e investigador de la naturaleza iban frecuentemente asociados Pinel, quien también se dedicó a la botánica, fue discípulo de otro excelente naturalista, Boissier de Sauvages, y reemplazó a Cuvier en la sección de zoología de la Academia de Ciencias de París” <sup>(22)</sup>. Y este clima prolongóse hasta el tiempo de Freud.

Si se tratase sólo de ornar a la investigación, sus trabajos serían los estudios de laboratorios con animales, jamás se extenderían con éxito al ser humano. Solamente quien nunca frecuentó un hospital y nunca tuvo contacto con enfermos internados, puede creer que se pueda llevar a cabo con éxito estudios neurológicos o de cualquier otra especialidad sin un vivo interés por el enfermo.

Fue el propio Freud quien nos posibilite saber que la esencia de la vocación médica es justamente el interés por aquellas “circunstancias humanas” que tanto lo atraían, interés que converge hacia la necesidad de ayudar al próximo; ésta, Freud la demostró sobradamente, procurando salvar en los pacientes aquellas partes enfermas que él, al igual que todos nosotros, traemos dentro nuestro, o, usando un lenguaje más apropiado, **reparando** en los enfermos aquellas partes destruidas que todos llevamos en nuestro interior, resultado de nuestra maldad.

De esta capacidad de reparación tenemos noticia no solamente dirigida especialmente a la profesión médica, como en el episodio ya mencionado con

---

<sup>22</sup> J.R. Sauri: **Historias de Las Ideas Psiquiátricas**. Ediciones Carlos Lohlé. Buenos Aires - México, 1969.

los soldados de la guerra austro-prusiana, como también en su infancia más tierna, sea cuando ofreció a su padre una cama roja en reparación, sea cuando, al haber manchado una silla consoló a su madre “con la promesa de que llegaría a ser un grande hombre y le compraría otra”. Igualmente ilustrativo es su recuerdo del libro que su padre les regaló, a él y a su hermana, con sugerencia de romper las ilustraciones en colores, casa que hicieron. Tiempo después, Freud relacionó este hecho con su afición por poseer libros.

En realidad se torna superfluo, casi ridículo, insistir en la capacidad de reparación de Freud, cuando toda su vida misma fue una reparación —y con qué éxito!— vida toda dedicada al ser humano.

Su enorme interés por el ser humano se evidencia por la propia investigación y terapéutica que creó, cosa que sólo sería posible mediante una extraordinaria dosis de **empatía** para poder sentir los profundos problemas de los otros, penetrando en sus más recónditos sentimientos

Su extraordinario interés por el próximo lo llevó hasta a infringir reglas técnicas dictadas por él mismo, tratando gratuitamente, durante años, a un paciente —el célebre **Hombre de los lobos**—y además de eso, proveyéndola de dinero para sustentarse (\*).

¿Qué más podemos desear para caracterizar un verdadero médico? Si, un verdadero médico que no obstante su mucho saber, buscó humildemente tratarse a sí mismo para poder tratar a los otros; desde el inicio de su autoanálisis —que fue el análisis más largo del que tenemos noticia— hasta el fin de su existencia dedicó diariamente media hora, antes de acostarse, a la investigación y elucidación de sus propios conflictos psicológicos.

La verdad que día tras día fue procurada por el investigador Freud, fue a

---

\* Los hechos sobre Freud sin referencia especial, mismo cuando sea en nuestras palabras, y por lo tanto, sin comillas, tienen como fuente la obra citada de E. Jones.

buscarla como auténtica médico, en sí mismo y en sus pacientes. Practicando el psicoanálisis, terminadas las ocho o diez liaras de consultas, se ponía a escribir y a repasar los casos clínicos hasta altas horas. Aún cuando el material de que se ocupaba no era de pacientes, su fuente eran ellos mismos. Toda su obra emana de hallazgos clínicos.

La declaración de que fue un profesional frío, carente de auténtico temperamento médico, pierde valor. Pera solamente en sentido literal, porque con una connotación diferente es hasta expresiva, y posee significado opuesto. Es que, en lo que respecto a la medicina, Freud usaba sin saberlo, el mecanismo de negación. Lo necesitaba

Tenía que negar su tendencia al sentimentalismo. Es casi cierto que, en su convivencia con los enfermos, haya evitado que su interés terapéutico llegase a alcanzar el tono afectivo exagerado a que aludió, que haya luchado contra eso en aquella línea de conducta señalada por Wittels y Jones, de contrariar algunas tendencias suyas. Según Jones, Freud decía que “de su madre le venía su sentimentalismo, término especialmente ambiguo en alemán y que debe tomarse en el sentido de denotar su vivo temperamento, con las apasionadas emociones de que era capaz. El intelecto era únicamente suyo”. Es casi cierta que Freud haya huido de ese sentimentalismo, para él femenino, que lo hacía tener horror a la sangre y llevara al padre a considerarlo demasiado blando de corazón para la tarea de médico, sentimentalismo que procuró evitar —y lo consiguió— durante sus “diez y seis años de agonía” durante los cuales demostró una voluntad de hierro y una excepcional dignidad dentro de su sufrimiento.

No deja de ser significativo el haber prevenido Freud a los analistas sobre el maleficio del **furor sanandis**, sentimiento que indudablemente lo debe haber asaltado frecuentemente como para que pudiese conocerlo.

---

Toda la vida de Freud es un ejemplo de fortaleza de ánimo, de dominio de la voluntad y confesar que se dejaba arrebatar por el sufrimiento humano sería demostrar debilidad.

Conocí más de una persona que se analizó con Freud, una de ellas psicoanalista de renombre internacional. Cuando le pregunté sobre la técnica de nuestro maestro, respondió que sería muy difícil definirla y que consistía en un *savoir faire* freudiano todo especial; la descripción que hizo en breves palabras no daba en absoluto impresión de frialdad, al contrario!

Parece que el clínico Sigmund Freud incorporé una actitud: la de hacer prevalecer **su** intelecto contra el sentimentalismo “de la madre”.

Para confirmar este modo de ver, está la observación de Bernfeld a propósito de que “en las autoconfesiones esparcidas en sus escritos, Freud aparece a veces como malvado, parricida, ambicioso, mezquino, pero nunca enamorado (salva por algunas alusiones, muy superficiales, a su mujer)” El podía declararse parricida o vengativo, por tratarse de algo inconciente, fuera de la esfera de su voluntad, pero no enamorado, lo que correspondería para él a una debilidad de carácter. Es preciso recordar que Freud colocaba la moral fuera de cualquier discusión. En carta a Putnan se expresó de la siguiente manera: “Considero la moral algo evidente por sí misma... Jamás practiqué un acto vil”. Su frase, que nos llena de admiración por su personalidad, se torna aún más ponderable cuando conocemos la declaración de Jones de que “tres cualidades de Freud le produjeron una gran impresión, impresión que se torné más profunda con el correr de los años: *su* nobleza de carácter, su intenso amor a la verdad, su coraje y determinación inflexible”.

No es de extrañar que Freud declarase no sentirse totalmente médico, cuando

sabemos dos cosas: una, que frecuentemente daba ‘amía impresión de si misma, otra, que consideraba la medicina como algo demasiado elevado, inaccesible casi. Aunque parezca paradójal que eso sucediese con Freud, parece no haber dudas sobre el tema.

Veámoslo.

Relativo a sus exámenes en la Facultad, sus referencias son en sentido de no estar preparado, de enfrentarles bajo gran tensión, y si embargo, con excepción de la Cátedra de medicina legal ‘en la cual fue aprobada con un “satisfactorio”, en las otras, su calificación fue “excelente’. Acerca de tan buen resultado, procura desvalorizarla diciendo que se debía a su memoria visual que le permitió dar respuestas automáticas, reproducciones exactas —dijo él— del libro de texto que había consultado rápidamente a última hora. En otras ocasiones tuvo actitudes semejantes Recuérdese que, sin ninguna ironía o falsa modestia, cierta vez le retrucó a Jones, a propósito de una historia que éste le narró de un cirujano que decía que si le fuese permitida presentarse ante Dios, le mostraría un hueso canceroso para oír lo que tendría para decirle al respecto. Freud informó que si se encontrase en situación similar “lo que le reprocharía, principalmente, al Altísimo, sería el no haberme concedida un cero-loro mejor”.

Se hace imprescindible transcribir el siguiente trecho de Jones, porque se me ocurre que es la llave de todo el problema en cuestión: “Es difícil determinar qué es lo que realmente significaba esta aversión (por la medicina). No era seguramente una falta de respeto por la profesión médica, coma tal vez se podía creer. Existen indicios, por el contrario, de que la miraba como una Tierra Prometida —o para ser más exactos, como una Tierra Prohibida—, en la que por alguna razón, no estaba destinado a entrar. Apenas pocos meses después, en agosto de ~ en respuesta a un amigo que le aconsejaba transformarse en médico

corriente, escribía: Estoy enteramente de acuerdo contigo, y sin embargo no puedo hacer lo que me recomiendas... No he estudiado bastante para ser médico. En mi formación para la carrera médica hay una laguna que sólo penosamente fue llenada. Sólo he podido estudiar bastante como para llegar a ser un neuropatólogo. Y ahora me faltan, no la juventud, pero sí el tiempo y la independencia necesarios para compensar todo lo que he saltado. El invierno último estuve muy ocupada, de modo que apenas pude salir del paso con mi numerosa familia y no me quedó tiempo para estudiar. En otras palabras, había a este respecto cierto sentimiento de inferioridad, que él atribuye, sin ninguna razón, a deficiencia en sus conocimientos, e incluso a incapacidad para el aprendizaje... él que era capaz de aprender de una manera tan rápida y tan fácil. En una palabra, era más bien una condición de inhibición que de incapacidad. Tal vez podría inferirse, de su observación, ya citada, acerca de torturar a seres humanos, alguna inhibición con respecto a tener que enfrentarse con el sufrimiento físico, e incluso, algunas veces, como médico, tener que acrecentarlo”.

Dos comentarios se imponen: el primero es que es casi increíble que Jones, habiendo sido capaz de escribirlo, se haya dejado envolver por la supuesta falta de vocación médica de Freud. Teniendo en mente este hecho, al leer a Jones, aquí y allí nos sorprendemos con el **clivaje** que en él se establece sobre ese particular. El segundo es la falta de consistencia de las razones alegadas por Freud. Además de su extrema facilidad para adquirir conocimientos nuevos, en la época de Freud, la enseñanza de graduación y posgraduación eran hechas por medio de conferencias, de aulas teóricas y, **a veces**, de demostraciones prácticas. Ahora bien, Freud llevó tres años frecuentando hospitales, **trabajando** en los mejores servicios médicos de Viena que aquella época constituían los mejores del mundo. Freud hizo lo que hoy llamamos residencia y sin embargo se consideraba insuficiente! Tres años de residencia siendo él un joven

superdotado.

El rigor excesivo que tenía consigo mismo en el cumplimiento de sus tareas, así como sus ideales demasiado altos, lo colocaban, por cierto, en la condición de satisfacerse únicamente con una **performance** singular.

Me pregunta también: ¿No habría en Freud —por su condición de judío y perteneciente a una familia no destacada— cierto temor frente al **status** de médico en la sociedad vienesa de fines del siglo XIX?

El último trecho de Jones demuestra inclusive a qué altura ponía Freud a la medicina, dentro de su escala de valores.

Pinel, cerca de un siglo antes afirmaba: “Es necesario conceder que en la actual desorganización de casi todos los estados de la sociedad, la profesión de médico es la que juega uno de los mejores papeles porque se sitúa realmente en la naturaleza, y hoy en día es en el cuerpo médico donde hay reunido el mayor número de figuras de primera línea” (23). Y las cosas siguieron siendo así hasta los días de Freud. ‘-Para la Ilustración —dice Saurí— el **status** médico era quizá el más alto e importante” (24).

Es cierto, por otra parte, que Freud sentía emanar de su interior una fuerza que lo llevaba hacia el máximo, hacia un plus difícil de definir, que él presentía como empujándola a grandes realizaciones. A veces, se refirió a esto en tono de broma, en momentos de grata irresponsabilidad, como a los 29 años, cuando en una carta a su novia, le comunica haber destruido una correspondencia antigua, diarios, anotaciones científicas y originales de sus publicaciones, escribiendo frente a esto que sus biógrafas lamentarían vivamente la falta de datos y

---

<sup>23</sup> R. Semelaigne: **Les Grands Aliénistes Français**. Steinhed. Paris. 1894 in J. R. Sauri: obr. cit.

<sup>24</sup> J. R. Sauri: **obr. cit.**

diciendo que cada uno de ellos que construyese a su antojo “la idea de la evolución del héroe...

Dentro de la misma tónica está otra carta, también dirigida a su novia, en la que se lee: “Oh! qué maravilloso va a ser! Vendré con mucho dinero, me quedaré mucho tiempo contigo, y voy a traer alguna cosa hermosa para ti, y luego iré a París y llegaré a ser un gran **savant** y volveré a Viena con una gran, gran aureolo. Después nos casaremos y **yo voy a curar todos los enfermos nerviosos incurables**, (\*) y tu cuidarás de mí y yo te besaré hasta verte contenta y feliz... Y desde entonces vivieron felices.”

Sin embargo, jamás se permitiría decir seriamente estas cosas.

Si no fuese por su autodisciplina y las pocas concesiones que se hola, llevándolo a tener una imagen poco exaltada de si mismo, diría como el poeta:

“Eu sinto em mim o borbulhar do génio.” (25).

Todas estas notas que tienen como principal fuente la notable biografía de Jones —ha que contiene todas las incisivas declaraciones de Freud acerca de su falta de inclinación por la medicina— no representan sino un esbozo de abordaje del problema, el cual podrá ser mejor desarrollado por otros colegas a quienes mas ayude el ingenio y arte” (26) sobre un tema casi evidente por sí mismo pero que no es usualmente enfocado.

Por último, lanzando una mirada a la medicina contemporánea, no puedo dejar de volver al recelo que Freud tenía acerca de que el psicoanálisis fuese

---

\* El subrayado es mío

<sup>25</sup> Castro Alves: **Espumas Flutuantes**. Obras Completas, Tomo I, 3a. ed., Comp. Edit. Nac. Rio de Janeiro, 1944

<sup>26</sup> Camões: Os Luziadas. Canto I, y. 16.

absorbido por la psiquiatría. Su temor era que el psicoanálisis pasase a figurar en los tratados de psiquiatría como un simple capítulo, relativo a la terapéutica, al lado de la quimioterapia, de los métodos biológicos, etc. Recelo vano, que nos hace sonreír, ya que actualmente presenciamos una absorción, pero justamente en un sentido apuesto. Y la absorción fue tal que no se puede escribir una Historia de la Psiquiatría sin dividirla en **antes y después** de Freud. La repercusión del psicoanálisis no fue sólo sobre la psicoterapia, del modo como temía el maestro, sino que se llevó a cabo en un sentido distinto, ya que no hay en nuestros días modalidad psicoterapéutica que no esté impregnada de los principios psicoanalíticos. Y fue mucho más lejos. Incluso aquellos psiquiatras demorados que rechazan esos principios, emplean sin percibirlo conceptos del psicoanálisis. Lo que el psicoanálisis suscitó especialmente fue la dirección de la psiquiatría en un sentido genético-dinámico. Son raras hoy en día las corrientes psiquiátricas que no están orientadas en un sentido biográfico-evolutivo, si es que las hay. Recojo aquí dos períodos de un manual de orientación organicista con prefacio del super-organicista Kleist, jefe de la escuela psiquiátrica neurológica: “Así como la tendencia somatológica culminó en el sistema kraepeliniano, la psiquiatría con orientación psicológica predominante fue coronada por las ideas de Freud. El futuro de la psiquiatría actual está en saber escojer eclécticamente lo positivo útil de ambas direcciones como base de mutua complementación”. Y en otro pasaje: “No obstante las continuas embestidas de sus detractores, la doctrina psicoanalítica fue imponiendo los puntos básicos de sus ideas...”<sup>(27)</sup>

La orientación de la psiquiatría en el sentido afectivista y biográfico, desligándose de la enfermedad para tomar como eje la personalidad del paciente, constituyóse en el pensamiento dominante de la especialidad, refleja

---

<sup>27</sup> J. Sole Sagarra y Karl Leonhard: **Manual de Psiquiatría**. Ediciones Morata, Madrid, 1953.

directo de la escuela psicoanalítica.

¿Y qué decir de la medicina en general? Es exactamente la medicina que está siendo absorbida poco a poco por el psicoanálisis. ¿No fue justamente esto que presenciarnos y continuamos viendo con el advenimiento de la medicina psicosomática? Recordemos esta frase de Franz Alexander: “Se le ha reservado a la parte más descuidada de la medicina, a la psiquiatría, la introducción de un nuevo aspecto sintético en la medicina” (28). Y todos sabemos que la psiquiatría a la que Alexander se refiere no es otra que el psicoanálisis.

Al paso y a medida en que el término **psicógeno** se vuelve anticuado, la primitiva noción de enfermedad psicosomática cede lugar a la más adecuada a los hechos, según la cual todas las enfermedades son psicosomáticas. Del mismo modo se incrementan actualmente los estudios sobre la dinámica inconsciente de la relación médico-paciente, no sólo en la psiquiatría o medicina interna, sino en todas las especialidades médicas. Y con el estudio de ese **encuentro** médico-enfermo se abre todo un horizonte nuevo para la Medicina.

No hay duda que esa medicina integral, que hoy es privilegio de algunos espíritus de vanguardia, se consolidará en el futuro. En ese futuro los médicos tendrán que tener una sólida formación psicológica y somatológica, y podrán estudiar los clásicos factores externos de la enfermedad, los físicos, los químicos, los biológicas e, **inclusive**, los psicológicos, así como las diferentes condiciones fisiopatológicas internas en función de la personalidad global del paciente, **en función de la persona**, en términos de su **dinámica inconsciente**, persona con todo su pasada y presente, configurando la enfermedad, mera manifestación de la vida que reacciona a factores desfavorables.

Esa es la medicina que vendrá, hija, o si se quiere, nieta del psicoanálisis. Y que, estoy convencido, vendrá en un futuro cercano.

Permítaseme, para terminar, volver a los últimos tiempos de la vida del querido maestro con quien tanto convivimos sin conocerlo personalmente.

Él, que varias veces se refirió a su deseo de dejar Viena y radicarse en Inglaterra, cuando el destino le reservó la suerte de buscar refugio en Londres donde la recepción fue tan acogedora, pocos meses después confesaba en carta a Eitingon:

“La sensación de triunfo por hallarme libre está demasiado mezclada a la de pena, porque siempre sentí inmenso carilla por la prisión de la cual acabo de salir”.

Referíase a Viena... En el fondo la amaba mucho, como también amaba la Medicina, a pesar de todos los resentimientos; como todos nosotros, por más resentidos que seamos, y por más reacciones que mostremos, en el fondo siempre ama-mas a nuestras madres. Con una diferencia, solamente, que por más que nos esforcemos para compensar esos resentimientos, jamás conseguimos dar a ellas lo que Freud dio a Viena y a la Medicina!

---

<sup>28</sup> Franz Alexander: **Aspectos psicológicos de la Medicina**. Rev. de Psicoanálisis, n° 1, vol. I, 1943.